

CLASE V. SERMONES DUDOSOS. Entre los cuales, los que parecen menos referirse a Agustín, se presentan en tipos más pequeños. (C,G,S)\*

SERMON CCCLXIV. Sobre Sansón. Jueces, caps. XIII-XVI.

1. La fortaleza de Sansón del Espíritu de Dios. Sansón tuvo fortaleza por gracia, no por naturaleza. Pues si fuera fuerte por naturaleza, cuando le cortaron el cabello, no habría perdido su fortaleza. ¿Y dónde estaba esa potentísima fortaleza, sino en lo que la Escritura dice, "El Espíritu del Señor venía sobre él"? Esa fortaleza pertenecía al Espíritu del Señor. En Sansón era un vaso, en el Espíritu estaba la plenitud. Un vaso puede llenarse y vaciarse. Todo vaso tiene su complemento de otro lugar. Por eso en Pablo se encomió la misma gracia, cuando fue llamado "vaso de elección" (Hechos IX, 15). Veamos entonces qué parábola propuso Sansón a los filisteos. "Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura." Esta parábola fue revelada, llevada a los amigos, y fue resuelta; Sansón fue vencido. Si este hombre es justo, está oculto: la justicia de este hombre está muy profunda. Pues lo que se lee que fue vencido por las lisonjas de mujeres, y que entró a una prostituta, parece que su mérito vacila para los que menos entienden los secretos de la verdad. Pues también el profeta es mandado por el precepto del Señor a tomar una esposa prostituta (Oseas I, 2). Quizás podamos decir que esto en el Antiguo Testamento no era criminal ni condenable, ya que lo que decía o hacía era profecía. Busquemos entonces qué significó ser vencido, qué significó ser victorioso, qué significó ceder a las lisonjas de mujeres, qué significó revelar el secreto de la parábola, qué significó entrar a la prostituta, qué significó capturar zorros, y con las colas de los zorros, a las que ató fuego, incendiar los frutos de los enemigos. Pues bien pudo incendiar esos frutos de manera directa, si no pensara en un misterio con los zorros. ¿Acaso la paja seca no podía arder, si no fuera porque los zorros llevaban el fuego a través de ella? Entendamos entonces que se ocultan grandes misterios.

2. Cristo figurado en Sansón. La esposa de Sansón. Su enigma. ¿Qué era Sansón? Si digo que significaba a Cristo, parece que digo la verdad; pero inmediatamente surge la pregunta, ¿Y Cristo es vencido por las lisonjas de mujeres? ¿Y cómo se entiende que Cristo pudo entrar a una prostituta? Además, ¿y Cristo cuando es despojado de su cabeza, rapado de su cabello, despojado de su virtud, atado, cegado, burlado? Despierta, fe, atiende qué es Cristo, no solo qué hizo, sino también qué sufrió Cristo. ¿Qué hizo? Actuó como fuerte: sufrió como débil. En uno entiendo ambos. Veo la fortaleza del Hijo de Dios, veo la debilidad del hijo del hombre. Se añade además que Cristo en su totalidad, como lo presenta la Escritura, es tanto cabeza como cuerpo. Así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, así la Iglesia es el cuerpo de Cristo (Efesios IV, 15, y Colosenses I, 18). Y aunque sola no sea, con su cabeza, Cristo es todo. Por tanto, la Iglesia tiene en sí a los fuertes, tiene a los débiles; tiene a aquellos que se alimentan de pan sólido, tiene a aquellos que aún deben ser alimentados con leche. Añado algo más, que es necesario confesar: en la misma sociedad de los Sacramentos, en la comunión del Bautismo, en la participación del Altar, tiene justos, tiene injustos. Pues ahora el cuerpo de Cristo, como sabéis, está en la era; después estará en el granero. Sin embargo, cuando está en la era, no rehúsa soportar la paja: cuando llegue el tiempo de almacenar, separará el trigo de la paja (Mateo III, 12). Por tanto, Sansón hizo algunas cosas en representación de la cabeza, otras en representación del cuerpo, pero todo en representación de Cristo. En lo que Sansón obró virtudes y maravillas, significó a Cristo, la cabeza de la Iglesia: en lo que hizo prudentemente, representó la imagen de aquellos que viven justamente en la Iglesia: donde quizás fue sorprendido y actuó imprudentemente, figuró a aquellos que son pecadores en la Iglesia. La prostituta que Sansón toma en matrimonio es la Iglesia, que antes de conocer al único Dios se prostituyó con ídolos, a la que después Cristo se unió. Pero después de ser iluminada por él y recibir la fe, también mereció que por él conociera los

sacramentos de la salvación, y le fueran revelados los misterios de los secretos celestiales. Pues la misma cuestión que contiene, "Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura," ¿qué otra cosa significa sino a Cristo resucitando de entre los muertos? Del que come, es decir, de la muerte que devora y consume todo, salió aquel alimento que dijo, "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo" (Juan VI, 41). A quien la iniquidad humana exacerbó, y a quien ofreció la amargura del vinagre y la hiel, de él el pueblo de los gentiles convertido recibió la dulzura de la vida. Y así, de la boca del león muerto, es decir, de la muerte de Cristo, que se recostó y durmió como un león, salió el enjambre de abejas, es decir, de los cristianos. Pero lo que dice, "No habríais encontrado mi parábola, si no hubierais arado con mi novilla": esta novilla es la Iglesia, que divulgó los misterios de la fe, de la Trinidad, de la resurrección, del juicio y del reino, hasta los confines de la tierra por la doctrina y predicación de los Apóstoles y santos, y prometió a los que entienden y conocen las recompensas de la vida eterna.

3. El compañero que lleva a su esposa figura de los herejes. Zorros llevando fuego en sus colas. Sigue, "Sansón se enojó porque su compañero llevó a su esposa." Este compañero representó a todos los herejes. Gran secreto, hermanos míos. Pues los herejes, que dividieron la Iglesia, quisieron llevar y apartar la esposa de su Señor. Pues de la Iglesia y de los Evangelios salieron, quienes por el adulterio de la impiedad intentan invadir la Iglesia, es decir, el cuerpo de Cristo, para su parte. De donde el fiel siervo y amigo de la esposa del Señor habla diciendo: "Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo." Y toca con celo fiel y reprensión la persona del compañero depravado. Y temo, dice, "que como la serpiente engañó a Eva, así también vuestros sentidos se corrompan de la verdad que está en Cristo Jesús" (II Cor. XI, 2, 3). ¿Y quiénes son los compañeros, es decir, los herejes desertores, que quisieron invadir la esposa del Señor, sino Donato, Arrio, Maniqueo, y otros vasos de error y perdición? De tales dice el Apóstol: "Oigo que hay divisiones entre vosotros: uno dice, Yo soy de Pablo; otro, Yo de Apolo; otro, Yo de Cefas" (I Cor. I, 11, 12). Veamos entonces qué hizo este místico Sansón ofendido en su esposa por el extraño. Pues capturó zorros, es decir, compañeros adulterantes, de los que se dice en el Cantar de los Cantares, "Capturadnos las pequeñas zorras, que destruyen las viñas" (Cant. II, 15). ¿Qué es, "Capturad"? Es decir, comprended, convencid, refutad; para que no se destruyan las viñas eclesiásticas. ¿Qué es otra cosa capturar zorros, sino refutar a los herejes con la autoridad de la ley divina, y atarlos y constreñirlos con los testimonios de las santas Escrituras como con ciertas cadenas? Captura zorros, les ata fuego a las colas. ¿Qué significan las colas de los zorros atadas? Las colas de los zorros, ¿qué son, sino las partes posteriores de los herejes, que tienen lo primero blando y engañoso: atadas, es decir, condenadas, y llevando fuego al final; para que consuman los frutos y obras de aquellos que se someten a sus seducciones? Se dice al hombre ahora, No escuches a los herejes, no te sometas a los herejes. Responde, ¿Por qué? ¿Acaso aquel y aquel no escucharon a los herejes? ¿Acaso cualquier otro cristiano no cometió tantos males, tantos adulterios, ejerció tantos robos? ¿Y qué mal le ocurrió? Son las primeras partes de los zorros, que los seducidos atienden; y detrás está el fuego. Nada, dice, le ocurrió. ¿Acaso porque precede, no lleva nada detrás? Vendrá al fuego posterior. ¿Crees que los herejes llevan fuego para que ardan los frutos de los enemigos, y ellos mismos no arderán? Sin duda, los zorros, donde incendiaron las cosechas, también ellos ardieron. Ved entonces el juicio de los herejes detrás, cómo no ven detrás de ellos. Tienen halagos, para seducir, muestran sus primeras partes libres: en el juicio de Dios en las colas atadas, es decir, en sus partes posteriores llevan fuego, porque la maldad precede a sus penas.

4. Acceso a la prostituta. Las puertas de la ciudad, cuando se levantó del sueño, llevadas al monte. Pero lo que entró a la prostituta, si lo hizo sin causa, quienquiera que lo hizo, es

impuro: si lo hizo el profeta, es un sacramento. Si no entró para yacer con ella, quizás entró por causa del misterio. Pero no leemos que haya yacido con ella. Sigue, "Los enemigos esperaban en las puertas de la ciudad, para capturarlo, cuando hubiera salido de la prostituta a la que había entrado. Pero él dormía." Ved cómo no está escrito que se mezcló con la prostituta; pero está escrito que "dormía." Cuando se levantó, dice, "a medianoche salió, y se llevó las puertas de la ciudad con sus cerrojos, y esas mismas puertas las levantó en la cima del monte, y no pudo ser retenido por los filisteos." Se llevó las puertas de la ciudad, por las que entró a la prostituta, y las levantó en el monte. ¿Qué es esto? El infierno y el amor de la mujer, ambos los une la Escritura. La casa de la prostituta tenía la imagen del infierno. Correctamente se pone por los infiernos: porque no rechaza a nadie, y atrae a todo el que entra (Prov. XXX, 16). Reconocemos en este lugar las obras de nuestro Redentor, después de que la Sinagoga, a la que había venido, fue separada de él por el diablo, después de que lo crucificaron, es decir, en el lugar del Calvario, descendió a los infiernos; y los enemigos custodiaban el lugar del que dormía, es decir, el sepulcro; y querían capturar a quien no podían ver. Pero él dormía allí. Esto lo digo porque era una verdadera muerte. Lo que se dijo, "A medianoche se levantó"; esto significa que se levantó en secreto. Abiertamente sufrió; pero solo a los discípulos y a ciertos otros, cuando se levantó, se manifestó. Entonces lo que entró, todos lo vieron; lo que se levantó, pocos lo conocieron, lo sostuvieron y lo palparon. Sin embargo, se lleva las puertas de la ciudad, es decir, quita las puertas del infierno. ¿Qué es quitar las puertas del infierno, sino remover el dominio de la muerte? Pues recibía y no devolvía. ¿Qué hizo nuestro Señor Jesucristo? Habiendo quitado las puertas de la muerte, ascendió a la cima del monte. Pues sabemos que resucitó y ascendió a los cielos.

5. La virtud en los cabellos. Ceguera y muerte de Sansón. ¿Qué es lo que tenía virtud en los cabellos? Y esto, hermanos, prestad atención diligentemente. No tenía virtud en la mano, no en el pie, no en el pecho, no en la misma cabeza; sino en los cabellos, en las melenas. ¿Qué son los cabellos? ¿qué son las melenas? Y nosotros vemos, y el Apóstol interrogado nos responde, "La melena es un velo" (I Cor. XI, 15). Y en el velo Cristo tenía virtud, cuando las sombras de la antigua Ley lo cubrían. La melena de Sansón estaba en el velo; porque en Cristo se veía una cosa, y se entendía otra. ¿Qué significa, entonces, que se reveló el secreto, y Sansón fue rapado? La Ley fue despreciada, y Cristo sufrió. Pues no habrían matado a Cristo, si no hubieran despreciado la Ley. Pues sabían ellos mismos que no les era lícito matar a Cristo. Decían al juez, "No nos es lícito matar a nadie" (Juan XVIII, 31). Sansón fue rapado, se revelaron las espesuras, se removió el velo; y Cristo, que estaba oculto, apareció. Pero los cabellos revividos cubrieron la cabeza: porque los judíos no quisieron creer ni en el Cristo resucitado. Estuvo ciertamente en el molino cegado, estuvo en la casa de la cárcel. La casa de la cárcel o el molino es el trabajo de este mundo. Pero la ceguera de Sansón indica a aquellos que, cegados por la infidelidad, no conocieron a Cristo ni obrando virtudes, ni ascendiendo a las cosas celestiales. La ceguera, entonces, que infligieron, significaba la ceguera de los judíos. Pero Cristo fue capturado y asesinado por los judíos: pero más bien mató a los que lo mataban. Entonces lo llevaron los enemigos, para burlarse de él. Aquí ya observad la imagen de la cruz. Pues extendió las manos a dos columnas, como a dos maderos de la cruz: pero muerto oprimió a sus adversarios, y su pasión se convirtió en la muerte de los perseguidores. Y por eso la Escritura concluyó así, "Mató más muertos que vivos." Este misterio se cumplió evidentemente en nuestro Señor Jesucristo: nuestra redención, que no celebró viviendo, la celebró muerto: quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON CCCLXV. Sobre el versículo 7 del Salmo XV, Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento, etc.

1. Dios debe ser alabado con el corazón y el amor. La alabanza sin amor, ni es verdadera, ni es aceptada por Dios. Cantamos y dijimos, "Bendeciré al Señor": ojalá de corazón, no solo de boca: pues si de boca y no de corazón, la alabanza del Señor se ensucia en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9); ni le aprovecha la confesión de la boca, si no hay dentro la profesión de la caridad. Ved, hermanos: la caridad no es una virtud de la boca; allí fija su sede, donde es hermosa la amiga del esposo. ¿Pero dónde está esta hermosura? Toda la gloria de la hija del rey es interior (Salmo XLIV, 14). No es otra cosa esa gloria que hermosura, no es otra cosa esa hermosura que caridad, no es otra cosa la caridad que vida. Entonces, para vivir, ama. Si amas, eres hermoso: el amor es bueno, el amor es hermoso. Si falta esa hermosura, no vives; tienes apariencia, pero no interiormente. Se abra ese sepulcro sostenido por tantas columnas, se rompa el mármol; ¿qué otra cosa aparecerá sino un cadáver horrendo, huesos fétidos, cenizas, gusanos? Hay, por tanto, apariencia, pero cubre a un muerto, ante cuya vista te horrorizas, te estremeces. ¿Acaso el muerto dirá, "Bendeciré al Señor"? Más bien, según la Escritura, "No alabarán los muertos al Señor, ni todos los que descienden al infierno" (Salmo CXIII, 17). Abre el Evangelio, oirás al Señor reprendiendo y diciendo al diablo, "Cállate" (Marcos I, 25). ¿Por qué? Porque "no alabarán los muertos al Señor, ni todos los que descienden al infierno." Nadie alaba a quien no ama; o si un enemigo alaba, ama la virtud que alaba en el enemigo. Quien peca, ejerce enemistad con Dios: por tanto, ni alaba a Dios, ni alaba la virtud de Dios; porque la alabanza es algún bien, que no cae en el pecado. Quien alaba a alguien y miente, calumnia, o más bien se burla que alaba. Quita del corazón la caridad, solo queda la mentira. ¿Quieres que la mentira alabe la verdad, y de ahí Dios tome elogio, de donde procede la blasfemia? No tienen en gran estima los sabios, quienes son alabados por los insensatos y malos: ¿será alabado Dios por un corazón impuro e impudente, por una mente blasfema y muy insensata? Di entonces, "Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento." No estás loco, estás sanado, tienes entendimiento; alaba a tu Dios, que te ha dado entendimiento, que te da el ojo: entendimiento, para que comprendas; ojo, para que mires; comprendas cuán grande es la anchura y longitud del amor de Dios, mires al autor y consumidor de la fe; comprendas la caridad, mires a Cristo; caridad, para que ames; Cristo, para que bendigas, y amando y bendiciendo conozcas al Señor, que te ha dado entendimiento; y conociendo vivas: porque "Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios, y a quien enviaste, Jesucristo" (Juan XVII, 3).

2. Contra los herejes, que se jactan de tener buen entendimiento, por el cual se bendice a Dios, de la naturaleza. Pero, ¿de dónde, te pregunto, tienes este entendimiento? Vendrá alguien de lado, y dirá: Quien dio la naturaleza, dio el entendimiento; buena naturaleza, buen entendimiento; si tengo esta buena, basta: pues el entendimiento no será degenerado; y de ahí bendeciré al Señor, de donde me ha dado entendimiento, es decir, de la naturaleza. Oh hereje, ¿entonces has tenido la suerte de una buena naturaleza? Que calle el Apóstol y se confunda: "No hago el bien que quiero" (Rom. VII, 19); y sin embargo, ha tenido la suerte de una buena naturaleza, y en esta buena naturaleza, el bien que quiere hacer, no puede hacerlo. Quiere, desea, intenta: quiere débilmente, desea en vano; intenta en vano; y contra lo que quiere, lo que desea, lo que intenta, no perfecciona este bien. Oh buena naturaleza, cuya voluntad es débil, deseo inútil, intentos infructuosos. Que los filósofos hagan su parte, y te tendrán gran gratitud, que tan gratuitamente les concedes una buena naturaleza. ¿Y qué de eso? Conocen el cielo, conocen la tierra, conocen el mar, exploran los abismos, investigan los secretos de la naturaleza, saben las diferencias de las cosas, las diferencias, las esencias; de todas estas cosas dan razón; ¿y qué de eso? Prosigue, di más. Después de tantas y tan grandes cosas, fallan, ni glorificaron a Dios como Dios, y en sus pensamientos se desvanecieron, y se hicieron insensatos, cuando se creían sabios, y cambiaron la semejanza de Dios en semejanza de un becerro que come heno, y se derramaron en el error de Baal; y el dios de este siglo los

cegó, y fueron entregados a pasiones deshonorosas, y se hicieron semejantes a lo que adoraban (Id. I, 21-28). Y sin embargo, se alegraban de la buena naturaleza, y por naturaleza con entendimiento. Oh insensato, ¿ves si esta naturaleza da entendimiento, por el cual bendigan a Dios? Más bien da entendimiento, por el cual maldigan a Dios, y se levanten contra el Creador. Decid más bien, hermanos, "Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento": si no me lo hubiera dado, no habría entendido; si no hubiera entendido, nunca habría bendecido: me dio entendimiento, me dio ojo. La naturaleza ciega, lo que ella misma carece no lo da. Hazte entendimiento, y te harás ciego. La luz que hay en ti, son tinieblas. Di entonces, "Ilumina mis tinieblas, para que nunca duerma en la muerte" (Salmo XII, 4). ¿Qué es dormir en la muerte? Esperar algo de la naturaleza, hacer del brazo su carne, fingirse a sí mismo entendimiento: quien haga esto, no solo está en la muerte, sino que duerme en la muerte, es más que de cuatro días, más que hiede (Juan XI, 39). Si solo estuviera en la muerte, podría ser resucitado: pero en esa misma muerte duerme un sueño más que férreo, en ella reposa. Está perdido.

3. Nuevamente son refutados con las palabras de Salomón. Pero, ¿quieres saber qué hizo aquel que había recibido una buena naturaleza? ¿Dijo acaso como tú: En buena naturaleza, tengo buen entendimiento, y quien me dio una cosa, no me negó la otra? Aplastemos al escorpión, destruyamos, que se cierre su boca a la iniquidad. Lee: He recibido un alma buena. Prosigue, escuchemos qué tipo de tesoro has obtenido, que tal vez se convierta en carbones, y ojalá que esos carbones acumulados sobre tu cabeza consuman lo superfluo. Y cuando era más bueno, vine a un cuerpo inmaculado: y como supe que no podría contenerme de otra manera, a menos que Dios lo concediera; y esto mismo era sabiduría, cuyo don era conocer; me dirigí al Señor, y supliqué (Sab. VIII, 19-21). Verdaderamente has recibido una buena naturaleza, ¿quién lo niega? Pues también la naturaleza del diablo es buena, y todo lo que Dios ha hecho es bueno: pero en esta naturaleza, aunque buena, ¿tendrás un entendimiento sabio, con el cual puedas abstenerte de las concupiscencias y deseos que luchan contra el alma, si Dios no lo concede? Aprende, hereje, aprende finalmente. Y supe que no podría contenerme de otra manera, a menos que Dios lo concediera: y en esto está la sabiduría principal, que es todo entendimiento, saber de dónde te contienes, y no te contienes de otra manera sino solo de Dios. ¡Oh, excelente naturaleza que no puede abstenerse de nada, ni puede de otra manera, sino que cae, si Dios no concede el entendimiento para que no caiga! Cantemos, pues, hermanos, cantemos, Bendeciré al Señor, que me ha dado entendimiento: dio la naturaleza, dio el entendimiento; sanó la naturaleza, sanó el entendimiento. En ambos casos, el piadoso Samaritano mostró misericordia; descendió, vendó las heridas, con el vino que entendemos, limpió, curó, llevó al establo, esto es, a la Iglesia, lo encomendó al huésped (Luc. X, 33-35). ¿A qué huésped? Al Espíritu Santo, habitante de la santa Iglesia. Él, al recibir la moneda, pero que derramó de un saco roto quien pagó por los miserables, con su aceite, con su unguento, sanó las heridas de la naturaleza yacente y expirante, y con el mismo aceite que encendió, iluminó mis tinieblas, y hizo claro el entendimiento. Si no crees esto, no será para ti el Samaritano, y perecerás en la herida, quien rechazas admitir la mano del médico.

4. El buen entendimiento del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es un don comprado por la pasión de Cristo. Pregúntese a los Apóstoles, y digan quién en aquel quincuagésimo día desde la resurrección del Señor les dio entendimiento. ¿Acaso ellos provocaron aquel terrible estruendo, con el cual se sacudió el lugar donde esperaban las promesas del Padre? ¿Acaso encendieron aquel fuego celestial, con el cual ardían por completo? ¿Acaso ellos crearon aquellas lenguas de fuego? ¿Acaso ellos mismos procuraron para sí aquellos dones divinos, de los cuales es el entendimiento, y los derramaron en sí mismos según los deseos del

corazón? Quien dice esto, no tiene parte alguna en este sagrado quincuagésimo; ni recibe entendimiento, quien piensa que el entendimiento se da según la naturaleza. ¿Cuándo, pues, se dio el entendimiento, sino cuando también se dio el Espíritu? Actuemos juntos, ya te confundes, ya te sonrojas; y ojalá te confundas para que te edifiques, te sonrojes para que te glorifiques. ¿Qué es el Espíritu Santo, sino el don prometido del Padre, sino el don del Hijo? Si se promete, tienes de quién se promete, pues lo que se promete está fuera de nosotros; y se prometería en vano lo que o está en nuestro poder cuando se promete, o se poseería cuando se desee. Esto te prometo que no tienes, y está en mí cuando lo prometo, para que descienda en ti lo que prometo. También el Espíritu Santo es un don, y sobre todo don, y un don que no se debe a nadie, y un don que se otorga gratuitamente. Cristo nació, y en el pesebre, que sería alimento de los piadosos animales, fue reclinado: sin embargo, sufrió sed, fatigas, fue vendido por los suyos, entregado y acusado por los judíos, flagelado por los gentiles, coronado de espinas, crucificado, finalmente encerrado en una roca: ¿para qué todo esto? Para que te comprara este don, que luego dispensaría al creyente; o más bien lo dispensaría, para que creyeras. Pues si no lo hubiera dado antes, ni antes ni después habrías creído. Por lo tanto, si tienes este don por naturaleza, haces vana la muerte de Cristo, la pasión, la cruz. Pues muere en vano, para adquirirme lo que está en ti, y darte lo que posees. Devuelve al Señor la humildad del pesebre, devuelve la maldición de la cruz, devuelve la abundancia de sangre derramada, todo esto en vano: te bastas a ti mismo, todo esto es vano; eres rico, y en los bienes de la naturaleza rica cuentas el entendimiento, que dio la naturaleza, no la gracia, y del cual no eres deudor al Creador, sino en cuanto te dio la naturaleza, que te hizo el entendimiento.

5. Finalmente, son convencidos por la experiencia de su propia debilidad y concupiscencia. Reconoces, creo, el error: y ojalá te corrijan tus riñones (Sal. XV, 7), para que lo reconozcas mejor, y reconociéndolo pidas, y pidiendo obtengas el espíritu de entendimiento y consejo y temor, para que te vuelvas más sabio, para que te hagas más cauteloso y más sujeto al Señor. Estas cosas, hermanos, aunque no las tratara, habría otro que os instruyera: y entre vosotros mismos seríais tratantes. Pues si, Dios no lo quiera, hubierais caído en un error tan craso y estúpido, que pensaseis que el entendimiento os es dado por la naturaleza, que lo tenéis solo por la gracia y misericordia de Dios, os corregirían vuestros riñones, y clamarían, ¿Por qué suben tales pensamientos a vuestro corazón? (Luc. XXIV, 38). Que cada uno se consulte a sí mismo, se palpe a sí mismo, se escrute, y no se busque fuera de sí; pregunte a sus riñones, y le dirán, que había una ley en mis miembros contraria a la ley de mi mente (Rom. VII, 23); estoy inclinado a toda maldad, de tal manera me abruma las olas de concupiscencias, que cada día me hundo, y caigo en el abismo de los pecados. Sube la envidia, sube la soberbia, sube la lujuria, en formación atacan al miserable: si evito a Caribdis, caigo en Escila; si rechazo la lujuria, sucumbo a la ira; si no me domina la avaricia, me golpea la embriaguez; si me abstengo de robos, cierro la mano y las entrañas a los pobres; si cierro los oídos a las calumnias, la muerte entra por las ventanas, esto es, por los ojos absorbo los incentivos de las lujurias y placeres; finalmente, si tapo una grieta, cien quedan abiertas, por las cuales recibo la lluvia enemiga, y finalmente me desmorono. Estas son las cosas que tus riñones tratan contigo, y conscientes de tu propia debilidad te instruyen, te reprenden, te corrigen, y hasta la noche. ¿Qué noche? La de tu conciencia oscura, cuyas tinieblas envuelto querías, si pudieras, oponer como escudo contra la luz de la verdad, y esperar bien de tu fortaleza. Pero te corrigen tus riñones. En los riñones y en los lomos está la fuerza, como está en algún lugar de la Escritura (Job XL, 11): pero dado que tus lomos son tan débiles, tus riñones tan flácidos, te instruyen y dicen, Si en los riñones, de donde es la fortaleza, hay tanta debilidad, tanta fragilidad, ¿qué será de los demás? Cuando, pues, nos hayan instruido nuestros lomos, y nos hayan enseñado cuán vana es la salvación de los hombres; ¿qué queda, sino que ciñamos

nuestros lomos, para que no se desparramen? Cuando en nosotros nuestros tablones, ya sea por demasiada vejez, o por demasiado calor, o por el impulso de las tempestades, o por alguna otra causa, se abren, inmediatamente los unimos con clavos y nervios: esto haz con tus lomos, esto es, con tu fortaleza; se aflojan, caen, se desmoronan, se disuelve toda la estructura; tienes clavos en el crucificado, impúlsalos con fuerza, y tanto mejor, cuanto más profundo; no los pongas en lo que se tambalea, para que se sostenga; así se afirmará la estructura descompuesta. Tienen los clavos de la cruz, con los cuales levantan a los caídos, con los cuales restauran a los débiles, con los cuales retienen a los que caen. Impúlsalos, golpéalos, hasta las médulas, hasta el alma misma, de esta corrección serás sanado, y sanado dirás al Señor, Mi fortaleza la guardaré para ti (Sal. LVIII, 10): de ti es mi fortaleza, a ti mi fortaleza. Convertidos al Señor, etc.

SERMO CCCLXVI. Del Salmo XXII, El Señor es mi pastor, nada me faltará.

1. El salmo contiene el misterio de la reforma del hombre. Os entregamos, amadísimos, un salmo que debéis memorizar en el nombre del Señor, vosotros que os apresuráis al Bautismo de Cristo; cuyo misterio es necesario que expongamos con la gracia divina iluminando. Pues este salmo contiene especialmente la reforma de la caída del género humano, y la disciplina de la santa Iglesia, y al mismo tiempo los sacramentos. Que se abran, pues, en silencio los oídos de vuestro corazón para escuchar, y que los surcos de toda vuestra intención encuentren la semilla de la palabra: para que lo que ahora la tierra sedienta reciba, en el tiempo oportuno embriagada con la sangre de Cristo, germinando en alto tallo, produzca abundantes frutos.

2. Figura del hombre caído en el que descendió de Jerusalén a Jericó.---El Señor es mi pastor, nada me faltará. Grande, carísimos, es el principio del que confiesa. Ha afirmado la confianza de la defensa, ha fortalecido la infinita sustancia de las riquezas. El Señor es mi pastor, ha afirmado la confianza de la defensa. Y nada me faltará, ha fortalecido la infinita sustancia de las riquezas. Pero busquemos de quién, de cuánto, y de qué tipo es esta confesión. Es de aquel, amadísimos, que descendiendo de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de ladrones. Quien despojado de la dignidad de su primera origen, derribado por el dardo de la muerte, yacía en el suelo sin fuerzas y desnudo. Quien, al sonar la trompeta de la Ley y los Profetas, mientras intentaba levantarse por sus propias fuerzas, retraído por el dolor de la herida, caía más gravemente en el lugar donde yacía. Porque la Ley, como dice el Apóstol, nada llevó a la perfección (Hebr. VII, 19). A quien nuestro Samaritano, Cristo, que fue llamado Samaritano por los judíos, lo que se interpreta como Guardián, al pasar por el mismo camino con misericordia, es decir, cuando en carne vino el justo a morir por nosotros pecadores, levantándolo de la tierra, lo puso sobre su jumento; y al extraviado como oveja, llevándolo sobre sus propios hombros, lo devolvió al paraíso, de donde había caído, al centenario, esto es, al número perfecto (Luc. X, 30-35). Pues él, como dice el profeta, llevó nuestros pecados, y sufrió por nosotros (Isai. LIII, 4). Di ahora, hombre, di en el jumento de la misericordia, y sentado en los hombros del amor del Señor, que conocido reconoces a tu autor y Señor, El Señor es mi pastor. Lo cual, ciertamente, no podrías decir yaciendo, si no hubieras sido levantado por el Señor. Él, pues, te guía, quien te lleva. Pues cuando dices, El Señor es mi pastor; no hay nada propio, de lo cual confies en ti. Por lo tanto, cuídate de no exaltarte por tus méritos. Pues no había ninguno, cuando el Señor vino a levantarte. De hecho, te encontró desnudo, no vestido; herido, no sano; yacente, no de pie: errante te encontró, no regresando. Cuídate de la jactancia, cuídate; porque quien te levantó semivivo con misericordia de la tierra, lleva al humilde, precipita al que se exalta. Pues cuando digas con temor, y caminando en inocencia, El Señor es mi pastor; confiadamente añadirás, y nada me faltará. Porque nada falta a los que le temen (Sal. LXXXIII, 13); y el Señor no privará de bienes a los que caminan en inocencia (Sal. XXXIII, 10).

3. Seguridad de la oveja llevada por Cristo al redil. Pastos del alma cristiana. Pues para que sepas que nada te faltará, añade lo que sigue: En lugar de pastos allí me colocó; sobre agua de reposo me condujo. Reconoce, hombre, qué fuiste, dónde estuviste, bajo quién estuviste. Eras una oveja errante, en un lugar sin camino y sin agua, te alimentabas de espinas y cardos: bajo un mercenario, al venir el lobo, no estabas seguro. Pero ahora, buscado por el verdadero pastor, llevado sobre sus hombros con piedad, has sido devuelto al redil, es decir, a la casa de Dios, a saber, la Iglesia, donde tu pastor es Cristo, y las ovejas permanecen reunidas. Este pastor no es como el mercenario, bajo el cual sufrías miserablemente, bajo el cual temías al lobo. ¿Quieres saber cuánta preocupación tiene este buen pastor por ti? Puso su vida por ti. Pues él mismo dice en el Evangelio: El buen pastor da su vida por sus ovejas. Esto hizo. Al lobo que te acechaba, se ofreció a ser muerto por ti. Ahora, pues, permaneces segura en el redil. Ni necesitas a nadie más, que cierre y abra la puerta de tu corral: porque Cristo es para ti tanto pastor como puerta; él mismo es pasto y proveedor. Yo soy, dice, la puerta de las ovejas. Por mí si alguno entra, será salvo; y entrará y saldrá, y hallará pastos (Juan X, 11, 9). Los pastos, pues, que este buen pastor te ha preparado, en los cuales te ha colocado para que te sacies, no son la variedad de hierbas verdes, en las cuales algunas consisten en dulce jugo, otras en amarguísimo, que con el paso del tiempo a veces están, a veces no están. Tus pastos son las palabras de Dios y los mandamientos dulces sembrados. De estos pastos había gustado aquel que decía a Dios: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca! (Sal. CXVIII, 103). De estos pastos el mismo clama a las ovejas del Señor, y dice: Gustad y ved cuán bueno es el Señor (Sal. XXXIII, 9). Lee, pues, el decálogo del Antiguo Testamento: No matarás, no robarás, no dirás falso testimonio (Éxodo XX, 13-16), y otros. Lee la alabanza de los preceptos del Nuevo Testamento: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 3, 4); y otras cosas consecuentes, o similares, y muchas sembradas por los Profetas y Apóstoles. De estos pastos clama el pastor a las ovejas, Trabajad por el alimento que no perece (Juan VI, 27). Por eso no perece, porque la palabra del Señor permanece para siempre, la Palabra del Señor es tu alimento, y no solo alimento, sino también bebida. Escúchalo decir por el Profeta al pueblo antiguo, Los que me comen, aún tendrán hambre; y los que me beben, aún tendrán sed (Eclo. XIV, 29). También por sí mismo, Mi carne, dice, es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida (Juan VI, 56). Pero estos pastos no están lejos del agua de reposo. Un solo lugar tienen estos, la Iglesia de Dios católica; donde los mandamientos de vida son tus pastos, y la fuente de agua que salta para vida eterna, de cuyos flujos serás refrescado, cuando seas bautizado renovado en Cristo. Por lo tanto, si estos pastos no son regados por el agua de reposo, no podrás ser conducido: porque los mandamientos de Dios sin el Bautismo de Cristo no pueden germinar, ni ser comidos para la saciedad del alma.

4. Conversión por la gracia de Dios, no por méritos. ¿Cuáles son las sendas de justicia? Cuando, pues, por el agua de reposo de Cristo comiences a ser idóneo, para que te sacies con el sabor de los pastos dulces; entonces conocerás, y clamarás gozoso, diciendo, Mi alma convirtió, me condujo por sendas de justicia por amor de su nombre. El diablo por el pecado tu alma trastornó, y de Dios apartó; la cual Dios Padre por Cristo, no por tus méritos, sino por amor de su nombre, convirtió. Ya, pues, iluminado, ya convertido, ya creyente, ya saciado con los pastos divinos por el agua de reposo dirás, Mi alma convirtió. Buena es la gloria de tu confesión, si no hay cambio en tu conciencia. Entonces verdaderamente y con conciencia inmutable dirás esto, cuando no por tu mérito, sino por amor de su nombre digas. ¿Cuáles son, pues, las sendas de justicia, en las que te condujo? Escucha a tu conductor. Cuán ancha es, dice, y espaciosa la vía que lleva a la perdición; pero estrecha y angosta es la vía que lleva

a la vida (Mat. VII, 13 y 14). Pues toda senda es breve y compendiosa. No, pues, por las delicias del mundo, por la opulencia del oro y la plata, también por las piedras y vestiduras preciosas, honrado con toda nobleza, dotado de la sabiduría de los filósofos, Dios te ha ordenado ir al reino de los cielos: porque todas estas cosas, y otras similares, de las cuales hacen mal uso, de las cuales se da el buen uso, se convierten para ellos en una vía ancha y espaciosa, es decir, solo en la esperanza que se ve; y los lleva, cuando han sido privados de la vida presente, no a la esperanza, en la cual no tuvieron esperanza, sino a la perdición. Pues durmieron su sueño, y nada hallaron todos los hombres de riquezas en sus manos (Sal. LXXV, 6). Por sendas de justicia te dispuso ir, es decir, por la misericordia y la verdad. Pues todas las sendas del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10). Despreciada la vía ancha y espaciosa, quiere que camines por sendas estrechas y compendiosas, es decir, por el hambre y la sed, por la desnudez, por el ayuno, por la ignominia, por la pobreza, por la paciencia, por el desprecio de todas las cosas presentes, teniendo en verdad la esperanza prometida. ¿Quieres conocer claramente el compendio de las sendas, por las cuales se te ha ordenado caminar? Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma; y a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mat. XXII, 37-40). Para que, pues, llegues pronto, si te apresuras al reino de los cielos, en estas dos sendas, que son la cabeza de todas, y hacen un solo camino, camina; para que, cuando llegues, te regocijes de haber recorrido todas diligentemente y sin fatiga.

5. La sombra de la muerte es el camino del pecado. Por lo tanto, mantén estos senderos, en ellos permanezcan tus pasos, entre las insidias del diablo furioso, para que puedas cantar seguro a Dios y decir: Aunque camine en medio de la sombra de la muerte, no temeré mal alguno; porque tú estás conmigo. La sombra de la muerte es el camino del pecado, en el cual el diablo, como un ladrón y pirata, extiende redes de engaño a los que caminan rectamente. Es una sombra, porque nada tiene en común la luz con las tinieblas. El Apóstol enseña a repudiar las obras de esta sombra, diciendo: Desechemos las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz; como de día caminemos honestamente, no en comilonas y borracheras, no en lechos y lujurias, no en contiendas y envidias (Rom. XIII, 12 y 13). Mientras permanezcas en la vida presente, caminas en medio de los vicios, de las presiones mundanas, que son la sombra de la muerte. Que Cristo brille en tu corazón, quien ilumina la lámpara de nuestra mente a través del amor a Dios y al prójimo: y no temerás mal alguno, porque Él está contigo. No te abandonaré ni te dejaré, dice por el profeta (Josué I, 5). También en el Evangelio: He aquí que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Él es un guardián adecuado para ti. El Señor tu Dios está contigo. Cuida de no abandonar por jactancia a quien te acompaña, y quedes abandonado en la sombra de la muerte.

6. La vara significa disciplina, el bastón significa ayuda. La mesa preparada por Cristo. Así que cuando te veas atacado por las insidias del enemigo en la sombra, y te sientas intimidado, toma la vara de la disciplina, y apóyate con confianza en el bastón de la misericordia, para que cuando Cristo, el sol de justicia, te brille con su ayuda, puedas decir verdaderamente: Tu vara y tu bastón me han consolado. La vara gobierna al soberbio, según lo que se dice en el Salmo segundo sobre Cristo: Los regirás con vara de hierro y como vasija de alfarero los quebrarás (Sal. II, 9). El bastón, en cambio, sostiene al débil y al cansado. Recuerda, por tanto, la corrección y la disciplina de la vara, para que cuando estés lleno de los bienes de los dones de Dios, no te ensoberbezcas y murmures contra Él: porque como vasija de alfarero, en su ira te quebrará. Recuerda también la ayuda del bastón, y no confíes en tu propia fuerza, ni digas: Soy santo, no puedo tambalear. Nuestra debilidad tiene muchas caídas, y aún no se gobierna ni tiene la gloria de la pureza por la santidad de sus obras, estando en la tierra que da

espinas y abrojos. Mientras regrese a la tierra de donde fue tomada, si no es gobernada por el bastón de la gracia divina, no puede mantenerse en pie. Ya sea que prospere en Dios, o que te turbes en la tempestad de las tentaciones, lánzate por completo al bastón de la misericordia de Dios, para que cuando te recuestes sobre él para ser alimentado con dones espirituales, deleitado por el sabor de su dulzura, puedas decir adecuadamente: Has preparado una mesa ante mí en presencia de los que me afligen. Has ungido mi cabeza con aceite, y tu copa embriagante, ¡cuán gloriosa es! Esto lo canta la Iglesia en todo el mundo, sostenida por el bastón de la gracia. Esto proclama contra los herejes, judíos y gentiles, que la afligen burlándose, no gloriándose en sí misma, sino en el Señor. La mesa de la alegría es la pasión de Cristo, quien se ofreció por nosotros en la mesa de la cruz como sacrificio a Dios Padre, donando a su Iglesia católica el banquete vital, saciándonos con su cuerpo y embriagándonos con su sangre. Alimentada y vivificada por esta mesa, la Iglesia se regocija contra aquellos que la afligen, teniendo la esperanza de la vida eterna por su vida, el Señor Cristo, quien la ungió abundantemente con el óleo de la alegría por el Espíritu Santo. Por esta mesa reprendía el Apóstol a los corintios que se reclinaban en el ídolo, diciendo: No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios: no podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios (I Cor. X, 20 y 21).

7. Gracia preveniente y subsiguiente. Cuando, por tanto, la gracia divina, a la que os apresuráis, os haya llevado, conoceréis la mesa del banquete espiritual, para que, habiendo reconocido la verdad, cada uno de vosotros exultante y dando gracias a Dios, ya pueda decir con confianza: Y tu misericordia me seguirá todos los días de mi vida. Un gran consuelo de gloria te acompaña. Por la miseria de tu debilidad, la misericordia de Dios te sigue. Pero primero, para mostrarte el camino de la vida eterna, te previene, es decir, te precede, según lo que dice en otro salmo: Mi Dios, su misericordia me precederá (Sal. LVIII, 11). Por lo tanto, su misericordia te precede, es decir, te guía en el camino cuando no conoces el camino, te llama a Dios cuando estás lejos de Dios; atrae al siervo del pecado para hacerlo libre, para que caminando en el camino todos los días de tu vida no te equivoques. También te sigue, guardando tus espaldas, para que el diablo serpiente, que acecha tu talón y con quien tienes enemistad, no te derrote. Pues el ladrón mata ya sea enfrentándose o levantándose por detrás. Por esto, la misericordia de Dios te precede y te sigue, para que camines seguro y protegido todos los días de tu vida. Ten, por tanto, esperanza y gloria, no en ti, sino en la misericordia de Dios que te precede y te sigue: por la cual fuiste prevenido siendo pecador, para que seas salvado; no fuiste encontrado justo, para que te gloríes de haber complacido.

8. Fin de la gracia y de la profesión cristiana. Observa, sin embargo, a dónde te lleva, si no abandonas a quien te guía. No al campo de la miseria secular, para que busques el pan entre espinas y abrojos con trabajo y sudor; no a los peligros del mar, para que por causa del comercio persigas ganancias inciertas en una frágil madera, donde muchos se han hundido por la intención de lucro. Te lleva a la casa de Dios, no como huésped temporal, para que te vayas de ella; sino como habitante, para que permanezcas en ella. Pues sigue: Y para que habite en la casa del Señor por largos días. Esta casa del Señor es el paraíso. La longitud de los días es la vida eterna. Allí no tendrás hambre, no tendrás sed, ni trabajarás bajo el calor del sol y la luna, no sentirás el frío ni las tempestades del invierno. No hay tristeza ni dolor en ella. Siempre serás feliz con la compañía de los santos. Te alegrarás con ellos y exultarás, viviendo y alabando a Dios por los siglos de los siglos. Pues dice en otro salmo: Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). Esta es la esperanza de vuestra fe, amadísimos. Os habéis acercado al Señor para creer; apresuraos y esforzaos por alcanzar mediante una buena conducta lo que habéis creído. No os hacéis cristianos por la vida presente, sino por la vida futura, que el Señor

Cristo mismo otorga a los que creen en Él y perseveran: quien vive y reina con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO CCCLXVII. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas, cap. XVI, 19-31; donde se habla del rico y Lázaro.

## CAPÍTULO PRIMERO.

1. Comparación del rico con el pobre Lázaro. La avaricia insaciable. Vuestra Santidad ha advertido, hermanos carísimos, y conmigo, como creo, con toda la atención de la mente, ha observado la opulencia del rico y la indigencia del mendigo; uno rebosante de alimentos, y el otro desfalleciendo de hambre. Ambos son hombres, ambos carnales, ambos mortales: pero no ambos iguales. Una es la naturaleza, pero no una la vida. Ninguno de ellos está exento de la condición de la muerte: y sin embargo, uno banquetea espléndidamente, y el otro se ensucia en harapos y miseria. Aquel se alegraba con manjares delicados por la invención de los cocineros: este esperaba si caían migajas de su mesa. Oigan ahora los ricos, que no quieren ser misericordiosos; oigan que todos nacemos bajo una misma ley, vivimos bajo una misma luz, respiramos un mismo aire, y también morimos bajo una misma muerte: que si no interviniera, ni siquiera el pobre duraría. Este Lázaro, ulceroso y desnudo, es llevado por los ángeles al seno de Abraham. He aquí que el rico, satisfecho y espléndido, es encerrado en la cárcel del tártaro. ¿Dónde está aquella vestidura de lino fino? ¿Dónde está la vida abundante y llena de muchas riquezas? ¿No pasan todas las cosas con la muerte como una sombra? Nada trajimos a este mundo, dice el Apóstol, y tampoco podemos llevarnos nada (I Tim. VI, 7). Nada llevamos con nosotros ni arrebatamos. ¿Qué si lleváramos algo, no devoraríamos a los hombres vivos? ¿Qué es esta avidez de la concupiscencia, cuando incluso las bestias tienen medida? Pues solo arrebatan cuando tienen hambre: pero perdonan la presa cuando sienten saciedad. Solo la avaricia de los ricos es insaciable. Siempre arrebatata, y nunca se sacia: ni teme a Dios, ni respeta al hombre: ni perdona al padre, ni reconoce a la madre: ni obedece al hermano, ni guarda fidelidad al amigo: oprime a la viuda, invade los bienes del huérfano: llama a los libertos de nuevo a la servidumbre, presenta un testamento falso. Se ocupan de los bienes del muerto; como si ellos mismos que hacen esto no fueran a morir. ¿Qué es, entonces, esta locura de las almas, perder la vida, buscar la muerte? ¿Adquirir oro y perder el cielo? Pero como nadie piensa en Dios, por eso permanece el juicio en la muerte.

## CAPÍTULO II.

2. Por qué fue condenado el rico. Con razón se le dijo al rico: Porque recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males; ahora, pues, este es consolado, y tú atormentado. Oigan esto los ricos, que no quieren ser misericordiosos. Oigan que se les imponen castigos a los que no quieren dar ayudas. Oigan al pobre refrigerarse, oigan al rico arder en tormentos más graves. Padre Abraham, dice, envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero él: Recuerda, hijo, dice, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males. Se pesan los castigos por las riquezas, el refrigerio por la pobreza, la llama por la púrpura, la satisfacción por la desnudez, para que se salve la equidad de la balanza, y no mienta la medida de esa medida: Con la medida con que midáis, se os medirá (Mat. VII, 2). Por eso se le niega la misericordia al rico en los tormentos, porque él mismo, mientras vivía, no quiso tener misericordia. Por eso el rico suplicante no es escuchado en los tormentos; porque no escuchó al pobre suplicante en la tierra.

## CAPÍTULO III.

3. Se exhorta a la limosna. El rico y el pobre son dos cosas contrarias: pero a la vez son dos cosas necesarias. Nadie necesitaría si se soportaran mutuamente; y nadie trabajaría si ambos se ayudaran. El rico fue hecho para el pobre, y el pobre fue hecho para el rico. Del pobre es orar, y del rico dar; de Dios es pesar lo grande por lo pequeño. De su misericordia nace gran abundancia de lo pequeño. El campo de los pobres es fecundo, pronto devuelve fruto a los dueños. El pobre es el camino al cielo, por el cual se llega al Padre. Comienza, pues, a dar, si no quieres errar. Desata en esta vida la cadena de tu patrimonio, con la que estás atado; para que puedas acceder libremente al cielo: desecha de ti las cargas de las riquezas, desecha las cadenas voluntarias, desecha las ansiedades y las fatigas, que te inquietan durante muchos años. Da al que pide, para que puedas recibir tú mismo: da al pobre, si no quieres arder en las llamas. Da en la tierra a Cristo, lo que te devolverá en el cielo. Olvida lo que eres, y atiende a lo que serás. La vida presente es frágil, y proclive a la muerte. Nadie puede permanecer: pero todos somos forzados a pasar. Vamos sin querer, salimos a la fuerza, porque somos malos. Si, sin embargo, enviáramos algo antes de nosotros, no llegaríamos a una posada vacía. Pues lo que damos al pobre, lo enviamos antes de nosotros: pero lo que arrebatamos, aquí lo dejamos todo.

SERMO CCCLXVIII. Sobre las palabras del Evangelio de Juan, cap. XII, 25, Quien ama su vida, la perderá: y sobre las palabras del Apóstol, a los Efesios, cap. V, 29, Nadie jamás odió su propia carne.

## CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cómo quien ama su vida la perderá. Ahora, hermanos, cuando se leía la lectura divina, escuchamos al Señor diciendo: Quien ama su vida, la perderá. A esta sentencia parece contraria lo que dice el Apóstol: Nadie jamás odió su propia carne. Si, por tanto, no hay nadie que odie su propia carne, ¿cuánto más no hay nadie que odie su propia vida? Pues el alma se prefiere mucho a la carne: porque ella es la habitante, la carne es la morada; y el alma domina, la carne sirve; el alma es superior, la carne está sujeta. Si, por tanto, nadie jamás odió su propia carne, ¿quién es el que odia su propia vida? Por esto, la presente lectura evangélica nos ha planteado una gran cuestión, donde escuchamos: Quien ama su vida, la perderá. Es peligroso amar la vida, para que no perezca. Pero si por eso es peligroso que ames tu vida, para que no perezca tu vida, por eso no debes amarla, porque no quieres que perezca. Pero si no quieres que perezca, la amas. ¿Qué es esto? Si amo, pierdo. Entonces no ame, para no perder. Pero porque temo perder, por eso no amo; y ciertamente lo que temo perder, amo. Dice también en otro lugar el Señor: ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (Mat. XVI, 26). He aquí que así debe amarse la vida, que se prefiera al lucro de todo el mundo; y sin embargo, observe quien ama su vida, porque si ama, la perderá. No quieres perderla, no la ames. Pero si no quieres perderla, no puedes no amarla.

## CAPÍTULO II.

2. Un amor perverso y un odio recto del alma. Hay, por tanto, quienes aman perversamente su vida: y esto quiere corregir la palabra de Dios, no para que odien su vida, sino para que la amen correctamente. Pues amándola mal, la pierden, y se hace algo grande como al revés y contrario: pero así se hace, que si amas perversamente, la pierdes; si la odias rectamente, la conservas. Hay, por tanto, un amor perverso de ella, y un odio recto de ella. Pero el amor perverso viene del odio, el odio recto viene del amor de ella. ¿Cuál es el amor perverso del alma? Cuando amas tu vida en las iniquidades. Escucha que viene del odio este amor perverso: Pero quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6). Pero ve el odio recto, porque

viene del amor. Allí mismo el Señor sigue diciendo: Pero quien odia su vida en este mundo, la encontrará en la vida eterna. Sin duda lo que quieres encontrar en la vida eterna, lo amas mucho. Pues lo que amas por un tiempo, ¿de qué sirve? O se te quita a ti, o se te quita a ti. Donde, por tanto, o el amante perece, o lo que se ama, no debe amarse. Pero ¿qué debe amarse? Lo que puede estar con nosotros eternamente. Pero si quieres tener tu vida eternamente a salvo, ódiala por un tiempo. Por tanto, el odio recto viene del amor; el amor perverso viene del odio.

3. Modo de amar la vida. Doble amor. ¿Cuál es, entonces, el modo de amar la vida? ¿Creéis que los mártires no amaban sus vidas? Ciertamente veis ahora, si la vida de alguien en este mundo está en peligro, cómo sus amigos corren por ella: cómo se corre a la iglesia, se ruega al obispo, para que interrumpa, si tiene alguna acción, corra, se apresure. ¿Por qué? Por la vida. Y todos tiemblan, todos deciden que debe apresurarse, dejando de lado todas las demás cosas. Toda prisa es alabada, toda tardanza es acusada. ¿Por qué? Por la vida. ¿Qué es, por la vida? Para que el hombre no muera. ¿No sabían los mártires amar sus vidas? Y sin embargo, esto es por la vida, para que el hombre no muera.

### CAPÍTULO III.

La muerte del hombre es la iniquidad. Si corres por esta vida cien millas, ¿cuántas millas debes correr por la vida eterna? Si te apresuras a ganar unos pocos días, e incluso esos inciertos: pues hoy el hombre liberado de la muerte, no sabe si mañana morirá: sin embargo, si se corre así por el lucro de unos pocos días, porque incluso hasta la vejez son pocos días, ¿cómo se debe correr por la vida eterna? Y sin embargo, por esto los hombres son perezosos. Difícilmente encuentras a alguien que mueva siquiera un pie lentamente por la vida eterna. Por tanto, abunda el amor perverso del alma; pero el amor recto es de muy pocos. Pues así como no hay nadie que no ame su vida, así no hay nadie que no ame su carne. ¿Cómo puede ser que sea verdad lo que dice el Apóstol, Nadie jamás odió su propia carne, y no se ame el alma? Aprendamos, pues, hermanos, a amar nuestras almas. Todo placer del mundo es transitorio. Hay un amor útil, hay un amor nocivo: el amor es impedido por el amor; que el amor nocivo se retire, y el amor útil suceda. Pero porque los hombres no quieren retirarse de allí; por eso no puede entrar en ellos otra cosa: para que no reciban, están llenos; viertan, y recibirán. Pues están llenos de amor a los placeres carnales, están llenos de amor a la vida presente, están llenos de amor al oro y la plata, a las posesiones de este mundo. Quien está lleno, está como los vasos. ¿Quieres que entre miel donde aún no has vertido el vinagre? Vierte lo que tienes, para que recibas lo que no tienes. Por eso la primera renuncia es a este mundo, y luego la conversión a Dios. Quien renuncia, vierte; quien se convierte, se llena: pero si no se hace solo con el cuerpo, sino también con el corazón.

### CAPÍTULO IV.

4. Los inicios del amor. Se pregunta, hermanos, cómo crece este amor. Pues tiene sus inicios, tiene sus aumentos, tiene su perfección. Y debemos saber quién ha comenzado, para exhortarlo a los aumentos; quién no ha comenzado, para aconsejarle dónde empezar; quién ha comenzado y ha crecido, para incitarlo a la perfección. Primero, que vuestra Caridad observe esto: todos los amores y afectos primero están en los hombres hacia sí mismos, y así hacia otra cosa que aman. Si amas el oro, primero te amas a ti mismo, y así al oro: porque si mueres, no habrá quien posea el oro. Por lo tanto, el amor comienza en cada uno por sí mismo; y no puede sino comenzar por sí mismo. Y nadie es aconsejado para que se ame a sí mismo. Pues esto no solo está en los hombres, sino también en los animales. Veis, hermanos,

cómo no solo las grandes bestias y los grandes animales, como los bueyes o los camellos o los elefantes, sino también las moscas, y hasta los más pequeños gusanos, no quieren morir, y se aman a sí mismos. Todos los animales huyen de la muerte. Por lo tanto, se aman a sí mismos, quieren protegerse; unos con velocidad, otros con escondites, otros resistiendo y luchando: sin embargo, todos los animales luchan por su vida, no quieren morir, quieren protegerse. Por lo tanto, se aman a sí mismos. Comienza a amar también otra cosa. Pero, ¿qué es esa otra cosa? Cualquier cosa que ames, o es lo que tú eres, o es inferior a ti, o es superior a ti. Si lo que amas es inferior a ti, ámalo para consolar, para tratar, para usar, no para atarte. Por ejemplo, amas el oro, no te ates al oro: ¿cuánto mejor eres tú que el oro? Pues el oro es tierra brillante; pero tú, para ser iluminado por el Señor, fuiste hecho a imagen de Dios. Aunque el oro es una criatura de Dios, Dios no hizo el oro a su imagen, sino a ti. Por lo tanto, puso el oro bajo ti. Este amor, por lo tanto, debe ser despreciado. Estas cosas deben ser tomadas para uso, no para adherirse a ellas con el vínculo del amor como si fuera pegamento. No te hagas miembros que, cuando comiencen a ser cortados, te duelan y te torturen. ¿Qué, entonces? Levántate de este amor, con el que amas cosas inferiores a ti: comienza a amar lo que es igual a ti, es decir, lo que tú eres. Pero, ¿para qué tantas palabras? Si quieres, brevemente podrás.

## CAPÍTULO V.

5. Cómo se adquiere el amor verdadero y honesto. El orden en el que podemos tener el amor verdadero y la verdadera caridad, el mismo Señor nos lo dijo en el Evangelio, y lo mostró claramente. Pues así dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas; y a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XXII, 37, 39). Primero, entonces, ama a Dios, luego a ti mismo; después de esto, ama a tu prójimo como a ti mismo. Pero primero aprende a amarte a ti mismo: así ama a tu prójimo como a ti mismo. Pues si no sabes amarte a ti mismo, ¿cómo podrás amar verdaderamente a tu prójimo? Algunos hombres piensan que se aman a sí mismos en un orden legítimo, cuando roban cosas ajenas, cuando se embriagan, cuando sirven a la lujuria, cuando buscan ganancias injustas a través de diversas calumnias. Tales personas deben escuchar la Escritura que dice: Quien ama la iniquidad, odia su alma. Si, por lo tanto, amando la iniquidad, no solo no te amas a ti mismo, sino que también te odias; ¿cómo podrás amar a Dios o a tu prójimo? Si, por lo tanto, deseas guardar el orden de la verdadera caridad, haz justicia, ama la misericordia, huye de la lujuria; comienza, según el mandamiento del Señor, no solo a amar a los amigos, sino también a los enemigos. Y cuando te esfuerces por guardar esto fielmente con todo tu corazón, podrás ascender con estas virtudes como con ciertos escalones, para que merezcas amar a Dios con toda tu alma y con toda tu fuerza. Y cuando llegues a esta feliz perfección, considerarás todos los deseos de este mundo como estiércol: y con el profeta podrás decir: Pero para mí, estar cerca de Dios es bueno (Salmo LXXII, 28).

## SERMON CCCLXIX. Sobre la Natividad del Señor, I.

1. Doble nacimiento de Cristo, uno antes de todo día, otro en el día. La Natividad de Cristo iluminada por testimonios divinos. Nuestro Salvador, nacido del Padre sin día, por quien fue hecho todo día, quiso tener en la tierra este día natal, que hoy celebramos. Quienquiera que admire este día, admire más bien el eterno que permanece antes de todo día, que crea todo día, que nace en el día de hoy, que libera de la malicia del día. Aún admira. La que dio a luz, es madre y virgen; el que nació, es infante y Verbo. Con razón los cielos hablaron, los ángeles se regocijaron, los pastores se alegraron. Los magos cambiaron, los reyes se turbaron, los pequeños fueron coronados. Amamanta, madre, nuestro alimento; amamanta el pan que viene del cielo, y puesto en el pesebre como alimento de los piadosos animales. Pues allí el

buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Isaías I, 3); la circuncisión y el prepucio, adhiriéndose a la piedra angular, cuyas primicias fueron los pastores y los magos. Amamanta a aquel que te hizo tal, para que él mismo se hiciera en ti, quien te trajo el don de la fecundidad concebido, y no te quitó el decoro de la virginidad nacido: quien para sí mismo, antes de nacer, eligió el vientre del que nacería, y el día en que nacería. Y él mismo creó lo que eligió, para que de allí saliera como un esposo de su tálamo, para que pudiera ser visto por ojos mortales, y con el aumento de la luz anual testificar que él vino como luz de las mentes. Los profetas cantaron al Creador del cielo y de la tierra que estaría en la tierra con los hombres: el ángel anunció que el Creador de la carne y del espíritu vendría en carne. Juan saludó desde el vientre al Salvador en el vientre; el anciano Simeón reconoció a Dios en el infante; Ana la viuda a la madre virgen. Estos son los testimonios de tu natividad, Señor Jesús, antes de que las olas se sometieran a ti caminando, cedieran obedeciendo; antes de que el viento se calmara a tu mandato, el muerto viviera a tu llamado, el sol palidciera a tu muerte, la tierra temblara a tu resurrección, el cielo se abriera a tu ascensión: antes de que hicieras estos y otros milagros ya en la edad juvenil de tu cuerpo. Aún eras llevado en las manos de tu madre, y ya eras reconocido como el Señor del mundo. El mismo niño pequeño de la semilla de Israel, y él mismo con nosotros Dios Emmanuel.

2. Natividad eterna de Cristo. ¿Cuál es esa generación de nuestro Salvador, en la que es coeterno con el Padre que lo engendra, cuando el mundo se asombró de esta generación de la virgen, que la fe piadosa reconoció y sostuvo, pero la infidelidad ridiculizó, y la soberbia temió superada? ¿Cuál es esa generación, en la que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1)? ¿O qué es este Verbo, que antes de ser dicho no callaba, y dicho no calló quien lo decía? ¿Qué es el Verbo sin tiempo, por el cual fueron hechos los tiempos? Verbo que ningún labio abrió comenzado, ni cerró terminado: Verbo que no tiene principio de boca de hablantes, y abre la boca de los mudos: Verbo que no se hace con las lenguas elocuentes de las naciones, y hace elocuentes las lenguas de los infantes. ¿Cuál es, digo, esa generación, en la que el Padre no cede muriendo, porque no la precede viviendo? De todos los intervalos de lugares y tiempos, de toda distensión de espacios, que solemos sentir ya sea en días o en cuerpos, elevemos a él, tanto como podamos con su ayuda, nuestra alma, si de alguna manera podemos comprender tanto al nacido que no precede al que engendra, como al que engendra que no sigue al que es engendrado, al Padre y al Hijo: ni ambos padres, ni ambos hijos, sino ambos eternos: no ambos generando, ni ambos naciendo, sino uno sin el otro no viviendo: y pensemos que el Padre eternamente engendró, y el Hijo eternamente nació, si podemos; si no podemos, creamos. No hay nada que aquí podamos decir, pero sin embargo no está lejos de cada uno de nosotros: Porque en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos XVII, 28). Transcendamos nuestra carne, en la que los padres viven antes que los hijos: porque crecieron para poder engendrar hijos, y con los hijos creciendo ya envejecen. Los padres vivieron antes de que los hijos nacieran, porque también los hijos vivirán después de que los padres mueran. Transcendamos también nuestras almas: ellas mismas conciben algo pensando, que tienen consigo sabiendo; pero pueden perderlo olvidando, porque no lo tenían antes de nacer. Transcendamos todas las cosas corporales, temporales, mutables: para que veamos sobre todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas. Nuestro ascenso está en el corazón: porque también aquel a quien ascendemos está cerca. Sin embargo, estamos lejos de él, en cuanto somos disímiles. Por lo tanto, asciende a él su semejanza, que en nosotros hizo y rehizo, en la cual aún no perfecta, palpita la débil visión, y no puede contemplar el inefable resplandor de la luz eterna. ¿Quién, entonces, podrá narrar su generación, cuyo fulgor la mirada de la mente aún no capta (Isaías LIII, 8)? Pero el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14).

3. Natividad temporal de Cristo. Esta generación, cuyo día celebramos hoy, en la que se dignó venir a través de Israel, y hacerse Emmanuel, Dios con nosotros en la debilidad de la carne, no con nosotros en la iniquidad del corazón; acercándose a nosotros por lo que asumió de lo nuestro, y liberándonos por lo que permaneció en lo suyo (pues el Señor visitó a sus siervos a través de la debilidad mortal, para hacerlos libres por la verdad inmutable): esta generación, de la cual la fragilidad humana es de alguna manera capaz; no aquella que permanece sin tiempo, sin madre sobre todas las cosas; sino esta que fue hecha en el tiempo, sin padre entre todas las cosas: este hijo de la virgen y esposo de las vírgenes, naciendo de una madre incorrupta, engendrando con verdad incorruptible, alabémoslo, amémoslo, adorémoslo, para que en su misericordia triunfemos sobre la astucia vencida del diablo. El diablo se deslizó para engañarnos con una mente femenina corrompida: Cristo salió para liberarnos con una carne femenina también incorrupta; quien es bendito con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON CCCLXX. Sobre la Natividad del Señor, II.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cuatro tipos de nacimiento o condición del hombre. El día de hoy ha traído gran alegría al género humano para tener esperanza de vida eterna. Pues el primer hombre, con cuya caída todos caímos, cuya ruina es nuestra mortalidad, no nació, sino que fue hecho; sin padre, sin madre, sino por la obra de Dios. Esta es la primera condición del hombre. Adán de la tierra. La segunda condición del hombre, en la que se crea a la mujer del costado del hombre. La tercera condición del hombre, en la que nace el hombre de hombre y mujer. La cuarta condición es de Dios y del hombre, en la que Cristo nació sin hombre de mujer. De estas cuatro condiciones, solo una nos es habitual, las otras tres no están a la vista de la carne, sino en la fe del corazón. No conocemos al hombre hecho de la tierra sin padre, sin madre; no conocemos a la mujer hecha del costado del hombre, lo hemos leído y oído, lo hemos creído. La tercera es habitual para nosotros, la misma cotidiana del abrazo del hombre y la mujer nacen hombres todos los días. Ya, entonces, había una sin hombre y mujer, ya había otra del hombre sin mujer, ya había una tercera del hombre y la mujer, la cuarta quedaba sin hombre de mujer. Pero esta cuarta liberó a las tres. Pues la primera y la segunda cayeron, la tercera engendró de la ruina, en la cuarta encontraron salvación.

### CAPÍTULO II.

2. Todo grado de los fieles atestigua al Salvador de todos nacido. Regocíjense, pues, las vírgenes; la virgen dio a luz a Cristo. No piensen que lo que han prometido ha sido destruido: la virgen permaneció virgen después del parto. Regocíjense las viudas; la viuda Ana reconoció al niño Cristo. Regocíjense las casadas; Isabel, casada, profetizó al Señor Jesús Cristo que iba a nacer. Ningún grado fue omitido, del cual la salvación de todos no tuviera testimonio. ¿Acaso solo las vírgenes llegan al reino de los cielos? También llegan las viudas. Gran mérito tuvo aquella santa viuda Ana. Pues desde su virginidad vivió siete años con su marido; al morir este, llegó a la vejez, y en santa ancianidad esperaba la infancia del Salvador; para que la anciana viera al pequeño, la anciana reconociera al pequeño, viera al Salvador entrando en el mundo al irse (Lucas II, 36-38). Y en el sexo masculino, los mismos tres géneros están recomendados. El mismo Cristo nació niño; regocíjense los niños, prometiendo continencia al niño. Él verdaderamente consagró la integridad de la castidad, quien trajo fecundidad a su madre, no le quitó la virginidad. Aquel anciano Simeón había vivido mucho tiempo, cuya edad se compara con la de Ana; y había recibido la respuesta de que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor.

### CAPÍTULO III.

3. Cuánto deseaban los santos antiguos el nacimiento de Cristo. Entiendan, hermanos, cuánto deseo tenían los santos antiguos de ver a Cristo. Sabían que él vendría, y todos los que vivían piadosamente decían: ¡Oh, si esta natividad me encontrara aquí! ¡Oh, si lo que creo en las Escrituras de Dios, lo viera con mis ojos! Y para que sepan cuánto deseo tenían los santos, que sabían por las Escrituras santas que una virgen daría a luz, como han oído cuando se leía Isaías: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel (Isaías VII, 14). Emmanuel, ¿qué significa? El Evangelio nos lo ha revelado diciendo, que se interpreta, Dios con nosotros (Mateo I, 23). No te parezca, pues, extraño, cualquier alma infiel, no te parezca imposible que una virgen diera a luz, permaneciendo virgen. Entiende que nació Dios, y no te asombrarás del parto de la virgen. Para que sepan que los santos antiguos y justos deseaban ver lo que se concedió a este anciano Simeón; nuestro Señor Jesucristo, hablando a los discípulos, dijo: Muchos justos y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mateo XIII, 17). Este anciano fue muy tardío para oír, pero maduro para ver. No esperó para oír a Cristo hablando, pues reconoció al infante. Y esto le fue concedido ya anciano, como deseando y suspirando y diciendo cada día en sus oraciones: ¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo nacerá? ¿Cuándo lo veré? ¿Crees que duraré? ¿Crees que me encontrará aquí? ¿Crees que estos ojos míos verán, por quien los ojos del corazón serán revelados? Decía estas cosas en sus oraciones, y por su deseo recibió la respuesta de que no probaría la muerte antes de ver al Cristo del Señor. María, su madre, lo llevaba infante: él lo vio, y lo reconoció. ¿Dónde conocía a quien reconoció? ¿O fue revelado dentro de él quien nació fuera? Lo vio, y lo reconoció. Simeón reconoció al infante callado; y los judíos mataron al joven haciendo maravillas. Cuando, pues, lo reconoció, lo tomó en sus brazos, es decir, en sus brazos, lo abrazó. Llevaba a quien lo llevaba. Pues él es Cristo, la sabiduría de Dios, que alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sabiduría VIII, 1). ¿Cuánto había allí, y cuán grande, cuán pequeño se había hecho? Hecho pequeño, buscaba a los pequeños. ¿Qué significa, buscaba a los pequeños? No a los soberbios, no a los altivos; sino que recogía a los humildes y mansos. Se dignó ser puesto en el pesebre, para ser alimento de los piadosos animales. Por lo tanto, Simeón lo tomó en sus brazos, y dijo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz. Despides en paz, porque veo la paz. ¿Por qué, entonces, despides en paz? Porque han visto mis ojos tu salvación (Lucas II, 25-30). La salvación de Dios, el Señor Jesucristo. Anunciad de día en día su salvación (Salmo XCV, 2).

### CAPÍTULO IV.

4. Niños, ancianos y casados atestiguan a Cristo. Tenéis, pues, niños, al niño Jesús; santos ancianos, al anciano Simeón. Si buscáis, además, que algún hombre casado dé testimonio al Señor, considerad a Zacarías. Nadie, pues, busque otra cosa, hermanos míos, cristianos fieles, ya sea virgen, o viuda, o casada, o niño, o continente, o casado: cualquier cosa que alguien quiera ser más, no encuentra cómo pertenecer a Cristo. No encontramos que adúlteros, fornicadores, inmundos hayan dado testimonio a Cristo. Y para que de tales se diera testimonio a él, él mismo lo concedió, él mismo lo otorgó. Pues ningún hombre santo por sus propias fuerzas. Regocijémonos, pues, amadísimos. Desde el día de hoy los días crecen. Cree en Cristo, y el día crece en ti. ¿Has creído? El día ha comenzado. ¿Has sido bautizado? Cristo ha nacido en tu corazón. Pero, ¿acaso Cristo nacido permaneció así? Creció, llegó a la juventud: pero no declinó en la vejez. Crezca, pues, también tu fe, encuentre fortaleza, no conozca la vejez. Así pertenecerás a Cristo, el Hijo de Dios, en el principio el Verbo con Dios, el Verbo Dios; pero el Verbo hecho carne, para que habitara entre nosotros. La

majestad estaba oculta allí, donde la debilidad aparecía. Simeón tomó la debilidad en sus manos, pero reconoció la majestad dentro. Nadie desprecie al nacido, si quiere ser renacido. A él le correspondió nacer por nosotros, a nosotros nos corresponde renacer en él: quien vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON CCCLXXI. Sobre la Natividad del Señor, III.

## CAPÍTULO PRIMERO.

1. Las dos natividades de Cristo. Hoy ha nacido para nosotros el Salvador; y por eso hoy ha surgido el verdadero sol para todo el mundo. Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera Dios: y para que el siervo se convirtiera en señor, el Señor tomó la forma de siervo. Habitó en la tierra el habitante de los cielos, para que el hombre, habitante de la tierra, habitara en los cielos. Ha nacido, pues, para nosotros el Salvador, sufrió el día del parto de la Ley repudiada concebido: nacido del Padre siempre, de la madre una sola vez. En efecto, de nuestro Señor Jesucristo hemos recibido dos natividades: primero la divina, luego la humana; pero ciertamente ambas maravillosas: en aquella para que cesaran los oficios de la madre, en esta para que cesaran los del padre: una eterna, para crear a los temporales; otra temporal, para otorgar a los eternos. Él, pues, en la forma de Dios igual al Padre, él en la forma de siervo sujeto al Padre. Él, creador de los tiempos, nació en el tiempo: y se hizo tan pequeño, que fue dado a luz por una mujer; pero permaneció tan grande, que no se separó del Padre. Estas natividades del Señor también las atestiguan los dos principios de los evangelistas. Uno, en efecto, sobre la natividad divina dice así: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan 1, 1-3). Sobre esta natividad humana, otro evangelista refiere así: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David (Mateo 1, 1). Este, pues, es el natalicio del Señor, este es el día de la segunda natividad: exultemos y alegrémonos en él. No sin razón, al haberse ya aumentado el día, hoy la luz recibe incremento; ya que en este día ciertamente vino la verdadera luz para el género humano: para que correctamente el día aumente el camino del sol, por el cual nos trajo a aquel, por quien seríamos liberados de las tinieblas de la muerte. A este, pues, anunciándolo los Profetas, como lámparas, precedieron el día de su nacimiento, y los milagros que realizaría en la carne, los proclamaron con clarísimos anuncios. Era, en efecto, correcto que se predijera que vendría, para que cuando viniera, no se dudara. Este, por tanto, nuestro Dios, se comportó como hombre entre los hombres. Apareció, en efecto, como hombre a los que veían, como Dios a los que entendían: ofreciendo al hombre a los que miraban, conservando a Dios para los que creían. Así, los débiles fueron salvados por la apariencia de su debilidad: los fuertes buscan la contemplación de su divinidad.

## CAPÍTULO II.

2. En la encarnación se muestra un Dios visible, a quien el hombre debe seguir. Os ruego, carísimos, que consideréis cuán grande es este misterio de la verdad. Para salvar a los hombres había dado la Ley, había enviado a los Profetas: y porque estos remedios precedieron para sanar las enfermedades, Dios quiso ofrecerse a sí mismo a los hombres para su salvación. Sin embargo, los hombres no podían ver a Dios mismo en su sustancia: pero los hombres no debían poner su esperanza solo en el hombre. ¿Qué se haría aquí, entonces? No debían seguir al hombre, no era el hombre quien debía ser seguido, que podía ser visto: debía ser seguido Dios, que no podía ser visto. Para que, pues, se mostrara al hombre, y fuera visto por el hombre y seguido por él, Dios se hizo hombre. Finalmente, cuando ya se encontraba

entre los hombres, y habiendo llevado a tres apóstoles en secreto, resplandeció de repente ante ellos en aquella claridad del culto divino: lo que los apóstoles que estaban presentes apenas pudieron contemplar por la debilidad del afecto humano (Mateo 17, 1-6). Quiso nacer humanamente, para que nosotros naciéramos en él, y sancionara para sus futuros adoradores los sacramentos de la natividad repetida: para que nosotros, que estábamos sujetos desde aquella natividad, acompañando las huellas de nuestro Salvador, obtuviéramos con certeza el auxilio de la segunda natividad; por la cual, nacidos en Dios y de Dios, rompiéramos las cadenas de la muerte antigua, cuando tomáramos el Espíritu Santo como prenda de salvación. Así, cuando Dios quiso aparecer a los hombres, y deseó enseñarles también en persona lo que antes había mandado, moderó su poder divino al asumir al hombre, y puso las tinieblas como su escondite a su alrededor (Salmo 17, 12), cuando se cubrió con el tabernáculo de la carne. Por tanto, con este sacramento tan inefable, Cristo nuestro Dios es considerado tanto hombre como Dios; por la madre hombre, por el Padre Dios. Y así se cumple que ambas cosas sean verdaderas, lo que dice: El Padre es mayor que yo (Juan 14, 28); y, Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Pues en la divinidad es igual al Padre, en la encarnación está sujeto al Padre.

### CAPÍTULO III.

3. Cómo pudo mezclarse Dios y hombre. Más difícil es la mezcla del alma y el cuerpo. Sin embargo, algunos suelen preguntar cómo pudo mezclarse el hombre y Dios. Preguntan la razón de este misterio, que se hizo una vez: cuando ellos mismos no pueden dar razón de lo que siempre se hace, es decir, cómo el alma se mezcla con el cuerpo, para que se haga hombre. Así como se une una cosa corpórea e incorpórea, para que se haga hombre: así el hombre se unió a Dios, y se hizo Cristo. Y sin embargo, para que se hiciera Cristo, aquellas dos cosas incorpóreas, es decir, el alma y Dios, pudieron unirse y mezclarse más fácilmente, que se mezcla una incorpórea y otra corpórea, es decir, el alma y el cuerpo, para que exista la persona del hombre. Si Dios, creador del cielo y de la tierra, siendo Dios, se hizo hombre, y se humilló hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2, 6-8), ¿cuánto más no debe enorgullecerse la tierra y el polvo? Ved, hermanos, cuánto se humilló Dios por los hombres. ¿Cuánto debe humillarse el siervo, cuando el Señor descendió a tal humildad? Esta humildad, carísimos, si es poseída plenamente por los hombres, también progresará hasta la caridad. Pues mientras uno considera al otro superior, el amor hace la igualdad. Por lo tanto, que el hombre no se desprecie a sí mismo, por quien Dios se dignó a soportar estas cosas.

### CAPÍTULO IV.

4. La dignidad del hombre por la dignación de Dios en él. Y yo, hermanos, por quienes deseo gastar y ser gastado, aunque siempre os he considerado grandes en mi conciencia; sin embargo, de algún modo esta cosa me hace consideraros mayores, cuando entiendo cuán grande es la dignación de mi Señor por el hombre. Vosotros sois, en efecto, el precio de la encarnación del Señor, vosotros el precio de la sangre del Señor, vosotros miembros de Cristo, Cristo es vuestra cabeza: por vosotros no dudó en nacer, por vosotros no dudó en sufrir; también soportó la cruz para incorporaros a su familia. Vosotros sois llamados hermanos de Cristo, vosotros sois llamados herederos de Cristo. Por tanto, amadísimos, cada uno debe considerarse digno, ante quien no debe pecar; debe considerarse digno, ante quien si pensara en el delito, se avergonzaría. Porque habéis sido comprados por un gran precio: glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo (1 Corintios 6, 20). Este nació por vosotros, este fue ofrecido por vosotros; este también, si actuáis dignamente, habita en vosotros. Actuemos, meditando en la ley del Señor día y noche, para que merezcamos comprenderlo, para que merezcamos verlo. Actuemos, para que, ya que Dios se dignó descender por los hombres, el hombre pueda ascender a Dios.

## SERMON CCCLXXII. De la Natividad del Señor, IV.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Doble natividad de Cristo. Conoce vuestra fe, carísimos, que ha congregado a toda esta multitud, que hoy ha nacido para nosotros el Salvador. Nació del Padre siempre, de la madre una sola vez: del Padre sin sexo, de la madre sin uso. En el Padre, en efecto, faltó el útero de la que concibe: en la madre faltó el abrazo del que siembra. La primera natividad del Padre conservó la naturaleza: la segunda natividad de la madre sembró la gracia. Aquella mantuvo la majestad de la sustancia divina; esta recibió la sociedad de la mortalidad humana. En esta, sin embargo, se dignó venir, para hacerse obediente hasta la muerte (Filipenses 2, 6-8), y muriendo vencer la muerte. Ambas natividades son inefables, ambas son maravillosas. Pues, ¿qué corazón humano puede comprender, o qué lengua puede explicar, cómo nació Cristo siempre de Dios, o cómo recientemente del útero? ¿Quién entiende al Padre coeterno del Hijo, quién habla de la madre virgen? aquel que engendra sin principio, sin fin; esta que concibe sin lujuria, que da a luz sin corrupción? Ambas natividades son maravillosas, porque son divinas. Así que, ya sea que la mente humana considere aquella, o esta, dice muy correctamente, ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 8). ¿Y qué haremos nosotros, hermanos? Puesto que no podemos hablar dignamente, ¿debemos callar? Lejos de nosotros, lejos de nosotros que la lengua del siervo calle, cuando es el Natalicio del Señor. Digamos, pues, lo que podemos, lo que leemos.

2. Judíos y gentiles invitados a las bodas de Cristo. Nos alimentamos de la carne y la sangre de Cristo. Cristo esposo y gigante, hermoso y fuerte. El bienaventurado David, hablando de Cristo, dice en los Salmos, En el sol puso su tabernáculo, y él como esposo que sale de su tálamo, exultó como un gigante (Salmo 18, 6). Pues hoy salió del sagrado tálamo, es decir, del escondido e incorrupto secreto de las entrañas virginales benditas. De allí salió el hijo de la virgen, el esposo de la virgen: hijo, en efecto, de María, esposo de la Iglesia. A toda la Iglesia hablaba el Apóstol, cuando decía: Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como virgen casta a Cristo (2 Corintios 11, 2).

### CAPÍTULO II.

A estas bodas de Cristo, el Padre del esposo primero invitó al pueblo de los judíos. Pero, ¿qué dice el Evangelio? Los que fueron invitados, no fueron dignos (Mateo 22, 8). Después fue invitada la multitud de todas las naciones, esta llenó la Iglesia, esta recibió de la mesa del Señor no viandas viles, ni bebidas innobles, sino que probó la carne y la sangre del mismo pastor, del mismo Cristo inmolado. Fue inmolado para sus bodas el mismo cordero inocente, fue inmolado para las bodas; y a cuantos invitó, los alimentó con su carne. Inmolado preparó las viandas: resucitado celebró las bodas. Inmolado soportó voluntariamente la pasión: resucitado tomó la esposa dispuesta. En el útero de la virgen tomó la carne humana como arras: en la cruz derramó su sangre como dote preciosísima: en su resurrección y ascensión confirmó los lazos del matrimonio eterno. Pues subió a lo alto, llevó cautiva la cautividad, dio dones a los hombres (Salmo 67, 19). ¿Qué dones? El Espíritu Santo, por el cual, difundida la caridad en las mentes humanas, la Iglesia se adhirió inseparablemente a Cristo como a su esposo. Salió, pues, hoy como esposo de su sagrado tálamo, y como prosigue el Salmo, Exultó como un gigante para correr el camino. Salió como esposo, exultó como gigante. Hermoso y fuerte: hermoso, como esposo; fuerte, como gigante. Hermoso, para ser amado; fuerte, para ser temido: hermoso, para agradar; fuerte, para vencer. ¿Dónde se encuentra en las Sagradas Escrituras la hermosura de este esposo? Hermoso de forma más que los hijos de

los hombres: la gracia se ha derramado en tus labios (Salmo 44, 3). ¿Dónde se encuentra la fortaleza del gigante? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla (Salmo 23, 8). Sin embargo, ambos, es decir, tanto la hermosura como la fortaleza, los había visto e entendido Isaías, cuando decía: ¿Quién es este que viene de Edom? el rojo de sus vestiduras de Bosra, así hermoso en la vestidura con fortaleza (Isaías 63, 1)? Este, pues, profeta, que dijo hermoso y fuerte, conocía al esposo y al gigante.

### CAPÍTULO III.

3. Cómo corrió Cristo el camino. Himno de Ambrosio. Así pues, carísimos, Exultó como un gigante para correr el camino. ¿Qué camino, sino el camino mortal, que se dignó tener en común con nosotros? Este es el camino, por el cual transita el género humano. Pues pasan por él viniendo los que nacen, y yendo los que mueren. Y este río del género humano mana continuamente desde las ocultas venas de la naturaleza desde el principio hasta el fin. De este río rápido y turbulento se dignó beber Cristo. Acabáis de escuchar en el salmo, Bebió del torrente en el camino (Salmo 109, 7). Este torrente nos produjo para la natividad, nos condujo a la muerte. Como desde una fuente oculta, el abismo del mar recibió a Cristo. Por nosotros, tanto nació como murió. Y porque los hombres, situados en medio de este río, a menudo se deleitan con los halagos y seducciones del mundo, que están envueltos en el lodo de este torrente, y los sumergen en el profundo del infierno, que mientras pasan beben de las olas a la vista, así son muertos, deseando permanecer en el torrente precipitado, y buscando en la república huellas fijas: por eso el Señor bebió del torrente en el camino. ¿Qué significa, bebió en el camino? Bebió pasando. Pues bebió y pasó, no permaneció: ni se detuvo en el camino de los pecadores. Asimismo, los hombres temen la muerte; porque es necesario que todos sean precipitados por el impulso de este torrente: pero Cristo, la muerte que había asumido voluntariamente, no pudo temerla; por eso se dijo, Y exultó como un gigante para correr el camino. Pues descendió, y corrió: ascendió, y se sentó. Sabéis, porque así soléis confesar: después de que resucitó, ascendió al cielo, se sienta a la derecha del Padre. Este recorrido de nuestro gigante lo cantó brevemente y bellamente el bienaventurado Ambrosio en el himno, que habéis cantado hace poco. Hablando, en efecto, del Señor Cristo, así dice: «Su salida del Padre, su regreso al Padre: su excursión hasta los infiernos, su regreso al trono de Dios.» Todas estas cosas, carísimos, si buscamos por qué se hicieron, encontraremos que se hicieron por nosotros. Pues descendió, para que ascendiéramos; murió, para que viviéramos; resucitó, para que resurgiéramos; ascendió al cielo, para que aprendiéramos a despreciar las cosas terrenales, y a elevar el corazón hacia arriba. Finalmente, para elevar después de él nuestra esperanza, elevó primero su carne: y para que esperáramos que esto nos seguiría, aquello precedió que tomó de nosotros.

SERMON CCCLXXIII. De la Epifanía del Señor, I.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cristo manifestado a los Magos. La solemnidad que hoy celebramos, por la manifestación del Señor, ha recibido el nombre griego de Epifanía. En efecto, en este día, con los Magos adorando como primicias de los gentiles, se nos presenta manifestado, quien pocos días antes se nos entrega también nacido. Aquella piedra angular, que como dos paredes, a saber, de la circuncisión y del prepucio, es decir, de los judíos y de los gentiles, viniendo de diverso modo, unió en su unidad, y se hizo nuestra paz, que hizo de ambos uno (Efesios 2, 11-22); para que a los pastores de los judíos se les anunciara, vinieron ángeles del cielo; y para que fuera adorado por los magos de los gentiles, resplandeció una estrella del cielo. Así que, ya sea por los ángeles, ya sea por la estrella, los cielos narraron la gloria de Dios: para que en la

gracia de aquel que nació, también los apóstoles la narraran, llevando al Señor como los cielos, y su sonido saliera por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo 18, 2, 5). Y como estas palabras han llegado también a nosotros, creemos, por lo cual también hablamos (2 Corintios 4, 13).

## CAPÍTULO II.

2. Se trata el mismo argumento. Muchas cosas, pues, deben considerarse, hermanos, en esta lectura evangélica que hemos escuchado. Los Magos vienen de oriente, buscan al rey de los judíos, que tantos reyes de los judíos nunca antes buscaron. Sin embargo, buscan no a alguien de edad viril, o anciano, visible a los ojos humanos, en un alto trono, poderoso con ejércitos, aterrador con armas, resplandeciente con púrpura, brillante con diadema [o exultante de la cruz, en la que redimiría a todos los mártires confesores, o resucitando de entre los muertos, o ascendiendo a los cielos]; sino recién nacido, yaciendo en un pesebre, ansioso de los pechos, sin ornato corporal, sin fuerzas de sus miembros, sin riquezas de sus padres, no sobresaliente por su edad, no por el poder de los suyos. Y buscan al rey de los judíos, del rey de los judíos; de Herodes [hombre], a Cristo [Dios y hombre; de un rey terrenal hombre, al rey de los cielos que creó al hombre]: de un grande a un pequeño, de un claro a un oculto, de un excelso a un humilde, de un hablante a un infante, de un opulento a un pobre, de un fuerte a un débil; y sin embargo [aunque de Herodes persiguiendo, a sí mismo y a otros Cristo dominando], de un despreciador a un adorador: ciertamente en quien no se veía pompa regia, sino que se adoraba la verdadera majestad.

## CAPÍTULO III.

3. El miedo de Herodes y su crueldad en la matanza de los inocentes. Los inocentes coronados como mártires. Finalmente, Herodes teme: los Magos desean. Ellos desean encontrar al rey, él teme perder el reino. Ambos, al final, buscan: ellos, por quien puedan vivir; él, a quien quisiera matar: él, en quien cometer un gran pecado; ellos, quien les perdone todos los pecados. Pues Herodes mata a muchos niños, mientras quiere llegar a la muerte de uno solo. Y cuando ha llevado a cabo la más cruel y sangrienta matanza en tantos inocentes; primero se ha matado a sí mismo con tanta iniquidad. Mientras tanto, nuestro rey [Cristo], Verbo [de Dios] infante [Dios], con los Magos adorándolo, con los niños muriendo por él, ya sea que yacía, ya sea que mamaba; y aún no hablando, encontraba creyentes; y aún no sufriendo, también hacía mártires. ¡Oh niños bienaventurados, recién nacidos, nunca tentados, aún no luchados, ya coronados! Que dude de vuestra corona en la pasión por Cristo, quien tampoco cree que el Bautismo aproveche a los niños de Cristo. No teníais, en verdad, la edad para creer en Cristo que iba a sufrir: pero teníais la carne, en la que sufrir por Cristo que iba a sufrir. De ningún modo abandonaría la gracia del Salvador infante a estos infantes, que vino a buscar lo que se había perdido, no solo naciendo en la carne, sino también colgando en la cruz [descendiendo a los infiernos, y ascendiendo a los cielos, y sentándose a la derecha del Padre]. Pues quien pudo tener predicadores ángeles al nacer, narradores cielos, adoradores Magos, pudo también concederles que no murieran aquí por él, si supiera que perecerían con esa muerte, y no más bien vivirían con mayor felicidad. Lejos de nosotros, lejos de nosotros que Cristo viniendo a liberar a los hombres, no haya hecho nada por el premio de aquellos que murieran por él, quien colgando en el madero oró por aquellos por quienes era matado.

4. Los desafortunados judíos son semejantes a los constructores del Arca de Noé y a las piedras miliars. ¿Qué puedo decir sobre la desgracia de los judíos, quienes, al igual que los

constructores del Arca de Noé, proporcionaron a otros un medio para escapar, pero ellos mismos perecieron en el diluvio? Son como las piedras miliare que muestran el camino, pero no pueden caminar [porque permanecieron necios en el camino]. Se les preguntó dónde nacería Cristo: respondieron, en Belén de Judea. Pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre los príncipes de Judá. Porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel (Mateo II, 1-6). Los buscadores escucharon y se fueron; los doctores hablaron y se quedaron: y separados por afectos contrarios, aquellos se convirtieron en adoradores, estos en perseguidores. Ahora también los judíos no dejan de mostrarnos algo similar. Algunos paganos, para conocer a Cristo profetizado de antemano, cuando les presentamos testimonios claros de las Escrituras, sospechan que tal vez fueron inventados por los cristianos, prefieren creer en los códices de los judíos: y como entonces hicieron los Magos, dejan a estos leer en vano, mientras ellos van fielmente a adorar.

## CAPÍTULO V.

5. Un espectáculo espiritual en esta fiesta. Celebremos, pues, regocijándonos en el Señor, el día festivo del Señor; no solo en el que nació de los judíos, sino también en el que se manifestó a los gentiles. Es grato contemplar todo, y ver en un solo espectáculo espiritual, con la mente. Nace Cristo: la virgen concibe, la virgen da a luz, la virgen nutre; hay fecundidad, pero no falta integridad. Los ángeles anuncian, los pastores glorifican, los cielos narran, los Magos desean, los reyes temen, los judíos muestran, los gentiles adoran: los que se enfurecen son frustrados, los infantes son coronados, los creyentes se maravillan. ¿Qué es esta humilde grandeza, esta fortaleza débil, esta magnitud del pequeño? Sin duda, el Verbo que hizo todas estas cosas, por el cual todas las cosas fueron hechas. El Verbo que estaba lejos de nosotros, se hizo carne para habitar entre nosotros (Juan I, 3, 14). Reconozcamos, pues, en el tiempo, por quien fueron hechos los tiempos: y celebrando sus fiestas temporales, deseemos las recompensas eternas.

## SERMON CCCLXXIV. De la Epifanía del Señor, II.

1. Los Magos conducidos a Cristo por la estrella y la revelación de los ángeles. La celebración anual de este día exige de nosotros un sermón anual, debido a vuestros oídos y corazones. Hoy nuestro Salvador condujo a los Magos hacia Él desde un pueblo tan lejano. Vinieron para adorar al niño, el Verbo de Dios. ¿Por qué vinieron? Porque vieron una estrella inusual. ¿Y cómo supieron que era de Cristo? Pudieron ver la estrella; ¿acaso pudo hablarles y decirles, "Soy la estrella de Cristo"? Sin duda, fue indicado de otra manera, por alguna revelación. Sin embargo, un rey había nacido de manera inusual, que debía ser adorado incluso por extranjeros. ¿Acaso no nacieron antes reyes en Judea, o en toda la tierra en diferentes naciones? ¿Por qué este debía ser adorado, y por extranjeros, no con un ejército aterrador, sino en la pobreza de la carne, con la majestad de su poder oculta? Cuando nació, fue adorado por pastores israelitas, a quienes los ángeles lo anunciaron: pero los Magos no eran del pueblo de Israel. Adoraban a los dioses de los gentiles, es decir, a los demonios; cuya engañosa potencia los engañaba. Vieron, pues, una estrella inusual, se maravillaron: sin duda buscaron de quién era el signo, que vieron tan nuevo e inusual. Y ciertamente escucharon, seguramente de los ángeles, de alguna advertencia de revelación. Quizás te preguntas, ¿De ángeles buenos o malos? Los ángeles malos, es decir, los demonios, también confesaron que Cristo era el Hijo de Dios. Pero, ¿por qué no habrían escuchado de los buenos, cuando en la adoración de Cristo ya se buscaba su salvación, no dominaba la iniquidad? Los ángeles pudieron haberles dicho: La estrella que vieron es de Cristo, vayan y adórenlo donde ha nacido, e indiquen también qué clase y cuán grande ha nacido. Ellos, al escuchar esto,

vinieron y adoraron. Ofrecieron oro, incienso y mirra, según su costumbre. Pues solían ofrecer tales cosas a sus dioses.

2. Cristo mostrado a los gentiles por los mismos judíos. Lo cual, ciertamente, antes de hacerlo, antes de encontrarlo en la ciudad donde había nacido, vinieron preguntando, ¿Dónde ha nacido el rey de los judíos? ¿No podrían haber conocido esto también por revelación, como supieron que aquella estrella era del rey de los judíos? ¿No podría la misma estrella haberlos conducido a esa ciudad, como después los condujo al lugar donde estaba Cristo con su madre? Podría haber sido, pero no fue así; para que esto fuera preguntado a los judíos. ¿Por qué quiso Dios que esto fuera preguntado a los judíos? Para que, al mostrar a quien no creen, sean condenados por su propia demostración. Presten atención, porque ahora también los Magos se convierten en las primicias de los gentiles, liberados de una mayor impiedad, dando así mayor gloria al libertador. Preguntan, ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? Herodes, al escuchar el nombre del rey, tiembla como un rival. Llama a los expertos en la Ley, les pregunta según las Escrituras para que indiquen dónde nacería Cristo. Ellos responden, En Belén de Judea. Los Magos fueron y adoraron (Mateo II, 1-11): los judíos se quedaron, quienes mostraron. ¡Oh gran misterio! Hoy convencemos a través de los códices de los judíos: se hacen fieles a través de sus códices. Mostramos a los paganos lo que no quieren creer. Pues a veces los paganos nos hacen esta pregunta, cuando ven que lo que está escrito se cumple de tal manera que no pueden negar en absoluto que se presenta en todas las naciones en nombre de Cristo, lo que se recita como predicho en los santos códices, en la fe de los reyes, en la destrucción de los ídolos, en el cambio de las cosas humanas: y a veces se atreven a decir, Vieron que esto sucedía, y como si hubiera sido predicho, lo escribieron. Un cierto poeta de ellos hizo esto: lo reconocen quienes lo han leído. Narró que alguien descendió a los infiernos, y llegó a la región de los bienaventurados, y se le mostraron los príncipes romanos que nacerían, a quienes ya él, que escribía estas cosas, conocía como nacidos (Virgilio, Eneida, libro 6, versos 752-887). Narró cosas pasadas; pero como si fueran predichas, las escribió. Así también ustedes, nos dicen los paganos, vieron todo esto suceder, y escribieron para ustedes códices, en los que se leen como predichos. ¡Oh gloria de nuestro rey! Con razón los judíos fueron vencidos por los romanos, pero no destruidos. Todas las naciones subyugadas por los romanos pasaron a las leyes de los romanos: esta nación fue vencida, y permaneció en su ley, en cuanto al culto de Dios se refiere, conservó las costumbres patrias y el rito. Incluso con su templo destruido, con su sacerdocio antiguo extinguido, como fue dicho por los profetas; sin embargo, mantienen la circuncisión y cierta costumbre, por la cual se distinguen de las demás naciones. ¿Por qué, sino por el testimonio de la verdad? Los judíos están esparcidos por todas partes, llevando códices en los que se predica a Cristo, y como fue predicho, se presenta, para que ya pueda ser mostrado a los paganos. Presento el código, leo al profeta: nuestro que la profecía se ha cumplido. El pagano duda, no sea que yo lo haya inventado. Mi enemigo tiene este código, transmitido desde antiguo por sus mayores. Con esto convenzo a ambos: al judío, porque yo conocí que fue profetizado y cumplido; al pagano, porque no lo inventé yo.

3. Sacrificio debido a un solo Dios. No dejen, pues, que los demonios seduzcan a los incautos con apariencia de adivinación, y a los curiosos de las cosas temporales; ni que exijan el honor de los sacrificios con su altivez orgullosa. Verdaderamente los hombres divinos, discípulos de uno solo, predijeron cosas divinas. El verdadero sacrificio, se debe al único verdadero Dios. Las figuras de esto antes de la gracia, fueron esbozadas con víctimas. Lo que de una manera iba a suceder; de muchas maneras la providencia divina lo predijo; para mostrar cuán grande era. Él mismo es el médico, él mismo el medicamento: médico, porque es el Verbo; medicamento, porque el Verbo se hizo carne. Él mismo es el sacerdote, él mismo el

sacrificio. Él es quien cambió el camino de los Magos: él también ahora cambia la vida de los malos. Cuya manifestación en la carne, que en griego se llama Epifanía, las naciones justificadas en el espíritu celebran hoy con solemnidad: para que la solemnidad renueve la memoria, la piedad florezca con devoción, la caridad arda con congregación, la verdad brille para los envidiosos.

SERMON CCCLXXV. De la Epifanía del Señor, III.

Cristo manifestado primero a los judíos y luego a los gentiles. Infantes hechos mártires. Dos paredes convergiendo en un ángulo. Epifanía en latín es manifestación. El Señor Cristo fue manifestado a los judíos por su nacimiento hace pocos días: pero hoy fue declarado a los gentiles por la estrella. El buey conoció a su dueño, y el asno el pesebre de su señor (Isaías I, 3). El buey de los judíos, el asno de los gentiles; ambos vinieron a un mismo pesebre, y encontraron el alimento del Verbo. Los Magos que vinieron a adorar a Cristo, y significan las primicias de los gentiles, no recibieron la Ley, no escucharon a los profetas: la lengua del cielo fue la estrella. Como si se les dijera, ¿Qué ganancia busqué de ustedes? Los cielos narran la gloria de Dios (Salmo XVIII, 2). Y sin embargo, Herodes turbado, preguntó a los judíos dónde nacería Cristo. Y respondieron, En Belén de Judea: y añadieron el testimonio profético; y mientras los Magos iban a adorar, ellos permanecieron inmóviles. Son piedras en el terraplén; muestran el camino, pero no caminan. Sin embargo, los Magos fueron a Belén; pero habiendo encontrado la ciudad, ¿cómo pueden encontrar la casa? He aquí, aquella estrella que brilló desde el cielo, los guió en la tierra, se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. ¡Cuánto servicio de los elementos, y cuánta maldad de los judíos! Herodes se turbó, como si Cristo hubiera venido a buscar y encontrar un reino terrenal. Nació el león del cielo, y se turbó la pequeña zorra terrenal. El Señor dijo de Herodes: Vayan, digan a esa zorra (Lucas XIII, 32). ¿Qué hizo turbado? Mató a los infantes. ¿Qué hizo? Mató a los infantes por el Verbo infante (Mateo II). Antes de ser mártires por la sangre, fueron hechos mártires, antes de poder confesar al Señor con la boca. Y estas primicias Cristo envió al Padre. Vino el infante, y fueron los infantes; el infante a nosotros, los infantes a Dios. De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Salmo VIII, 3). Alegrémonos, el día ha brillado para nosotros. Los Magos, primicias de los gentiles, nos significaron. Los judíos reconocieron cuando nació, los gentiles lo reconocieron ayer. Diversas paredes llegaron a la piedra angular, de allí los judíos, de allí los gentiles; de diverso, pero no a diverso. Han visto y saben, porque las paredes están tan lejos entre sí, como están lejos del ángulo. Cuanto más se acercan al ángulo, más se acercan entre sí: cuando llegan al ángulo, se adhieren entre sí. Esto hizo Cristo. Lejos estaban los judíos y los gentiles, la circuncisión y el prepucio, con la Ley y sin la Ley, adoradores de un solo Dios verdadero, y de muchos falsos. ¿Cuán lejos? Pero él es nuestra paz, quien hizo de ambos uno. Pero los que vinieron de los judíos, ellos están en la buena pared numerados: pues los que vinieron, no permanecieron en la ruina. Nos hemos hecho uno con ellos: pero en uno; no en nosotros (Efesios II, 11-22). ¿De dónde nació Cristo? De los judíos. Así está escrito, La salvación viene de los judíos (Juan IV, 22): pero no solo para los judíos. No dijo, La salvación es para los judíos; sino, La salvación viene de los judíos. Ellos lo capturaron, y ellos lo perdieron; ellos lo ataron, y él huyó de ellos; ellos lo vieron, y lo mataron: nosotros ni lo capturamos, y lo tenemos; ni lo vimos, y creemos; somos posteriores, y precedemos. Aquellos que nos precedieron, perdieron el camino: pero nosotros encontramos el camino, y caminando en él llegaremos a la patria.

SERMON CCCLXXVI. Domingo en la octava de Pascua.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Gran milagro, entrar con las puertas cerradas. Escuchó vuestra Caridad, cuando se leía el santo Evangelio, que nuestro Señor y Salvador Jesucristo, después de su resurrección, entró a sus discípulos con las puertas cerradas. Gran milagro: pero dejás de maravillarte, si piensas en Dios. Pues sería asombroso, si solo un hombre hubiera hecho esto. Refiere lo a la omnipotencia, no a la fantasía. Entró con las puertas cerradas. Te respondo, para que sepas que era verdadera carne, mostró cicatrices para ser tocadas (Juan XX, 19-27). Pero así como no es de la naturaleza corporal entrar por una puerta cerrada, tampoco es de la naturaleza corporal caminar sobre las olas del mar. Entró por puertas cerradas, respóndeme, dame la solidez de la carne. Caminó sobre las aguas del mar, dame también el peso de la carne. ¿Quieres saber que esto fue de la omnipotencia? También se lo dio a Pedro (Mateo XIV, 25-29). Quien dio lo que quiso, guardó para sí lo que era propio. Pues él vivió entrando por puertas cerradas, quien al nacer no violó la integridad de su madre. Por lo tanto, hermanos, admirados creamos, creyendo obedecemos, obedeciendo esperamos las promesas, si hacemos lo que se nos manda: porque para que hagamos lo que se nos manda, él mismo ayuda, de quien esperamos las promesas.

## CAPÍTULO II.

2. Octava de los Infantes. Hombre viejo y nuevo. Hoy se dice que es la octava de los infantes, se deben revelar sus cabezas, lo cual es un indicio de libertad. Pues esta espiritual natividad tiene libertad: pero la natividad de la carne propiamente tiene servidumbre. Hay dos naticidades del hombre, nacer y renacer. Nacemos para el trabajo, renacemos para el descanso: nacemos para las miserias, renacemos para la felicidad eterna. Pues aquellos niños, infantes, pequeños, lactantes, adheridos a los pechos maternos, y sin saber cuánta gracia se les confiere, como ustedes ven, porque se les llama infantes, y ellos tienen hoy su octava: y estos ancianos, jóvenes, adolescentes, todos infantes. Una de sus infancias pertenece a la vejez, la otra a la novedad. Pues los que ven recién nacidos, nacen viejos. Nuestro hombre viejo se llama Adán, de quien nacemos: el hombre nuevo es Cristo, por quien renacemos. Por lo tanto, ellos son nuevos, y han renacido para otra vida, y hay en ellos, si se puede decir, cuando nacen, una nueva vejez.

3. Exhorta a los bautizados a no imitar a los malos cristianos. En la Iglesia, los malos están mezclados con los buenos. He aquí que hoy se mezclan con los fieles nuestros infantes, y como si volaran del nido. Es necesario, pues, que las parturientas los amonesten. Pues como recuerdan, hermanos míos, los polluelos de las golondrinas o de los gorriones domésticos, cuando comienzan a volar del nido, las madres vuelan alrededor con ruido, y con voces piadosas testifican los peligros de sus hijos.

## CAPÍTULO III.

Sabemos, pues, que muchos, que se llaman fieles, viven mal, y sus costumbres no se corresponden con la gracia que han recibido; alaban a Dios con la lengua, blasfeman con la vida. Pero sabemos que otros entre estos muchos, como entre mucha y abundante paja, gimen como granos en la trilla, pero se consuelan con la esperanza del granero. Sabemos que hay dos tipos de personas en la Iglesia. Conocemos la era del Señor como la Iglesia: esperamos la ventilación en el día del juicio, deseamos la masa de trigo en la resurrección, anhelamos el granero en la vida eterna. Allí no habrá paja, así como en el infierno no habrá grano. Ahora, pues, hermanos míos, sabiendo que hay dos tipos de personas en la Iglesia, piadosos e impíos, buenos y malos, temerosos y despreciadores, no sabemos a quiénes se unirán estos. Pero lo que queremos, ellos mismos lo saben: si se cumplirán nuestros deseos en ellos, la ignorancia humana se fatiga con preocupación, a veces también se agita con falsas sospechas.

De esto se aprende en esta tierra, donde no se vive sin tentación. Por lo tanto, les advierto, santos brotes; les advierto, nuevas plantas en el campo del Señor, que no se diga de ustedes lo que se dijo de la viña de la casa de Israel, Esperé que diera uvas, pero dio espinas (Isaías V, 2). Que encuentre en ustedes un racimo, quien fue exprimido como un racimo por nosotros. Produzcan uvas, vivan bien. Porque el fruto del espíritu es, como dice el Apóstol, caridad, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, mansedumbre, fe, continencia, castidad (Gálatas V, 22). Cuando venga a nosotros nuestro agricultor, de quien somos obreros, aquel que da el crecimiento interior: pues nosotros sabemos plantar y regar exteriormente; pero dice el Apóstol, Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Corintios III, 7); quien ahora ve cómo escuchan, quien ahora observa cómo temen, o ya comienzan a temer: cuando venga a ustedes aquel agricultor, encuentre en ustedes lo que dijo el Apóstol, Mi gozo y mi corona, todos los que están firmes en el Señor (Filipenses IV, 1).

#### CAPÍTULO IV.

4. Evitar a los que inducen al pecado. Remedios ilícitos de encantamientos. Limosna. Hermanos, hijos dulcísimos, hijos carísimos, imiten a los buenos, eviten a los malos. Sé que vendrán a ustedes hombres malos, y les persuadirán a la embriaguez, y les dirán: ¿Por qué? ¿Acaso no somos también nosotros muy fieles? Lo sé, por eso me duele, por eso temo. Ahora bien, si tú dices con firmeza: Hermano, no quisiera hacer lo que haces, pero si no puedo llevarte a mi bien, al menos no me arrastres a tu mal. A estos hombres, como suele suceder, les dolerá la cabeza. Tu vecino o vecina te dirá: Aquí hay un encantador, aquí hay un sanador, y no sé dónde hay un astrólogo. Tú dices: Soy cristiano, no me está permitido. Y si él te dice: ¿Por qué? ¿Acaso no soy yo cristiano? Tú dirás: Pero yo soy fiel. Y él te dirá: Y yo estoy bautizado. Se convierten en ángeles del diablo, miembros de Cristo. Porque el enemigo lo posee, busca arrastrar también a otro. Que los encuentre preparados, quien les ha preparado estas cosas. Por eso hablo, por eso testifico, por eso no callo, por eso sacudo mis vestiduras, por eso me tengo por excusado en el tribunal de mi Dios. Diré a mi Dios: Señor, no he callado; Señor, no escondí el talento que me diste, sino que lo distribuí. Esto podría decirme: Siervo malo, tú darías, yo exigiría (Mat. XXV, 26, 27). He aquí, Señor, he dado, tú exige. Y si acaso la vieja costumbre te ha tentado, tienes a quien interceder. Mayor es el ayudador que el adversario. Por eso gimen, por eso oran, por eso dicen: No nos dejes caer en la tentación. Observen también, hermanos míos, lo que dicen arriba: Perdona nuestras deudas; para que hagan lo que sigue, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Id. VI, 13, 12). Haces limosna, limosna recibes. Perdonas, se te perdonará. Das, se te dará. Escucha a Dios diciendo: Perdonen, y se les perdonará; den, y se les dará (Luc. VI, 37 y 38). Tengan en mente a los pobres. A todos les digo: hagan limosnas, hermanos míos; háganlas, y no perderán. Crean en Dios. No solo les digo que no pierden lo que hacen por los pobres: sino que claramente les digo, esto solo no lo pierden, lo demás lo pierden. Veamos si alegran a los pobres hoy; ustedes son sus graneros, para que Dios les dé de donde dar, y perdone lo que acaso pecan. Incluyan la limosna en el corazón de los pobres, y ella intercederá por ustedes ante el Señor (Eccli. XXIX, 15): a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO CCCLXXVII. En la Ascensión del Señor.

1.---La Palabra de Dios no puede ser dignamente alabada por nosotros. Cómo se regocijó al correr su camino. Por qué se dice dos veces en el Salmo, Levanten las puertas, etc.--- Amadísimos hermanos, ¿quién puede pronunciar dignamente una palabra temporal sobre la Palabra eterna? ¿Cómo pueden los inferiores ser suficientes para los grandes? Alaban los cielos, alaban las virtudes, alaban las potestades etéreas, alaban las luminarias del cielo,

alaban las estrellas, y como puede alabar también la tierra: no para alabar dignamente, sino para no condenarse como ingrata. ¿Quién explica, quién habla, quién siquiera comprende a aquel que alcanza de un extremo al otro con fuerza, y dispone todas las cosas con suavidad (Sap. VIII, 1), cómo se regocijó al correr su camino, para que su salida fuera desde el extremo del cielo, y su regreso hasta el extremo del cielo (Psal. XVIII, 6, 7)? Si en todas partes alcanza, ¿de dónde sale? Si en todas partes alcanza, ¿a dónde va? No se extiende en lugares, ni varía en tiempos, ni tiene accesos y retiros: permaneciendo en sí mismo, recorre todo en todas partes. ¿Cuáles son los espacios que no tienen al omnipotente, que no contienen al inmenso, que no reciben al que viene? Si piensas en la palabra, nada hemos dicho. Pero para enseñar a los humildes a decir algo de sí mismo, se humilló tomando la forma de siervo (Philipp. II, 8). En esta forma descendió, en esta forma, según el Evangelio, progresó en el estudio de la sabiduría (Luc. II, 52), en esta forma fue paciente, en esta forma luchó valientemente, en esta forma murió, en esta forma venció a la muerte y resucitó, en esta forma regresó al cielo, quien del cielo nunca se apartó. Bendito, pues, es en el firmamento del cielo, quien se hizo por nosotros, según el Apóstol, maldito, para que en los gentiles la bendición de Abraham se hiciera (Galat. III, 13, 14). Se regocijó como un gigante (Psal. XVIII, 6). ¿Qué clase de gigante? Venció a la muerte muriendo. ¿Qué clase de gigante? Rompió las puertas del infierno: salió y ascendió. ¿Quién es este rey de gloria, por quien se dijo a ciertos príncipes, Levanten las puertas, príncipes, sus puertas; y elévense, puertas eternas? Elévense, es grande: son estrechas, no lo contienen, elévense. ¿Para qué esto? Para que entre el rey de gloria. Se asustan: ¿Quién es este rey de gloria? No se le reconoce. No solo es Dios, sino también hombre: no solo es hombre, sino también Dios. ¿Sufre, ciertamente es Dios? ¿Resucita, ciertamente es hombre? ¿O es tanto Dios como hombre? Pues verdaderamente sufre, y verdaderamente resucita. Pero esto en un mismo salmo se dice dos veces, Levanten las puertas, príncipes, sus puertas; y elévense, puertas eternas, y entrará el rey de gloria. Y se repite lo mismo después de las mismas palabras, como si se pensara que es superfluo y no necesario. Pero en la repetición de las mismas palabras, presten atención a los fines, y adviertan por qué se dijo dos veces. Pues como si resucitara una vez, y ascendiera una vez, dos veces se abren las puertas del infierno y del cielo. Cosa nueva, Dios presente en los infiernos: cosa nueva, el hombre asumido en los cielos. En ambos tiempos, en ambos lugares, se asustan los príncipes. ¿Quién es este rey de gloria? ¿De dónde discernimos esto? Escucha lo que se responde a ambos. A los que preguntan se les dice, El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. ¿Qué batalla? Sufrir la muerte por los mortales, sufrir solo por todos, no resistir al omnipotente, y sin embargo vencer muriendo. Grande, pues, es este rey de gloria, incluso en los infiernos. Se repite también esto a las potestades celestiales: Levanten las puertas, príncipes, sus puertas; y elévense, puertas eternas. ¿No son puertas eternas, cuyas llaves recibió Pedro? Pero porque lleva consigo al hombre, allí como no reconocido se dice: ¿Quién es este rey de gloria? Pero allí porque ya no es combatiente, sino vencedor, porque no lucha, sino que triunfa; no se responde allí, El Señor poderoso en la batalla; sino, El Señor de los ejércitos, él es el rey de gloria (Psal. XXIII, 7-10).

SERMO CCCLXXVIII. En el día de Pentecostés.

La caridad es el efecto de la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es la prenda de la vida eterna. Diferencia entre prenda y arras. Se da la arras de la vida eterna, para que la deseemos. Es grata a Dios la solemnidad, donde prevalece la piedad, y arde la caridad. Pues él es el efecto de la presencia del Espíritu Santo: lo enseña el Apóstol diciendo, La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). La venida del Espíritu Santo llenó a ciento veinte hombres reunidos en un solo lugar. Cuando se leían los Hechos de los Apóstoles, escuchamos, Estaban reunidos en uno

ciento veinte, manteniendo la promesa de Cristo (Act. I y II). Pues habían dicho que estuvieran en la ciudad, hasta que fueran revestidos de poder desde lo alto. Porque yo, dice, enviaré mi promesa sobre ustedes (Luc. XXIV, 49). Fiel prometedor, benigno dador. Lo que prometió cuando estaba en la tierra, ascendió al cielo y lo envió. Tenemos la prenda de la futura vida eterna y del reino de los cielos. ¿No nos ha engañado con una reciente promesa, y nos engañará con la futura expectativa? Todos los hombres cuando contraen algún negocio entre sí, y se relajan con la promesa de un negocio monetario, a menudo reciben o dan arras: y las arras dadas aseguran que también seguirá esa cosa, de la cual las arras han precedido. Cristo nos dio las arras del Espíritu Santo: y quien no puede engañarnos, nos hizo seguros, cuando dio las arras, que aunque no las diera, sin duda cumpliría lo que prometió. ¿Qué prometió? La vida eterna, de la cual dio las arras del Espíritu Santo. La vida eterna es la posesión de los habitantes: las arras son el consuelo de los peregrinos. Pues mejor se dice arras que prenda. Estas dos cosas parecen similares entre sí; pero sin embargo tienen alguna diferencia que no debe ser descuidada. Y cuando se da una prenda, y cuando se dan arras, se hace para que se cumpla lo prometido: pero cuando se da una prenda, el hombre devuelve lo que recibió, una vez completada la cosa por la cual recibió la prenda; pero cuando se dan arras, no se devuelven, sino que se añaden para que se cumpla. Por tanto, tenemos las arras: anhelemos la misma fuente de donde son las arras. Tenemos las arras, una cierta aspersion en nuestros corazones del Espíritu Santo: si alguien siente este rocío, desee la fuente. ¿Para qué tenemos las arras, sino para que no desfallezcamos de hambre y sed en esta peregrinación? Pues tenemos hambre y sed, si reconocemos que somos peregrinos. Quien peregrina, y sabe que peregrina, desea la patria; mientras la desea, la peregrinación es molesta. Si ama la peregrinación, olvida la patria, y no quiere regresar. No es tal nuestra patria, a la que prefiramos algo. Pues a veces los hombres mientras peregrinan, se hacen ricos. Quienes carecían en su patria, se enriquecen en la peregrinación, y no quieren regresar. Nosotros, desde nuestro Señor, desde que inspiró al primer hombre el aliento de vida, todos nacimos peregrinando. Nuestra patria está en los cielos, los ángeles son ciudadanos. De nuestra patria, para exhortarnos al regreso, nos han sido enviadas cartas, que se recitan diariamente en los pueblos. Que el mundo sea vil, sea amado por quien fue hecho el mundo.

SERMO CCCLXXIX. En el Nacimiento de Juan Bautista, I.

Juan, un hombre tan grande, que predicó a Cristo Dios. Por qué tantos profetas fueron enviados antes por Cristo. El bienaventurado Juan, hermanos carísimos, cuya natividad celebramos hoy, fue tan grande entre los hombres, que nuestro Señor Jesucristo le dio tal testimonio, diciendo: Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista (Matth. XI, 11). Escuchamos, cuando se leía el Evangelio, cuán maravillosamente fue concebido de la desesperación, y con cuán gran testimonio del Espíritu Santo fue procreado. Su padre, por no haber creído, quedó mudo. Anunciado, pues, por el ángel, y no creído, quitó la voz del padre, nacido soltó la lengua (Luc. I). Reciban, pues, en el misterio de este hecho un gran sacramento. Antes del Señor Jesucristo fue enviado Juan, fueron enviados los profetas a lo largo de los siglos pasados, y no faltaron quienes predicaran a Cristo. Pues tan gran juez iba a venir, que muchos debían preceder como pregoneros. Desde el mismo principio del género humano, Cristo no cesó de profetizarse a sí mismo, y de anunciar su venida. Finalmente fue enviado Juan, hombre, pero ningún hombre fue mayor que él. Iba a venir el Señor Jesús, no solo hombre, sino también Dios: ciertamente tanto Dios como hombre; Dios siempre, hombre por un tiempo; Dios antes de los tiempos, hombre al final de los tiempos; Dios antes de los siglos, hombre al final del siglo. Dios que hizo al hombre, por el hombre se dignó hacerse hombre, a quien hizo. Al venir, pues, el Señor Jesucristo, que es más que hombre, para que no se pensara que solo era hombre, debía dar testimonio de él un

gran hombre. Cristo, digo, el Señor, no solo Dios, sino también Dios y hombre: Dios que nos hizo, hombre que nos rehizo. Juan, sin embargo, solo hombre, pero ¿qué hombre? Escucha de él a Dios y hombre diciendo. Oh Señor Jesucristo, ¿quién es Juan? Y dice Dios, Entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor que Juan el Bautista. Oh Juan, gran hombre, que entre los nacidos de mujer no ha surgido mayor, y tú dime, oh gran hombre, ¿quién es este que se piensa que es solo hombre? ¿Quién es, escucha: De quien no soy digno, dice, de llevar las sandalias. Hemos aprendido, pues, por Juan, y por el hombre debemos creer en Cristo, y no poner nuestra esperanza en el hombre, sino en Cristo. He aquí tienes un gran hombre, que nadie mayor ha surgido, y él es Juan. Pero ve que este Juan es amigo del esposo; celoso por el esposo, no por sí mismo. Pues dice a los que vienen a él: Yo los bautizo con agua; pero el que viene después de mí, es mayor que yo, de quien no soy digno de desatar las sandalias; él los bautizará con el Espíritu Santo (Matth. III, 11). Vengan después de mí, pero no permanezcan en mí: pasen a aquel que los creó a ustedes y a mí, porque él vivificará a ustedes y a mí.

SERMO CCCLXXX. En el Nacimiento de Juan Bautista, II.

1. Juan precedió a Cristo nacido temporalmente. Dos nacimientos de Cristo. Soberbia, hinchazón. Causa de la encarnación, para que Dios diera ejemplo al hombre. En la quietud, una pequeña voz es suficiente. Pero si quieren, hermanos, escuchar en quietud, no tengan el corazón en los oídos, sino los oídos en el corazón. La Iglesia enseña y cree que el día de hoy ha amanecido para la solemnidad de San Juan Bautista. Pero es necesario creer esto sobre el mismo día, que sin variación todo el orbe reconoce: pero porque nadie duda que es el día de Juan, no de Juan que escribió el Evangelio, sino de Juan Bautista, precursor del Señor, que apareció tan grande cuanto se mostró humilde, diciendo, cuando él mismo era considerado Cristo, que no era digno de desatar la correa del calzado de aquel a quien reconocía como Señor (Matth. III, 11), para merecer ser amigo. Sin embargo, algunos piensan que hoy se celebra el día de su pasión. Sepa primero vuestra Santidad, que es el día de su nacimiento, no de su pasión. Pues en la lectura evangélica se encuentra que su nacimiento precede en seis meses al nacimiento del Señor. Y dado que el día del nacimiento del Señor es el octavo día de las calendas de enero, según el consenso de la Iglesia; queda que el día de hoy se entienda como el día del nacimiento de Juan.

2. Se trata el mismo argumento. Juan precedió al Señor, no como maestro al discípulo, sino como precursor al juez; no para imponer autoridad, sino para ofrecer servicio. El mismo testimonio de Juan sobre este asunto es así: El que viene después de mí, ha sido hecho antes que yo, porque era antes que yo. Después de Juan vino el Señor naciendo de la virgen María, no de la sustancia del Padre. Pues hemos recibido dos nacimientos del Señor, uno divino, otro humano; sin embargo, ambos maravillosos: aquel sin madre, este sin Padre: aquel eterno, para crear el temporal; este temporal, para otorgar el eterno. Pues aquel de quien dice Juan, no el Bautista, sino el Evangelista, que En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, y que todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho (Joan. I, 15, 1, 3): aquel tan grande en la forma de Dios igual al Padre, aquel sin tiempo fabricando los tiempos, aquel desde ningún siglo antes de todos los siglos juez del siglo, se hizo tan pequeño, que nació de una mujer; pero permaneció tan grande, que no se separó del Padre. A él prestando servicio y testimonio, como lámpara al día venidero, todos los profetas anunciándolo antes de él naciendo vinieron, después de él creyendo se adhirieron. Pues era necesario que se anunciara su venida, haciendo milagros: con los cuales milagros, a los bien entendidos se indicara Dios; pero al aspecto humano apareciera hombre, pequeño para los pequeños, pero humilde para los soberbios: con su pequeñez enseñando al hombre, para que se reconociera pequeño; no, no engrandeciéndose, sino hinchándose, se creyera grande. Pues la soberbia no es grandeza, sino hinchazón. Para sanar, pues, este tumor del género humano,

el mismo médico, la misma medicina, no solo aplicando el medicamento, sino haciéndose él mismo medicamento, apareció entre los hombres como hombre, ofreciendo al hombre a los que lo veían, guardando a Dios para los que creían. Pues el aspecto de su humanidad sanó a los enfermos; la contemplación de su divinidad busca a los firmes. Y aún no había hombres que vieran a Dios en el hombre, ni podían ver sino al hombre; sin embargo, no debían poner su esperanza en el hombre. ¿Qué, pues, se haría? El hombre puede ver al hombre, el hombre no debe seguir al hombre. Dios debía ser seguido, quien no podía ser visto: el hombre no debía ser seguido, quien podía ser visto. Para que, pues, se exhibiera al hombre, y quien fuera visto por el hombre, y a quien el hombre siguiera, Dios se hizo hombre. Oh hombre, por quien Dios se hizo hombre, debes creer algo grande de ti: pero desciende, para que asciendas; porque también Dios descendiendo se hizo hombre. Adhiérete a tu medicamento, imita a tu maestro, reconoce a tu Señor, abraza a tu hermano, comprende a tu Dios. Esto aquel tan grande y tan pequeño, gusano, no hombre; sino por quien fue hecho el hombre. Esto, pues, aquel: ¿qué Juan, sino lo que de él dice el Señor, sino lo que de él dice el veraz, sino lo que de él dice la verdad? Pues si debemos creerle a Juan sobre la verdad, ¿no le creemos a la verdad sobre Juan?

3. De las palabras de Juan y las calumnias de los arrianos. En verdad, el Verbo estaba en el principio, no fue hecho. Que primero dé testimonio de la verdad quien es partícipe de la verdad; y que dé testimonio al hombre el Creador del hombre. Primero escuchemos lo que Juan dice de Cristo, y luego lo que Cristo dice de Juan; escuchemos al primero, pero entendamos al segundo: que hable primero quien nació primero, pero que sea confirmado por aquel por quien fue hecho. "Después de mí," dice, "viene, y antes de mí fue hecho." Aquí ya, quienes creen que fue hecho antes que todas las cosas por quien todas las cosas fueron hechas, nos calumnian con estas palabras o a través de estas palabras, y dicen: "He aquí que fue hecho: Juan dice, 'Después de mí viene, y antes de mí fue hecho.'" Explícame qué significa "antes de mí fue hecho." Digo sus palabras y las propongo para ser discutidas. Suelen, dicen, afirmar, cuando algo así se dice de Cristo, que muestra que es menor que el Padre, que la sentencia debe referirse al hombre; de modo que lo que está en la forma de Dios es igual al Padre, pero lo que se vació a sí mismo tomando la forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre, el Padre es mayor. ¿Qué dirán entonces a esto que Juan dice, "antes de mí fue hecho"? Escucha lo que decimos: pero primero observa que el Apóstol, distinguiendo ambos y sin embargo recomendando al mismo en ambos, no dijo "Tomando la forma de Dios." ¿Qué dijo de la forma de Dios? "Siendo en la forma de Dios": refiriéndose a aquel que fue llamado antes que él, en cuyo Evangelio está, "En el principio era el Verbo"; más bien refiriéndose a esa luz, de donde también él dijo esto. Pues Juan no dijo, "En el principio Dios hizo el Verbo": quien podría haber dicho así, como dijo Moisés, porque hablaba de la criatura hecha por el Señor Dios, "En el principio Dios hizo el cielo y la tierra." Por lo tanto, si él sintiera lo que los arrianos sienten, podría haber dicho, "En el principio Dios hizo el Verbo"; no dijo esto: sino que dijo, "En el principio era el Verbo." Lo que era en el principio, no fue hecho. Pues nada precedió al Verbo hecho. Porque todas las cosas que Dios hizo, las hizo por el Verbo: "Dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas" (Salmo 148, 5). Entre el que dice que se haga, y lo que fue hecho por el que dice, hay una gran diferencia: pero si es el que dice, tiene el Verbo; si tiene el Verbo, por el Verbo hizo; si por el Verbo hizo, el Verbo no fue hecho.

4. La burla de los arrianos: se dice de manera similar en Génesis, "La tierra era." ¿Por qué, dicen? ¿No has oído también de la tierra, "La tierra era invisible y desordenada" (Gén. 1, 1-2)? Si por eso, dicen, dices que el Verbo no fue hecho, porque se dijo, "El Verbo era"; tampoco la tierra fue hecha, porque se dijo, "La tierra era." ¡Oh ciega y herética locura! Presta

atención, si hay de dónde prestar atención; escucha, si hay de dónde escuchar: no sea que el sonido golpee en vano el oído, cuya verdad no ilumina el corazón. Diré las palabras de la misma Escritura, que encontraste allí cuando leías, y omitiste cuando discutías. Seguramente piensas que algo así se dijo del Verbo de Dios, cuando se dijo, "En el principio era el Verbo"; como se dijo de la tierra, porque se dijo, "La tierra era invisible y desordenada." Te recitaré en este libro del Génesis las palabras anteriores, que antes de que el escritor siervo de Dios dijera, "La tierra era"; para que apareciera que había sido hecha, primero dijo, "En el principio Dios hizo el cielo y la tierra." He aquí que primero te he mostrado la tierra hecha; y ciertamente hecha por Dios, sonando la Escritura e irrumpiendo en los oídos del que rehúsa, "En el principio Dios hizo el cielo y la tierra." Estas cosas fueron hechas; pero aún no adornadas, aún no declaradas: la tierra aún no distinguida, pero ya hecha. Para que no pensaras que la tierra fue hecha de inmediato así, que no había en ella lo que debía ser adornado, añadió: "Fue hecha, porque en el principio Dios hizo el cielo y la tierra; pero la tierra, que Dios hizo, aún era invisible y desordenada." Te mostró cómo era lo que había sido hecho; no porque era lo que no había sido hecho. Por lo tanto, Juan podría haber dicho, "En el principio Dios hizo el Verbo, pero el Verbo era"; como, "En el principio Dios hizo el cielo y la tierra; pero la tierra era": para que este fuera el orden de las palabras, "En el principio Dios hizo el Verbo, y el Verbo era con Dios"; para que entendiéramos que este Verbo era con Dios, que Dios había hecho el Verbo. Ahora bien, escuchas, "En el principio era el Verbo." ¿Qué buscas anterior hecho posterior? Pues en tu error te has hecho posterior: hablas desde lo bajo, y miras hacia lo bajo. Desearía que, si hablas desde lo bajo, elevaras tu corazón hacia arriba, y clamaras desde lo profundo al Señor: rompería las nubes de la oscuridad de tu carne, abriría los ojos a la humildad la luz que viene en humildad; verías, "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios; esto era en el principio con Dios." Que también diga Pablo, "Quien siendo en forma de Dios." ¿Qué dice Juan de la natividad humana? "Y el Verbo se hizo carne" (Juan 1, 1-3, 14). Que también diga Pablo, "Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo" (Filip. 2, 6-7). ¿Qué decías entonces de las palabras de Juan el Bautista? Repítemelas ahora, háblalas ahora. ¿Qué dice Juan el Bautista? "Después de mí viene." Reconozco la natividad. Aquel de una estéril, aquel de una virgen. La esterilidad se convirtió en fecundidad: la virginidad permaneció después de la fecundidad.

5. Objeción: se dice que Cristo fue hecho, en cuanto es el Verbo. Cristo hecho antes de Juan, es decir, puesto antes que él y preferido. Pero Juan, dicen, si hubiera dicho esto según lo que nació de una virgen, no diría, "antes de mí fue hecho"; porque de una virgen fue hecho después de él. Entonces, "antes de mí fue hecho," ¿qué es, sino que en el principio el Verbo fue hecho? Pues así era antes de Juan; ya que de una virgen era después de Juan. Recibe, y si no discutes, advierte. Pues tal vez es algo oscuro lo que deseas entender, para que discutiendo aumentes el humo que te impide el entendimiento. Mira primero esa Escritura, que te enseña a ser dócil. Sé dócil para escuchar la palabra, para que entiendas (Ecli. 5, 13). Permite entonces un poco: tal vez encontremos cómo se dijo, "antes de mí fue hecho"; sin embargo, no entendamos que el Verbo por el cual todas las cosas fueron hechas fue hecho. ¿Cómo, dices? Si puedo, lo diré: si no puedo decirlo, sin embargo, no es que no haya quien pueda decirlo. Pero creo y espero que la majestad de aquel Unigénito, que siendo Verbo, se hizo infante, abrirá la infancia de mi lengua, y hará en mi boca el parto, quien hizo en el corazón la concepción. He aquí que diré como pueda: entiende como puedas; y lo que no puedas entender, no lo reprendas, como si ya fueras grande; sino difiere, para que merezcas crecer. Ciertamente esto te mueve, cómo se dijo, "Quien después de mí viene, antes de mí fue hecho." Que te mueva claramente como buscador, no como discutidor. Ciertamente yo también busco contigo: juntos encontraremos, si juntos buscamos; ambos recibiremos, si ambos pedimos; se nos abrirá a ambos, si ambos llamamos. "Después de mí viene," dice:

reconoce la natividad de la virgen María. "Antes de mí fue hecho": ¿qué es, "antes de mí fue hecho"? Entiende, fue puesto antes que yo. Aquel que después de mí viene, fue hecho antes que yo. Como si dos caminaran en el camino, y uno fuera más lento, otro más rápido, y el más lento precediera un poco, pero después el más rápido lo siguiera; el más lento que precede mira al más rápido que sigue, y dice, "Después de mí viene." Y he aquí que al acelerar aquel, y acercarse, y adherirse, y pasar, ve aquel anterior, a quien miraba como posterior: ciertamente si teme de alguna manera y admira su rapidez, ¿no podrían ser estas sus palabras: "He aquí el hombre que estaba después de mí, y antes de mí fue hecho"? ¿Qué es esto, quien estaba después de mí, antes de mí fue hecho? Quien caminaba después de mí, por su rapidez fue hecho para estar antes de mí. Pues si dondequiera que leas, "fue hecho," no entiendes sino que fue formado quien no era; y dirás que el Señor Dios fue hecho, de quien se dijo, "El Señor se hizo mi refugio" (Salmo 93, 22). "El Señor se hizo mi ayudador" (Salmo 29, 11); y, "Se hizo mi salvación" (Salmo 117, 14). ¿Cuántas veces fue hecho? Y él mismo hizo todas las cosas. Por lo tanto, entiende conmigo las palabras. Pues tampoco calló el mismo Juan aquello que el Verbo era; para que no pensaras que significaba el Verbo, cuando dijo, "antes de mí fue hecho": para que sepas que esto pertenece a "antes de mí fue hecho," porque me precedió, porque fue glorificado más que yo, porque cuando los hombres me consideraban precursor, reconocieron al Señor, a quien había precedido al nacer, a quien había anunciado sirviendo; y su esperanza, su concurrencia fue hecha en el Señor; fue glorificado como Hijo de Dios, hecho antes que yo, según lo que el Apóstol dice, "Por eso Dios lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra" (Filip. 2, 9-10). Por lo tanto, su gloria no comenzó a ser, sino que se dio a conocer. Fue hecho antes que Juan, porque precedió en honor a Juan.

6. Las palabras subsiguientes de Juan concuerdan con la interpretación dada. Pero ve si con razón. Pregunta al mismo Juan: Aquel que vino después de ti, ¿por qué fue hecho antes que tú? ¿Aquel que te seguía, por qué fue preferido a ti? Sigue, "Porque era antes que yo." Esto es, "En el principio era el Verbo." Por lo tanto, con razón "fue hecho antes que yo," porque era antes que yo. Antes que Juan, antes que Abraham, antes que Adán, antes que el cielo y la tierra, antes que los ángeles, tronos, dominaciones, principados y potestades. ¿Por qué antes? Porque "todas las cosas por él fueron hechas." Reconozca el siervo su humildad: muestre el Señor su majestad. Diga el mismo Juan, "No soy digno de desatar la correa de su sandalia." Se humillaría mucho si dijera, "Soy digno." Pues si dijera digno, ¿acaso para sentarse en el juicio a la derecha del Padre? ¿Acaso para venir a juzgar a vivos y muertos? ¿Qué si dijera digno de desatar la correa de la sandalia? Gran humildad, si esto es digno el amigo del esposo. Pues iba a decir que era amigo del esposo: y para que en esa amistad no se entendiera tal vez igualdad por algún imprudente; dice que es amigo por amor, se deprime a los pies por temor. Y es poco que se deposite a los pies; ni se dice digno de desatar la correa de la sandalia. Humilde ciertamente, si digno de desatar; pero porque ni se dice digno de desatar, digno de ser exaltado desde la humildad. Diga también más claramente, diga más distintamente, qué es, "Después de mí viene, antes de mí fue hecho." Pues también dijo la causa, "porque era antes que yo." Porque, "En el principio era el Verbo"; y, "Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. A él le conviene crecer, pero a mí disminuir" (Juan 3, 30). Convenía que creciera quien vino después, y que disminuyera quien vino antes. Si creció quien vino después, fue hecho antes que él creciendo. "A él," dice, "le conviene crecer, pero a mí disminuir." Esto es, "antes de mí fue hecho." ¿Y cómo creció Cristo, disminuyó Juan? Juan precedió en edad al Señor en la natividad humana; ambos crecieron con los años que se añadían, en estatura de carne, y llegaron a cierta medida como hombres. Pero Juan hombre, Cristo Dios y hombre. En la divinidad si entendemos que

Cristo creció, somos absurdos, y erramos mucho. Pues algo crece, para que progrese. Dios no tiene hacia dónde crecer: pues si tiene hacia dónde crecer, era menor antes de crecer. Volvamos a la forma de la carne. Esta creció con Juan, no creció disminuyendo él. Refirámonos entonces tal vez a la gloria; y entendamos, "A él le conviene crecer, pero a mí disminuir," según esto dicho, que "después de mí viene, y antes de mí fue hecho." Pues Juan sostenía la persona del hombre, y hablaba desde el tipo del género humano, al cual Cristo vino a salvar. Pero habíamos dicho, hermanos, que Dios humilde vino al hombre soberbio. Reconozca el hombre que es hombre, aparezca Dios al hombre. Pues si Cristo vino para que el hombre se humillara, y desde la humildad creciera el hombre; convenía que ya cesara la gloria del hombre, y se recomendara la gloria de Dios: para que la esperanza del hombre estuviera en la gloria de Dios, no en su propia gloria, diciendo el Apóstol, "El que se gloria, glorié en el Señor" (1 Cor. 1, 31). Por lo tanto, se dice correctamente al hombre, "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor. 4, 7). Este tipo de humildad humana mostrando Juan, porque cuanto más progresaba la opinión y fama de Cristo, no la estatura de Cristo, no la majestad de Cristo, no la sabiduría, no el Verbo de Dios; sino esa fama, que comenzó desde lo más pequeño, y ya abarca el mundo entero: la gloria de Cristo, no la gloria del hombre, para que el hombre reconozca su humildad, Dios imparta su divinidad. Pues la gloria de Dios, hermanos, es nuestra gloria. Cuanto más dulcemente se glorifica a Dios, tanto más nos beneficia. Pues Dios no será más alto porque lo honremos: humillémonos, y lo exaltamos. Pues está escrito, "Te exaltaré, Señor" (Salmo 29, 2). ¿Qué es, "Te exaltaré"? ¿Estaba en la tierra, y lo pusiste en el cielo? ¿Y el hombre exalta a Dios? ¿Qué es, "Te exaltaré"? Te confesaré alto. Por lo tanto, que el hombre se confiese hombre; disminuya primero, para que crezca. Diga Juan disminuyendo hacia la humildad, que no es digno de desatar la correa de la sandalia, y entienda que se hace iluminado participando.

7. Juan Bautista no era la luz, en comparación con Cristo, la verdadera luz. Sin embargo, Juan era luz por participación de la sabiduría. Pues el evangelista Juan dijo de él: No era él la luz. ¿Acaso hizo una injuria a Juan al decir que no era la luz, cuando el Señor dijo a los Apóstoles: Vosotros sois la luz del mundo? ¿Se prefirieron los Apóstoles a Juan? No lo hacen, para no juzgar mentiroso al mismo Señor, quien dijo: Entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que Juan el Bautista (Mateo XI, 11). No mayor en estatura corporal, sino en la gracia de la sabiduría participada, en la gracia de la salvación participada. ¿Qué significa entonces, No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz? ¿Por qué dijo esto? Sé, dice, lo que digo, dar testimonio de la luz. Pues era la luz verdadera distinta de Juan, no que Juan no fuera luz en absoluto, sino que se entienda que se dijo en comparación con esta luz, No era él la luz; según lo que dijo, porque Era la luz verdadera. ¿Cómo distingues esta verdad? La que ilumina, dice, a todo hombre que viene a este mundo. Si a todo hombre, entonces también a Juan. Pero para que no parezca que recogemos de las palabras lo que no se ha dicho, aunque se deba entender consecuentemente, el mismo Juan dice: Todos hemos recibido de su plenitud (Juan I, 8, 9, 16). Era, por tanto, la luz verdadera. Juan era una luz iluminada, Cristo una luz iluminadora. Pues para que sepas que Juan era luz, el mismo Señor da testimonio de él. Él mismo dio testimonio de su Señor, testimonio de la verdad sobre su Señor, lo que tenía de su Señor. Pues había recibido de su Señor para hablar de su Señor: pero para que él hablara de su siervo, no había recibido de su siervo: y en sí mismo Cristo de Juan, y en Juan Cristo de sí mismo. Por tanto, que la misma verdad dé testimonio, escuchemos que Juan es luz. A los judíos se les dice de Juan, Él era una lámpara ardiente y brillante (Juan V, 35). Y ciertamente la lámpara es luz, no como el día, pero sin embargo es luz. Por tanto, la lámpara se enciende para que brille, y Juan fue iluminado para que hablara. Si, por tanto,

Juan fue iluminado para que hablara, reconozca que es una lámpara, para que no se apague por el viento de la soberbia. Pero, ¿acaso la luz de los discípulos y la lámpara Juan? Pues el Señor dijo de Juan, Él era una lámpara ardiente y brillante: pero de los discípulos, Vosotros sois la luz del mundo. ¿Prefirió a sus discípulos sobre Juan? ¿Acaso también los fieles a quienes Pablo se dirige deben ser preferidos a Juan, a quienes dice, Porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor (Efesios V, 8)? Luz, por tanto, los Apóstoles, y luz los fieles justificados de pecadores, hechos fieles de infieles: sin embargo, los discípulos no son llamados lámparas. Presta atención, tal vez llamados, y no en otro lugar, sino allí: para mostrar cómo los llamó luz; porque no la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; sigue las palabras del Evangelio: Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte. Pero, ¿dijo de la ciudad, no de la luz? Sigue aún: Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un celemín. Sois una luz tal como Juan: una lámpara iluminada. Como cuya voz, o cuya voz precedió, Tú iluminarás mi lámpara, Señor; Dios mío, ilumina mis tinieblas (Salmo XVII, 29). ¿Qué tinieblas en los Apóstoles? Fuimos también nosotros en otro tiempo, etc., como aquel réprobo y blasfemo, Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso. He aquí las tinieblas, enciéndase la lámpara: Pero alcancé misericordia (I Timoteo I, 13). Y para que sepas que se dijo de ellos, Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en casa; inmediatamente sigue, Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras: pero en humildad, porque el hombre debe disminuir. ¿Y cómo crecer Dios? Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 14-16). Se glorifica al Padre, se glorifica al Hijo: porque el Padre glorifica al Hijo, y el Hijo glorifica al Padre. Reconozca, por tanto, el hombre humilde, reconozca al Dios excelso por él humillado, para que el hombre, que estaba humillado en la confesión del pecado, sea exaltado en la obtención de la justicia. Estas dos cosas; el Señor y Juan, humildad y claridad: Dios humilde en claridad, hombre humilde en debilidad; Dios humilde por el hombre, hombre humilde por el hombre. Pues Dios humilde para beneficiar al hombre, hombre humilde para no perjudicarse a sí mismo.

8. Diferencia de la pasión y el nacimiento. Cristo crece, Juan disminuye. Reconozcamos, por tanto, estas dos cosas y en la misma diferencia de las pasiones. Leemos que Juan sufrió el martirio por la verdad: ¿acaso por Cristo? No por Cristo, si no es Cristo la verdad. No del todo por su nombre, pero sí por la misma verdad. Pues Juan no fue decapitado porque confesó a Cristo. Sino que advertía sobre la templanza, advertía sobre la justicia: decía, No te es lícito tener la esposa de tu hermano (Marcos VI, 18). Pues la ley que ordenaba esto, lo ordenaba para aquellos que morían sin hijos, para que los hermanos tomaran las esposas de sus hermanos y levantaran descendencia a sus hermanos. Donde no existía esta causa, no había más que lujuria. Juan reprendía esta lujuria, casto al incesto: porque también lo que figuraba era así, Es necesario que él crezca, y yo disminuya (Juan III, 30). Ya se había ordenado que si alguien moría sin descendencia, el más cercano tomara a su esposa y levantara descendencia a su hermano. ¿Por qué ordenó esto Dios, sino para que de ese modo se significara la descendencia que debía levantarse al nombre del hermano? Pues este era el precepto, que el que naciera de allí llevara el nombre del difunto. Cristo murió, los Apóstoles tomaron a su esposa, la Iglesia. A los que de ella engendraron, no los llamaron Paulianos, ni Petrianos, sino Cristianos. Hablen, por tanto, estas dos pasiones: Es necesario que él crezca, y yo disminuya. Él creció en el madero, este disminuyó en el hierro. Hablaron también las pasiones este misterio, hablen también los días. Nace Cristo, y aumentan; nace Juan, y disminuyen. Disminuya, por tanto, el honor del hombre, aumente el honor de Dios; para que el honor del hombre se encuentre en el honor de Dios.

SERMO CCCLXXXI. De la Natividad de los apóstoles Pedro y Pablo.

El día de los apóstoles Pedro y Pablo, en el cual merecieron la corona triunfal, habiendo vencido al diablo, es hoy, según lo atestigua la fe romana. A quienes se les ofrece una festividad solemne, también se les debe rendir un sermón solemne. Escuchen nuestras alabanzas, derramen oraciones por nosotros. Según se conoce por la tradición de los padres, se recuerda que no sufrieron en un solo día a lo largo del curso del cielo. En el natalicio de Pedro sufrió Pablo, no en el que fue arrojado al número de los hombres desde el vientre de su madre, sino en el que nació a la luz de los ángeles desde el vínculo de la carne; y por tanto, así se dieron días individuales a ambos, para que ahora uno se celebre para ambos. Esto me parece un gran signo de concordia: su coapóstol, el último, llegó al mismo día al que fue llamado, y al mismo día coronado se encontró. Fue elegido antes de la pasión del Señor, este después de la ascensión. Desiguales en el orden del tiempo, iguales en la eternidad de la felicidad: aquel de pescador, este de perseguidor. En aquel se eligieron las cosas débiles del mundo, para confundir a las fuertes (I Cor. I, 27): en este abundó el pecado, para que sobreabundara la gracia (Rom. V, 20). En ambos resplandeció la gran gracia de Dios y su gloria, quien hizo sus méritos, no los encontró. Pues, ¿qué otra cosa quiso demostrar, quien primero quiso llamar al reino a pescadores, después llamaría a emperadores, sino que el que se gloria, gloríese en el Señor (I Cor. I, 31)? Pues ciertamente no despreció la salvación de los nobles, doctos, poderosos, a quienes prefirió a los ignobles, inexpertos y débiles. Pero si primero se eligiera la vileza de los débiles, no se sanaría la hinchazón de los soberbios. Si primero se llamaran a los ricos por Cristo, pensarían y dirían que no se eligió en ellos sino la opulencia, la elocuencia, la doctrina de la elocuencia, el esplendor del conocimiento, la nobleza, la generosidad, la tranquilidad, el poder real; y así, hinchados por las felicidades temporales y seculares, como si ellos primero ofrecieran a Cristo lo que eran, para que él les pareciera devolver, no dar, lo que serían por la gracia de Dios, ni lo entenderían, ni lo retendrían. Cuánto mejor, por tanto, ahora, cuánto más ordenadamente, primero levantó de la tierra al pobre, y del estiercol exaltó al necesitado, para colocarlo con los poderosos de su pueblo (Salmo CXII, 7, 8); para que el don de la inteligencia y la doctrina no solo fuera de Dios, sino también para que apareciera que era de Dios. Con cuánta alegría y cuánta gloria de Dios contemplamos desde el alma del pescador despreciar las riquezas del emperador; derramar las oraciones del emperador en la Memoria del pescador; para que ni aquel, por lo que no tenía, cayera; ni este, por lo que tenía, se enorgulleciera. Ahora bien, lo que Cristo obró en Pablo, de perseguidor suyo a su predicador, ¿qué vale para la salvación de los hombres, para que nadie consciente de grandes iniquidades deba desesperar de la misericordia de Dios, el mismo apóstol lo declare? Humano, dice, es el discurso y digno de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero por eso alcancé misericordia, para que en mí primero mostrara Cristo Jesús toda su longanimidad, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna (I Tim. I, 15, 16). Pues, ¿quién bajo la mano del médico omnipotente desesperará de la salvación, instruido por tan gran ejemplo, considerando que el que evangeliza la fe que alguna vez devastó, no solo escapó del castigo del perseguidor, sino que también mereció la corona de doctor, y cuya sangre deseaba derramar en sus miembros con furia, por su nombre derramó su propia sangre creyendo? Roma, por tanto, tiene la cabeza de las naciones, dos luces de las naciones encendidas por aquel que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: una, en la que Dios exaltó la humildad despreciada; otra, en la que sanó la iniquidad condenada. En aquel aprendamos a no enorgullecernos; en este, a no desesperar. Qué brevemente se nos han presentado grandes ejemplos, qué saludables; que siempre recordemos, y en su alabanza magnificamos la verdadera luz. Nadie, por tanto, se exalte por la altura de este siglo: Pedro fue pescador. Nadie, pensando en su propia iniquidad, huya de la

misericordia de Dios: Pablo fue perseguidor. Aquel dice, El Señor se ha hecho refugio de los pobres (Salmo IX, 10): este dice, Enseñaré a los inicuos tus caminos, y los impíos se convertirán a ti (Salmo L, 15).

SERMO CCCLXXXII. De san Esteban.

## CAPÍTULO PRIMERO.

1. Precepto de amar a los enemigos. Jesús, hijo de Nave, luchaba en el desierto, y Moisés oraba: no es que ambos lucharan, y ambos oraran; sino que uno luchaba, y otro oraba. Con razón el que luchaba no desfallecía; porque el otro vencía orando. Así también yo parezco hablar, pero hablo con otros orando, para que por sus oraciones me suceda lo que el Señor dice, Abre tu boca, y yo la llenaré (Salmo LXXX, 11). Si aquel era ayudado por uno solo que oraba, y no era superado; cuánto más yo, por quien no uno, sino muchos ruegan a Dios conmigo. Hablando ya no temerá mi corazón, porque mi boca hablará la alabanza del Señor (Salmo CXLIV, 21). Nuestro Señor Jesucristo, hermanos, nos manda algo, y nos promete algo. Lo que manda, está aquí: lo que promete está en otro lugar. Lo que manda, se termina, porque es temporal: lo que promete, no se termina, porque es eterno. Lo que manda, es obra: lo que promete, es recompensa. Aquí preste atención vuestra Santidad, cuánta es su misericordia hacia nosotros, para que haya puesto el trabajo aquí con fin, la recompensa en el cielo sin fin. Y por eso debemos primero trabajar aquí, y después recibir la recompensa en el cielo, que recibir la recompensa aquí y después trabajar. Pues de algunos dice: En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mateo VI, 2). Pero tal vez eres ávido de recompensa, y perezoso para el trabajo. ¿Con qué cara pides lo que Dios prometió, si no haces lo que Dios mandó? Primero escucha las advertencias, y así exige las promesas. Primero, digo, escucha al que manda, y entonces exige al que promete. Pues nos manda, y dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian; y orad por los que os persiguen y calumnian. Has escuchado la obra, espera la recompensa: Para que seáis, dice, hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mateo V, 44, 45).

## CAPÍTULO II.

2. Ejemplo de Cristo orando por sus verdugos. Cristo ora por nosotros, ora en nosotros, y es orado por nosotros. Atiende al mismo Señor que mandó esto, lo que hizo. ¿Acaso no después de tantas cosas que los impíos judíos cometieron contra él, que le devolvían males por bienes, colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen? Oró en el hombre, que fue escuchado con el Padre. Pues también ahora ora por nosotros, ora en nosotros, y es orado por nosotros. Como nuestro sacerdote ora por nosotros, como nuestra cabeza ora en nosotros, como nuestro Dios es orado por nosotros. Cuando, por tanto, colgando en la cruz oraba, veía y preveía a todos los enemigos; pero preveía que muchos de ellos serían amigos, y por eso pedía perdón para todos. Ellos se ensañaban, y él oraba. Ellos decían a Pilato, Crucifícalo (Lucas XXIII, 34, 21); él clamaba, Padre, perdónalos. Colgaba en ásperos clavos: pero no perdía la mansedumbre. Ya pedía perdón para ellos, de quienes recibía tanta injuria. Ellos se ensañaban, ellos ladraban alrededor, ellos insultando agitaban la cabeza, que no tenían sana; porque no tenían la cabeza que es Cristo, y como en un solo médico supremo puesto en medio, los frenéticos alrededor se ensañaban: él colgaba, y sanaba. Padre, dice, perdónalos. Prestad atención, hermanos. Gran piedad. Colgaba, y sin embargo pedía. Y no descendía, porque de su sangre hacía un medicamento para los frenéticos. De hecho, después de la resurrección sanó a los que colgando soportó en su locura: y la sangre que derramaron ensañándose, la bebieron creyendo; y se hicieron

seguidores, los que eran perseguidores. He aquí por qué vino Cristo, no para perder lo que había encontrado, sino para buscar y salvar lo que se había perdido (Lucas XIX, 10); para que amando a los enemigos ensañados, hiciera amigos creyentes.

### CAPÍTULO III.

3. Ejemplo de Esteban orando por sus lapidadores. Pero para que no digas que imitar a tu Señor, que sufrió por ti, está muy lejos de ti, quien dejó un ejemplo para que sigas sus huellas (I Pedro II, 21), atiende a Esteban, tu consiervo. Era hombre, como tú: creado de la masa del pecado, como tú: redimido por el mismo precio que tú. Era diácono, leía los Evangelios, que tú lees o escuchas. Allí encontró escrito, Amad a vuestros enemigos (Mateo V, 44). Aprendió leyendo, perfeccionó cumpliendo. Quien, cuando era apedreado por los judíos con una lluvia de piedras, no solo no amenazaba, sino que además pedía perdón para sus lapidadores. Pues puesto de rodillas oraba, diciendo: Señor, no les imputes este pecado (Hechos VII, 59). Ellos apedreaban, y él oraba. Ellos lo perseguían con furia; él pacífico seguía a Cristo. Ellos eran cegados por la malicia; él, con el cielo abierto viendo al Hijo de Dios, era iluminado por la sabiduría. Ellos lanzaban piedras; él enviaba oraciones: como diciendo: Señor, si ahora matas a estos enemigos, ¿a quiénes después harás amigos?

### CAPÍTULO IV.

4. Gracia y salvación obtenidas para Saulo por la oración de Esteban. Pues, hermanos, para que sepáis cuánto valió la oración del santo mártir Esteban, recurrid con nosotros a aquel joven llamado Saulo: quien, cuando el santo Esteban era apedreado, guardaba las vestiduras de todos, y como si con las manos de todos apedrearía (Hechos VII). Y después, como sabéis, recibió cartas de los príncipes de los sacerdotes, para que a cuantos encontrara cristianos, hombres y mujeres, los llevara atados a Jerusalén, para ser torturados y castigados. Este, mientras iba en el camino, de repente lo rodeó una luz del cielo, y cayó en tierra, y oyó una voz del cielo, que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy, dice, Jesús Nazareno, a quien tú persigues. Duro te es dar coces contra el aguijón: porque no el aguijón, sino los pies con los que das coces, herirás. ¿Qué tengo yo contigo? ¿Por qué me persigues? ¿Por qué te levantas contra mí para tu mal, y no te humillas para tu bien? Pero contra tantos males que cometes en mí, ya hace tiempo debí perderte, pero mi siervo Esteban oró por ti. Fue abatido enfurecido, fue levantado creyente: fue abatido lobo, fue levantado cordero: fue abatido perseguidor, fue levantado predicador. Lo diré más claramente, lo diré más abiertamente: fue abatido hijo de perdición, fue levantado vaso de elección: fue abatido Saulo, fue levantado Pablo (Hechos IX). Pues si el mártir Esteban no hubiera orado así, la Iglesia no tendría hoy a Pablo. Pero por eso fue levantado Pablo de la tierra, porque en la tierra fue escuchado Esteban inclinado.

### CAPÍTULO V.

5. Es peor rezar contra los enemigos que ser injusto. He aquí por qué el Señor dice: Amad a vuestros enemigos, porque amando al enemigo, haces un amigo. Pero ante tales y tantas cosas, ¿quién eres tú que no amas? Doblas la rodilla, golpeas la frente contra la tierra y dices: ¡Oh, si muriera mi enemigo! Dios, si algo he merecido de ti, mata a mi enemigo. Y ciertamente tú, que oras para que un hombre muera, oras mal contra el mal, y os habéis convertido en dos malos: él actuando mal, tú orando mal. Comienzas a ser malo orando cuando dices: Dios, mata al malvado. Él te responde: ¿A cuál de vosotros? ¿A ti, el malvado, o a tu enemigo? Que vuestra Santidad preste atención. Un juez humano no mata al reo por sí

mismo, sino que ordena, y el verdugo mata. El juez dice: Mata, y el verdugo mata. Y tú, cuando dices: Mata a mi enemigo, te haces juez y buscas que Dios sea el verdugo. Dios te responde: No seré en absoluto, no seré el verdugo del pecador, sino el liberador; porque no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ezequiel 33, 11). Pues si tuviera tu voluntad, te mataría primero, antes de que vinieras invitado. ¿No me has blasfemado? ¿No me has irritado con tus malas obras? ¿No quisiste borrar mi nombre de la tierra? ¿No me despreciaste en mis preceptos o en mis siervos? Si entonces te hubiera matado como enemigo, ¿a quién ahora haría amigo? ¿Por qué, entonces, me enseñas mal orando, lo que no hice contigo? Más bien, yo, dice Dios, te enseñaré para que me imites. Colgado en la cruz dije: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Enseñé esto a mis soldados, enseñé esto a mis mártires. Sé tú primero mi mártir, mi novato, contra el diablo: de otro modo no lucharás invicto, a menos que ores por tus enemigos. Que nos conceda esto, etc.

SERMO CCCLXXXIII. En el día aniversario de la ordenación episcopal.

CAPUT PRIMUM.

1. Considera cómo debe llevar la carga episcopal. Cada día, a cada hora, y con un cuidado continuo, amadísimos, debe el obispo reflexionar sobre la gran carga de la administración que lleva, y qué tipo de cuenta dará de ella a su Señor. Sin embargo, cuando surge el día aniversario de nuestra ordenación, entonces se considera especialmente la carga de este oficio como si se impusiera por primera vez. La diferencia es que el día en que lo asumimos por primera vez, solo pensamos en cómo debía llevarse; pero en los días siguientes, y especialmente en aquel en que se celebra su solemnidad, no solo consultamos con previsión cautelosa sobre su futuro, cómo debe llevarse en adelante, sino que también recordamos con preocupación cómo se ha gestionado en el pasado: para imitarnos en los buenos actos, y si algo ha pasado que deba ser censurado, cuidamos de que no se repita, para que se nos perdone; y donde podamos, evitemos la acusación del diablo con diligencia en actuar correctamente; y donde no podamos, venzamos con la piedad de la confesión. Pues así como los pecados futuros se cometen por negligencia de la justicia, así los pasados se afianzan defendiendo la injusticia. Así como la caridad prevé que no se cometan, la humildad borra los hechos: para que lo que ya no puede evitarse con acciones correctas, al menos pueda ser perdonado con humildad. Hemos aprendido a decir a nuestro Padre que está en los cielos: Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6, 12). Para que podamos decir esto verdaderamente, también debemos amar a nuestros enemigos: aunque no deberíamos tenerlos, a menos que la justicia lo exija. Pues si los hombres son enemigos nuestros por nuestros propios méritos malos, no debemos preocuparnos por perdonarles sus deudas, sino temer más bien no devolverlas. Porque si nos odian por el mérito de nuestra iniquidad, nosotros somos sus deudores, no ellos nuestros.

CAPUT II.

2. Perdona a sus deudores. En este día solemne de mi episcopado, primero me dirigiré brevemente a mis deudores, quienes, sin saberlo, interceden por mí ante Dios, al cometer deudas que yo perdono, para que también se me perdonen mis deudas. A vosotros, tanto presentes como ausentes, a quienes me hago enemigo al predicar la verdad, a quienes parezco oneroso al aconsejar, a quienes al buscar su utilidad me veo obligado a ofender su voluntad, os digo: No seáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Salmo 31, 9). Pues estos animales atacan con patadas y mordiscos a quienes los cuidan, para que sus heridas sean tratadas. No perdonas, no perdono: te opones, me opongo: resistes, resisto. La lucha nos compara, pero la causa nos separa. Tú eres enemigo del médico, yo de la enfermedad: tú de

mi diligencia, yo de tu pestilencia. Me devolvían, dice, mal por bien; pero yo oraba (Salmo 34, 12). ¿Qué oraba, sino: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas 23, 34)? Cuando os injurien y digan todo mal contra vosotros por causa de la justicia, alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Mateo 5, 11-12). Sin embargo, corregid vuestra perversidad, reconoced nuestra caridad; devolved amor por amor: no queremos una mayor recompensa con vuestra perdición. Estas pocas palabras a mis deudores, a quienes perdono para que se me perdone, sean suficientes por ahora.

### CAPUT III.

3. Desea reconciliarse con aquellos a quienes pudo haber ofendido. A continuación, debo dirigirme un poco también a aquellos a quienes soy deudor. Pues como dice el Apóstol: Soy deudor a griegos y bárbaros, a sabios e insensatos (Romanos 1, 14). Pues tal deudor soy yo también, por la exigüidad de mis fuerzas y la pequeña porción de mi administración, no a algunos, sino a todos. Pero ahora hablo de esas deudas que deseo que se me perdonen, no que se me exijan. Pues no me ensalzo con la vanidad de la mente para atreverme a decir que, desde que llevo la carga de este oficio, no he ofendido a ningún hombre. Esto, para cualquier hombre ocupado y distraído con tantas y tan molestas acciones, si no es imposible, ciertamente es difícil: cuánto más para mí, que conozco mi debilidad, la cual ofrezco día y noche con mis oraciones y las vuestras al Señor nuestro Dios para que la sane. Así pues, perturbado por las olas de diversas preocupaciones y dificultades, si a alguien no escuché como debía, si a alguien miré con más tristeza de la necesaria, si a alguien dirigí una palabra más dura de lo que debía, si a alguien afligido de corazón y necesitado de ayuda lo perturbé con una respuesta inadecuada, si a algún pobre que, quizás, insistía importunamente mientras yo estaba distraído en otra cosa, lo omití, lo postergué, o incluso lo afligí con un gesto áspero; si a alguien que sospechaba algo falso de mí como hombre de otro hombre, me indigné con justa severidad, si alguien en su conciencia no reconoció lo que humanamente sospeché de él; vosotros, a quienes por estas y otras ofensas similares me confieso deudor, creedme también vuestro amante. Pues la madre, que cuida a sus crías, a menudo las pisa en la estrechez, pero no con todo el peso de su pie, y no por eso deja de ser madre. Perdonad, para que se os perdone. Perdonad al que os ama las deudas de la dificultad, quien tampoco debe retener las deudas de la crueldad contra los enemigos. En resumen, os ruego a todos, encomendad al Señor mi cuidado por vosotros: pues justamente espero de vosotros el mismo cuidado por mí; para que lo que sea de mis ofensas pasadas, Él lo perdone propicio, no lo reconozca severo. Que el tiempo que me queda bajo esta carga, me guíe en el camino, y me haga agradable a sus ojos y útil para vosotros; para que su vista no encuentre mi horror y pena, sino mi gozo y corona.

SERMO CCCLXXXIV. Sobre la Trinidad, o sobre las Escrituras antiguas y nuevas contra los arrianos.

### CAPUT PRIMUM.

1. Qué es Dios. Las santas y divinas escrituras, hermanos, se nos recitan continuamente, incluso diariamente, para que nuestras almas se alimenten: y en el futuro siglo se sacien con banquetes eternos; como dice el profeta: Me saciaré cuando se manifieste tu gloria (Salmo 16, 15). Sin embargo, qué tipo de gloria será esta futura, y con qué riquezas florecerá, y con qué esplendor resplandecerá, podemos alabarla, pero no podemos explicarla. ¿Por qué? Porque leemos: Ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Corintios 2, 9). Si, por tanto, son tan grandes y tales los bienes eternos celestiales que el Señor omnipotente ha preparado para sus santos católicos y

fieles pueblos; ¿qué es el mismo Dios, que ha preparado tales y tan grandes cosas? ¿Qué es, digo, el Dios omnipotente? ¿Qué, sino inestimable, inefable, incomprendible, más allá de todo, fuera de todo, más allá de todo? Pues supera a toda su criatura, trasciende toda su obra, supera a todo. Si buscas grandeza, es mayor; si belleza, es más bello; si dulzura, es más dulce; si esplendor, es más resplandeciente; si justicia, es más justo; si fortaleza, es más fuerte; si piedad, es más clemente. Pues ninguna razón permite que la obra se iguale a su creador, ni la obra al artífice: como se lee en el profeta: El que hizo cosas fuertes, es más fuerte; y el que hizo cosas bellas, es más bello que ellas (Sabiduría 13, 3).

## CAPUT II.

2. La Trinidad es un solo Dios. Error de los arrianos. En el sol hay tres cosas inseparables. En el fuego también hay tres cosas inseparables. Así, pues, proclamamos los excelsos signos de esta única deidad, pero no como los judíos, sino como los cristianos, confesamos igualmente los misterios de la divina Trinidad. Pues así como el Padre es omnipotente e inefable, así el Hijo es omnipotente e incomprensible: así también el Espíritu Santo en el Padre y el Hijo, inseparablemente unido, es inefable e inmenso. Pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios omnipotente, uno en la Trinidad, uno en el poder, unidad, Trinidad, majestad sempiterna, uno poderoso en todo, y la Trinidad en la unidad, y la unidad en la Trinidad consiste: pero ni la Trinidad se divide, ni la unidad se separa. Armados e instruidos con esta fe católica, amadísimos, interroguemos brevemente a los impíos arrianos herejes, que en este tiempo se jactan impiamente, y corrompen y engañan a muchos de nuestros cristianos, cómo oran al Señor, quienes sienten contra el Señor. Nos responden, diciendo: Oramos al Señor en la Trinidad, pero como leemos, al Padre mayor, al Hijo menor, al Espíritu Santo inferior, porque el mismo Cristo dice: El Padre es mayor que yo (Juan 14, 28).

## CAPUT III.

A estos les respondemos: ¿Así, digo, oráis y adoráis a Dios? Así es, así leemos, así adoramos, así oramos. Les decimos: Si así adoráis y oráis a Dios, esto no es adorar y rogar a un solo Dios grande, sino hacer tres dioses: ¿y dónde está lo que se lee en la ley divina: Escucha, Israel; el Señor tu Dios, Dios es uno? Y en otro lugar dice: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás (Deuteronomio 6, 4, 5, 13). Pues si el Padre es una cosa, el Hijo otra, el Espíritu Santo otra; ya no es una Trinidad, sino un poder dividido. ¿Cómo puede, entonces, un poder discrepante mantenerse, cuando según leemos en el Evangelio, una casa dividida contra sí misma o un reino, no puede mantenerse (Mateo 12, 25)? ¿Cómo, entonces, se divide la divinidad de sí misma, cuando el esplendor de la luz o el calor del sol no se separa en absoluto? Pues como vemos, en el sol hay tres cosas, y no pueden separarse en absoluto. Veamos cuáles son esas tres cosas: curso, esplendor y calor. Vemos el sol en el cielo corriendo, brillando, calentando. Divide, pues, si puedes, arriano, el sol, y entonces divide la Trinidad. Pero quizás la razón de discernir el sol es difícil, porque está en el cielo, y está lejos de nosotros. Proponemos otro elemento que es menor, y está en la tierra con nosotros: el fuego, digo, que se tiene en nuestras manos, y sin embargo no se divide. Pues el fuego tiene tres cosas, y no puede dividirse: esto es, movimiento, luz y calor. Si, pues, impío hereje, no puedes dividir el sol creado y el fuego, ¿cómo puedes dividir a Dios, creador de todo?

## CAPUT IV.

3. Testimonios de las Escrituras sobre la divina Trinidad. Elogio de la fe católica. Escucha y aprende, sin embargo, que esta gran y única Trinidad fue mostrada desde el principio del género humano. Escucha en la Ley y los Profetas, en los Salmos y en el Evangelio, escucha

en el Apóstol sin duda declarada. Escucha, digo, en el Génesis: Dios hizo al hombre a imagen de Dios. Para mostrar al mismo tiempo la Trinidad inseparable, dice en ese libro: Y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Génesis 1, 27, 2). Escucha al profeta hablando en persona de Cristo: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió, me ha enviado a evangelizar a los pobres (Isaías 61, 1). Escucha en los Salmos: Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, y por el espíritu de su boca toda su fuerza (Salmo 32, 6): y de nuevo: Devuélveme la alegría de tu salvación, y con espíritu principal afirmame (Salmo 50, 14). Escucha esto mismo confirmado en el Evangelio: El Señor Cristo dice a los Apóstoles: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra: id y bautizad a todas las naciones en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo 28, 18-19). Escucha al Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio primero, para que se le recompense? Porque de él, y por él, y en él son todas las cosas: a él sea la gloria por los siglos de los siglos (Romanos 11, 33-36). Si, pues, tanto en las Escrituras antiguas como en las nuevas, se ha probado suficientemente y claramente que la unidad divina es una Trinidad inseparable, despreciando completamente a los herejes según el Apóstol que dice: Al hereje, después de una corrección, evítalo (Tito 3, 10); ya confirmemos a nuestros fieles pueblos en la misma fe católica. Pues no hay mayores riquezas, ni tesoros, ni honores, ni mayor sustancia de este mundo, que la fe católica, que salva a los hombres pecadores, ilumina a los ciegos, cura a los enfermos, bautiza a los catecúmenos, justifica a los fieles, repara a los penitentes, aumenta a los justos, corona a los mártires, conserva con casto pudor a las vírgenes, viudas y casados, ordena a los clérigos, consagra a los sacerdotes, prepara para los reinos celestiales, y en la herencia eterna comunica con los santos ángeles. Como el mismo Señor confirma prometiendo: En la resurrección ni se casan ni se dan en matrimonio, sino que serán iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22, 30); por Cristo nuestro Señor.

SERMO CCCLXXXV. Sobre el amor del hombre hacia el hombre.

CAPUT PRIMUM.

1. El amor del hombre, recto o perverso. No solo en el Nuevo, sino también en el Antiguo Testamento se nos advierte, hermanos amadísimos, cómo debemos mantener la caridad perfecta. Pues el mismo Señor en el Evangelio dijo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo 22, 39). Tratemos, pues, un poco sobre el amor del hombre hacia el hombre: porque hay amores de los hombres que son perversos. Aquel ama perversamente a otro, que también se ama perversamente a sí mismo: pero quien se ama rectamente a sí mismo, ama rectamente a otro. Por ejemplo, hay amores deshonestos, detestables: amores de adúlteros, amores de corruptores, amores impuros. Todos los amores malos son detestados por las leyes humanas y las leyes divinas. Elimina, pues, esos amores ilícitos, busquemos los lícitos.

2. Grados del amor lícito. El amor lícito comienza con el matrimonio; pero aún es carnal. Veis que es común con los animales: y esos gorriones que cantan, tienen matrimonios, y hacen nidos, incuban juntos los huevos, crían juntos a los polluelos. Este amor es lícito en los hombres, pero veis que es carnal. El segundo amor es el de los hijos; pero aún es carnal. No se debe alabar a quien ama a sus hijos, sino detestar a quien no los ama. Pues, ¿voy a alabar grandemente en un hombre lo que veo en un tigre? Las serpientes aman a sus hijos, los leones y los lobos aman a sus hijos. No pienses, pues, que es algo grande amar a tus hijos. Aún en este amor te comparas con las serpientes. Si no los amaras, serías superado por las serpientes. Hablo ya de amores honestos: pues he excluido aquellos deshonestos. Otro amor es el de los parientes, ya este parece propio de los hombres, si no es por costumbre. Pues mayor es el

amor que se extiende más allá de los parientes, que el que se mantiene entre parientes. Quien ama a sus parientes, aún ama su propia sangre. Ame a otros que no son parientes, reciba al peregrino; ya este amor se ha dilatado mucho. Tanto crece, que desde el cónyuge a los hijos, de los hijos a los parientes, de los parientes a los extraños, de los extraños a los enemigos llega. Pero para llegar allí, tiene muchos grados.

## CAPUT II.

3. Amistad de costumbre y de razón. Sobre la amistad, vean lo que digo. Hay amigos, excepto una amistad que ni siquiera debería llamarse amistad, que surge de una mala conciencia. Hay personas que cometen malas acciones juntas y, por lo tanto, parecen unidas porque están ligadas por una mala conciencia: excepto esta nefasta amistad, hay una cierta amistad aún carnal por la costumbre de convivir, conversar, estar juntos; de modo que una persona se entristece cuando es abandonada por un amigo con quien solía hablar y tener conexiones. Dos personas se encuentran, caminan juntas durante tres días y ya no quieren separarse. Y esto es una cierta dulzura de la amistad; ciertamente honesta; pero aún debemos examinarla, porque buscamos los grados de este amor; y veamos hasta dónde hemos llegado, hasta una amistad tal como la he descrito. Esta es, por lo tanto, una amistad de costumbre, no de razón. También los animales la tienen. Dos caballos comen juntos, se desean: si al día siguiente uno se adelanta, el otro se apresura, deseando a su amigo: apenas puede ser controlado por el jinete; y sigue su impulso hasta que alcanza al que se adelantó, y se calma: lo llevaba un peso, lo urgía el peso del amor; llegó como a su lugar y descansó. Aún esta es una amistad de costumbre en los animales: elevémonos aún más allá de esta. Hay otra amistad superior, no de costumbre, sino de razón, por la cual amamos a una persona por la fe y la benevolencia mutua en esta vida mortal. Cualquier cosa superior a esto que encontremos, es divina. Que el hombre comience a amar a Dios, y no amará en el hombre sino a Dios.

## CAPÍTULO III.

4. Amor gratuito de la amistad. Que vuestra Caridad vea primero cómo debe ser gratuito el amor de la amistad. No debes tener un amigo o amar para que te dé algo. Si lo amas para que te dé dinero o algún beneficio temporal, no lo amas a él, sino lo que te da. Un amigo debe ser amado gratuitamente, por sí mismo, no por otra cosa. Si la regla de la amistad te exhorta a amar al hombre gratuitamente, ¿cuánto más gratuitamente debe ser amado Dios, que manda que ames al hombre? Nada es más deleitable que Dios. Pues en el hombre hay cosas que ofenden; sin embargo, por la amistad te obligas a tolerar incluso aquellas cosas que ofenden en el hombre por la amistad: si, por lo tanto, no debes disolver la amistad del hombre por algunas cosas que deben ser toleradas; ¿por qué cosas debe ser disuelta de ti la amistad de Dios? No encuentras nada más deleitable que Dios. Dios no tiene de qué ofenderte, si tú no lo ofendes: nada más hermoso, nada más dulce que Él. Pero me dirás: No lo veo; ¿cómo voy a amar a quien no veo? He aquí cómo aprendes a amar a quien no ves: ahora te muestro cómo intentar ver lo que no puedes ver con estos ojos. He aquí que amas a un amigo; ¿qué amas en él? Lo amas gratuitamente. Pero tal vez este amigo tuyo, por dejar de lado otras cosas, es un hombre anciano: puede ser que tengas un amigo anciano. ¿Qué amas en el anciano? ¿Un cuerpo encorvado, cabello blanco, arrugas en la frente, mejillas caídas? Si el cuerpo que ves, nada más deforme que la vejez: y sin embargo amas algo, y no amas el cuerpo que ves, porque es deforme. ¿De dónde ves lo que amas? Pues si te pregunto, ¿Por qué amas? me responderás, Es un hombre fiel. Entonces amas la fe. Si amas la fe; con los mismos ojos con que se ve la fe, se ve a Dios. Comienza, pues, a amar a Dios, y amarás al hombre por Dios.

## CAPÍTULO IV.

5. Dios debe ser amado gratuitamente. Escuchen un gran testimonio. El diablo ciertamente es el acusador de los santos: y como no puede engañar al juez ante quien comparece, no puede decir falsedades contra nosotros. Sabe ante quién habla. Por lo tanto, como no puede decir falsedades contra nosotros, busca verdades que decir. Por eso tienta para tener algo que decir. Este es nuestro adversario, que nos envidia el reino de los cielos, que no quiere que estemos allí, de donde él fue expulsado: ¿Acaso, dice, Job teme a Dios en vano? (Job 1, 9). Aún somos provocados por el adversario a servir a Dios gratuitamente, cuando él, buscando qué objetar, se consideró haber encontrado algo grande al decir, ¿Acaso Job teme a Dios en vano? No porque hubiera visto su corazón, sino porque veía sus riquezas. Debemos tener cuidado de no amar a Dios por la recompensa. ¿Qué es, entonces? ¿Vas a amar a Dios por la recompensa? ¿Qué recompensa es la que Dios te va a dar? Cualquiera otra cosa que te dé, es menos que Él mismo. No sirves gratuitamente, para recibir algo de Él. Sirve gratuitamente, y lo recibirás a Él. Dios se reserva para ti, para que lo disfrutes. Y si amas lo que ha hecho, ¿cómo será quien lo hizo? Si el mundo es hermoso, ¿cómo será el artífice del mundo? Arranca, pues, tu corazón del amor a la criatura, para que te adhieras al Creador, y digas lo que está escrito en el Salmo, Pero para mí, el bien es estar cerca de Dios.

## CAPÍTULO V.

6. Amar a la criatura abandonando al Creador es adulterio. Pero si abandonas a quien te hizo, y amas lo que hizo, abandonando a quien te hizo, eres un adúltero. Así clama la Epístola de Santiago, llamando adúlteros, Adúlteros. ¿Y de dónde adúlteros? ¿Preguntas de dónde? ¿No sabéis, dice, que la amistad de este mundo es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios (Santiago 4, 4 y 5). Expresó lo que dijo, Adúlteros. El alma, abandonando al Creador, amando a la criatura, es adúltera. Porque nada es más casto, nada más deleitable que el amor de Él. Abandonándolo a Él, abrazando esto, te vuelves impura. Oh alma, para que seas digna de los abrazos de Él, deja estas cosas, y adhiérete a Él gratuitamente. Pues por eso dijo el Salmo: Pero para mí, el bien es estar cerca de Dios. En el verso anterior dijo: Has destruido a todos los que se apartan de ti (Salmo 72, 28, 27). Y como para mostrar qué es la fornicación, añadió: Pero para mí, el bien es estar cerca de Dios. No quiero nada más, sino a Él. Adherirme a Él, eso es mi bien, ese es mi bien gratuito. Por eso se llama gracia, porque es gratuita. Cuando, pues, comiences a amar a Dios gratuitamente, hay seguridad: porque también amas al amigo gratuitamente, y para que contigo ame a Dios. Consideren, pues, esa misma amistad vulgar, de la que comenzamos, por la cual hemos hecho grados; consideren eso. El esposo ama a la esposa, y la esposa al esposo: sin duda, él la quiere a ella, y ella lo quiere a él a salvo. Quiere tenerlo sano, quiere tenerlo feliz. Lo ama para esto, porque ella misma quiere estar sana y feliz: lo que quiere para sí, lo quiere para él. Ama a los hijos: ¿quién no quiere tener a sus hijos a salvo? Ama al amigo: ¿quién no quiere tenerlo sano? tanto que, si acaso le sucede algo, se estremece, se entristece, se turba, corre, se acerca: cuando se acerca, llora. ¿Qué quiere, entonces? Tenerlo a salvo. Si, pues, todo el que ama, quiere tener a salvo lo que ama; si entiende cuál es la verdadera salvación, comienza a amarla en sí mismo, y se ve obligado a amar la verdadera también en el amigo.

## CAPÍTULO VI.

7. Qué vana es la salvación de esta vida. Si buscas a Dios con ojos carnales, mira a los tres jóvenes liberados del fuego (Daniel 3). Si buscas a Dios con fe, mira a los Macabeos coronados en el fuego (2 Macabeos 7). Por lo tanto, esa salvación debe ser amada, esta debe

ser usada. Esta es necesaria para el uso: pues pasará. No es verdadera salvación, hermanos, lo que dicen los médicos. Estamos enfermos de alguna manera: pues la enfermedad es perpetua en esta fragilidad de la carne. ¿Creen que el hombre está enfermo solo cuando tiene fiebre; y que está sano cuando tiene hambre? Se dice que está sano. ¿Quieres ver cuán malo es tener hambre? Déjalo sin alimento durante siete días, y morirá. Pero porque le das alimento diariamente, vive. El alimento es el remedio para el hambre; la bebida es el remedio para la sed; el sueño es el remedio para el cansancio; el caminar es el remedio para estar sentado; el estar sentado es el remedio para caminar; el dormir es el remedio para la fatiga; el vigilar es el remedio para dormir. Y mira cuán débil es el cuerpo humano: este mismo auxilio, que he mencionado, si se toma en exceso, falla. Buscabas el auxilio del alimento por el hambre: aquí está el auxilio del alimento; comes, te repones; si lo haces en exceso, fallas más. Buscabas el auxilio de la bebida por la sed: bebiendo en exceso te ahogas, quien estabas urgido por la sed. Te cansaste caminando, quieres sentarte: siéntate perpetuamente, mira si no te cansarás. Cualquier cosa que tomes para eliminar otra, si perseveras en ella, fallas.

## CAPÍTULO VII.

8. La verdadera salvación es la vida eterna. El amigo debe ser amado para la salvación eterna. Caridad perfecta. ¿Qué clase de salvación es esta, hermanos, que pasa, frágil, percedera, vana? Verdaderamente como se ha dicho, ¿Qué es vuestra vida? Es un vapor que aparece por un poco (Santiago 4, 15). Quien, pues, ama su alma en esta vida, la perderá. Pero quien odie su alma en este mundo, la guardará para vida eterna (Juan 12, 25). ¿Qué es la vida eterna? La verdadera salvación. Y si ves a tu amigo, a quien amabas en este mundo para que estuviera a salvo, porque ya deseas esa salvación que es eterna, amas a tu amigo para esa salvación; y todo lo que quieres hacer por tu amigo, lo quieres hacer para que él también tenga esa salvación contigo. Pues amas la justicia, quieres que él sea justo: amas estar bajo Dios, quieres que él también esté bajo Dios: amas la vida eterna, quieres que él reine contigo allí eternamente. Ves a tu enemigo persiguiéndote, es la iniquidad la que te persigue. Debes enojarte con misericordia, está enfermo en el alma. Así como el amigo de este mundo, amando su alma según el mundo, quiere expulsar la fiebre de su amigo, a quien ama como a sí mismo, por la salvación presente: así tú, a quienquiera que ames, ámalo por la vida eterna; cuando encuentres ira, indignación, odio, iniquidad, intenta expulsar la enfermedad del alma, como el amigo del mundo la enfermedad del cuerpo: pues para eso amas, para hacer lo que tú eres: y en ti habrá caridad perfecta. Si encuentras esto, ama a tu cónyuge para esto, ama a tu hijo para esto, ama a tu pariente, vecino, desconocido, enemigo para esto, y en ti habrá caridad perfecta. Si esto está en ti, vencerás al mundo, y el príncipe del mundo será expulsado. Pues han oído lo que dice el Señor, El príncipe de este mundo ha sido expulsado (Juan 12, 31): porque Él iba a sufrir, y por su sufrimiento iba a crear amor en los hombres. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan 15, 13). Para que, pues, fuera amado, amó primero: para que en su nombre nadie temiera morir, murió primero por todos. Para que, pues, edificara en los corazones de los hombres la caridad, expulsó al diablo. ¿A dónde lo expulsó? Fuera de los corazones de los hombres. La codicia lo introduce, la caridad lo expulsa.

## CAPÍTULO VIII.

9. Conclusión. Nosotros, hermanos, considerando con gran diligencia los grados de caridad antes mencionados, no devolvamos al Señor males por bienes. Y porque Él, viniendo, ató al fuerte, es decir, al diablo, y nos quitó a todos nosotros, que éramos sus vasijas, de su poder, por su gracia vaciados de todos los males, esforcémonos por llenarnos de abundantes bienes, temiendo lo que el mismo Señor dijo: Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por

lugares secos, buscando descanso, y no lo encuentra; después de esto, regresa y encuentra la casa de donde salió vacía, trae consigo siete espíritus peores que él: y el estado final de ese hombre es peor que el primero (Lucas 11, 21-26). Para que no suframos algo así, trabajemos tanto como podamos, para introducir virtudes en lugar de vicios, para que podamos alcanzar la misericordia de Dios.

SERMON CCCLXXXVI. Sobre el amor a los enemigos.

1. La caridad debe extenderse incluso a los enemigos. Oraciones dadas por el mismo juez Cristo. Perdonar para que se nos perdone. Seguro ante Dios, a quien se le niega el perdón por un hermano. Orar por quien no pide perdón. Presten atención, hermanos míos, a la caridad, que la Escritura divina alaba de tal manera que nada se le iguala. Cuando Dios nos exhorta a que nos amemos unos a otros, ¿acaso solo nos exhorta a amar a quien nos ama? Este es un amor mutuo, esto no es suficiente para Dios: pues quiso llegar hasta amar a los enemigos, diciendo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, y oren por los que los persiguen; para que sean hijos de su Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, que hace llover sobre justos e injustos (Mateo 5, 44 y 45). ¿Qué dices? ¿amas a tu enemigo? Tal vez responderás: Por debilidad no puedo. Pero progresa, y actúa para que puedas: especialmente porque vas a orar al juez, a quien nadie puede engañar, quien llevará tu causa. Interpela, pues, a este juez, donde ningún mensajero te perturba, ningún oficial te aparta, ningún abogado es comprado que pueda interceder por ti, o decir palabras que no aprendiste: sino el mismo Hijo único de Dios, igual al Padre, sentado a la derecha del Padre, su asesor, tu juez, te enseñó pocas palabras, que cualquier persona sencilla puede recordar y decir, y en ellas estableció tu causa; te enseñó cómo orar con justicia celestial. Pero tal vez responderás: ¿Por quién pido? ¿por mí, o por otro? Quien te enseñó a orar, Él mismo intercede por ti, porque tú eras culpable. Alégrate, porque Él será entonces tu juez, quien ahora es tu abogado. Por eso, porque vas a orar, vas a llevar tu causa con pocas palabras, llegarás a esas palabras: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6, 12). Pues Dios te dice: ¿Qué me das, para que yo te perdone tus deudas? ¿Qué ofrenda ofreces, qué sacrificio de tu conciencia pones en mis altares? Inmediatamente te enseñó qué pedir y qué ofrecer. Pides, Perdona nuestras deudas: y tú ofreces, ¿qué? Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Eres deudor a quien no puede ser engañado: tú también tienes un deudor. Dios te dice: Tú eres mi deudor, él es tu deudor; hago esto contigo, mi deudor, lo que tú hagas con tu deudor. De ahí me ofreces un regalo, de donde perdonaste a tu deudor. Me pides misericordia, no seas perezoso en la misericordia. Presta atención a lo que dice la Escritura, Misericordia quiero más que sacrificio (Oseas 6, 6). No ofrezcas sacrificio sin misericordia; porque no se te perdonan tus pecados, a menos que ofrezcas con misericordia. Pero tal vez dices: No tengo pecados. Por más cauteloso que seas, hermano, sin embargo, viviendo en la carne en el mundo, actúas entre presiones y angustias, y te encuentras entre innumerables tentaciones; no podrás estar sin pecado. Ciertamente Dios te dice: No te preocupes por el pecado, no perdones si no tienes algo que yo te perdone, sino más bien exige si no debes nada: si, sin embargo, eres deudor, más bien alégrate de tener un deudor, en quien hagas lo que se haga en ti. Escúchame, y examínate, porque de pocos probos, que pueden verdaderamente orar la oración del Señor, verdaderamente decir, Señor, perdóname, como yo perdono. No falsamente, no ficticiamente, de verdad hazlo, para que también en ti se haga verdad. Pues si quien te ofendió, quien pecó contra ti, te pide perdón, y perdonas; ya puedes orar con seguridad, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Pues si resistes al que te pide, serás despreciado también cuando pidas. Cerraste contra el que llama, encontrarás cerrado cuando llames. Pues si abres las entrañas de la indulgencia al que te pide, Dios también te abrirá

cuando le pidas. Ahora hablo a aquellos que piden perdón a sus hermanos cristianos, y no lo reciben. He aquí, si concedes, orarás con seguridad. Pero él, si te ha pedido, y si no has concedido, ¿cómo estará seguro? Pues quienquiera que seas que pecaste, y no mereciste perdón, no temas, interpela a Dios de él y tuyo: pues son deudas: ¿podrá exigir deudas el siervo, que el Señor ha perdonado? Si acaso no te ha pedido quien pecó contra ti, si no pide perdón; si ha pecado, y además aún se enoja, ¿qué harás tú? ¿perdonas, o no perdonas? He aquí, no has perdonado. ¿Por qué? Porque no pidió. Si por eso no has perdonado, porque no pidió, no dudes en la oración del Señor, di con seguridad, no te golpees el pecho, porque no has perdonado al que no pidió. Entonces, quien no pidió, quedó: se le exige, ciertamente se le exige: sin embargo, en ti haya caridad perfecta, ora por quien no pide; porque oras por quien está en gran peligro.

2. El ejemplo de Cristo orando por los que insultan y matan. El ejemplo de Esteban. Aquí ya observa a tu Maestro y Señor, no sentado en la cátedra, sino colgando del madero, rodeado por todas partes de multitudes de enemigos y diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Mira al maestro, escucha al imitador. ¿Acaso el Señor Cristo oró entonces por los que rogaban, y no más bien por los que insultaban y mataban? ¿Acaso el médico abandonó su oficio porque el frenético se enfurecía? Di, pues, Perdónalos, porque no saben lo que hacen. Matan al Salvador porque no buscan la salvación. Y tú, por el contrario, quizás dirás: ¿Y cuándo podré yo hacer lo que el Señor pudo? ¿Por qué dices esto? Observa dónde lo hace; observa que lo hizo en la cruz, no en el cielo. Pues siempre Dios está en el cielo con el Padre: pero en la cruz, por ti, hombre, donde se ofreció a ser imitado por todos. Por ti envió esa voz, para que todos la escucharan. Pues pudo orar por ellos en silencio, pero tú no tendrías ejemplo. Pero si el Señor es mucho para ti, no sea mucho para ti el siervo. ¿No puedes imitar a tu Señor cuando colgaba en la cruz? Observa a Esteban, su siervo, cuando era apedreado. Primero dijo como siervo al Señor, Señor Jesús, recibe mi espíritu; y después, arrodillado, dijo, Señor, no les tomes en cuenta este pecado (Act. VII, 58 y 59): y al decir esto, se durmió en el descanso del amor. Encontró una paz muy abundante, porque deseó la paz para sus enemigos. ¿Acaso él también oró entonces por los que rogaban, y no por los que se enfurecían, por los que apedreaban y mataban? Tienes el ejemplo, aprende, observa cómo oró de pie por sí mismo, y por ellos se arrodilló. ¿Pensamos, hermanos, que los ama más a ellos que a sí mismo? De pie por sí mismo, como justo, era fácilmente escuchado. Pues por los inicuos había que arrodillarse. Mostró, por tanto, amor hasta a los enemigos pidiendo perdón. Por tanto, hermanos, por la seguridad de la oración del Señor, perdonad de corazón a los que os piden, para que el Señor os perdone vuestros pecados en este cuerpo mortal y en el futuro por los siglos, etc.

SERMO CCCLXXXVII. Sobre la corrección del prójimo.

1. La responsabilidad de corregir impuesta a los sacerdotes. La palabra de Dios, nuestro adversario. Frecuentemente en las Sagradas Escrituras ha escuchado vuestra Caridad, hermanos amadísimos, en qué peligro se encuentran los sacerdotes si no quieren cumplir lo que el Apóstol advierte, Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo; reprende, reprocha, exhorta con toda paciencia y doctrina (II Tim. IV, 2). Y como tan grave carga pesa sobre nuestros hombros, a quienes se dice, Si no adviertes al impío sobre su iniquidad, su sangre reclamaré de tu mano (Ezequiel III, 18); es necesario que castigemos a los negligentes, ya sea en secreto o en público. Pero cuando corregimos, aquel a quien corregimos, si es malo, atiende a quién lo corrige; y más fácilmente reconoce con gusto en su corrector lo que debe corregir en sí mismo. Y si encuentra algo verdadero que también él pueda decir contra aquel que lo corrige, se alegra. ¿Cuándo se alegraría más de su salud

corregido, que de la enfermedad ajena corregida? Supón que es verdad lo que dices; has encontrado algo en el hombre por el cual fuiste reprendido: sin embargo, a través de él te hablaba la verdad; a través del malo, a través del iniquo te hablaba la verdad. Buscas qué reprochar en el hombre: encuentra más bien qué reprochar en la verdad. Quieras o no, ella es tu adversaria, en la que no encuentras qué acusar. Hazla amiga, si puedes. Tu adversario es la palabra de Dios: que la pronuncie el pecador, que la pronuncie el justo; es la palabra de Dios, es intachable. Él es tu adversario: concíliate con él, mientras estás con él en el camino. El camino es esta vida. La palabra de Dios es el adversario de todos los inicuos. ¿Te parece poco que, permaneciendo en su sede beatísima y secretísima, vino a ti, para estar contigo en el camino, y quiso acompañarte? para que mientras caminas, y tienes en tu poder, compongas tu causa, y digas, ¿Cuándo terminarás el camino? y cuando lo hayas terminado, no habrá con quién puedas componer tu causa: y el adversario te entregará al juez, el juez al ministro, y el ministro a la cárcel. No saldrás de allí hasta que hayas pagado el último cuadrante (Matth. V, 25, 26). Está contigo la palabra de Dios, como adversario en el camino: tienes en tu poder, compón. ¿Qué te pide este adversario, para que te concilies con él? ¿qué, sino tu salvación? Camina con sus adversarios, y les dice que se concilien con él. Que así sea: aún no ha terminado el camino. Lo que ayer no se hizo, hágase hoy. Aún no ha terminado el camino: ¿qué esperarás hasta que termine? Cuando haya terminado, no habrá otro lugar donde conciliarse con el adversario. Queda el juez, el ministro y la cárcel. Para muchos este camino: cuando muchos se prometían más años en él, de repente terminó. Pero supón que tu camino será largo, y que siempre tu adversario camine contigo: ¿no te avergüenzas de tener discordia tanto tiempo con tal adversario? La palabra de Dios, en cuanto depende de él, es tu amigo: tú lo haces tu adversario. Pues él te desea el bien, tú te deseas el mal. Él manda, No robes; tú robas: él manda, No adulteres; tú adulteras: él manda, No hagas fraude; tú lo haces: te prohíbe jurar; tú juras en falso: haces todo lo contrario de lo que dice; tú haces de la palabra de Dios tu enemigo. Y no es de extrañar, cuando tú mismo eres tu enemigo. Pues quien ama la iniquidad, odia su alma (Salmo X, 6). Si, por tanto, amando la iniquidad odiaste tu alma, ¿te sorprende que odies la palabra de Dios, que desea el bien de tu alma?

2. La corrección al prójimo no debe aplicarse por odio. ¿Callaremos, entonces, y no corregiremos a nadie en absoluto? Corregimos, ciertamente, pero primero a nosotros mismos. Quieres corregir al prójimo: nada hay más cercano a ti que tú mismo. ¿Por qué ir lejos? Te tienes a ti mismo delante. Pues ¿qué dice el Señor a través de la Escritura? Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Matth. XXII, 39). Si, por tanto, no te amas a ti mismo, ¿cómo amas al prójimo? La regla del amor al prójimo la has recibido de ti mismo. Lo amo, dirás. Por eso te digo, ámate primero a ti mismo, y háblate. Pero si realmente hablas desde el amor, es evidente que la palabra que sale ha hecho algo dentro. Pero hay que temer que no te ames a ti mismo, y quieras corregir a otro, y lo hagas con odio. Pero si odias al hermano, le reprochas cosas más leves de las que cometes. Quien odia a su hermano, es homicida (I Juan III, 15). Habéis oído, hoy se ha leído la Epístola de Juan. Dice la Escritura, para que los hombres no desprecien lo que tienen en el corazón, y acusen lo que se hace por el cuerpo, ya quien odia a su hermano, dijo, es homicida. Aún no ha armado la mano, aún no ha asediado la garganta, aún no ha preparado emboscadas, aún no ha buscado venenos, y ya es culpable ante los ojos de Dios por el odio concebido. Aún vive aquel a quien busca matar, y ya se le juzga como si lo hubiera matado. Si, por tanto, corriges con odio, ¿te atreves a corregir a alguien siendo homicida? ¿O porque no te detienen los hombres, y te llevan ante el juez, por eso no reconoces tu crimen ante los ojos del sumo Dios y juez? Si no quieres reconocer tu crimen, reconocerás tu castigo. Pues él no perdona a los homicidas. Pero me corrijo, dices, mientras estoy en el camino. Corrígete, pues, y entonces podrás corregir al hermano. Le reprochas cosas más leves, cometes cosas más graves. Ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no ves

la viga en tu ojo (Matth. VII, 3). Esto lo dijo el Señor por los hombres que corrigen con odio. Corriges al que se enoja, y tú te consumes de odio. Pesa en la balanza de la consideración la ira y el odio. ¿Qué es la ira? Un cierto fervor del ánimo. Te desagrade en el momento. Ya en ti esa ira se ha envejecido, por eso se ha convertido en odio. La ira es una paja, futura viga al crecer. Pues así como la paja crece en viga, así la ira envejecida se convierte en odio. Ya odias, y corriges al que se enoja: ya en él te desagrade la paja, en ti aún te agrada la viga. ¿Queréis saber cuánto difiere? A menudo encontramos que los padres se enojan con los hijos: difícilmente se encuentra que un padre odie a su hijo. Un padre puede enojarse con el hijo a quien ama: Se puede decir que se enoja y ama; no se puede decir que odia y ama. Esto lo dije por los hombres que castigan cosas menores en otros, y no castigan cosas mayores en sí mismos.

3. Conclusión. Pensando, pues, en estas cosas, hermanos amadísimos, hagamos amistad con nuestro adversario, mientras estamos en el camino con él; esto es, consintamos con la palabra de Dios, mientras aún estamos en esta vida: porque después, cuando hayamos pasado de este mundo, no quedará ninguna composición o satisfacción. Queda el juez, el ministro y la cárcel. Para que, pues, con la ayuda del Señor, podamos cumplir todo esto, amemos de todo corazón no solo a los amigos, sino también a los enemigos: para que en nosotros se cumpla lo que está escrito, Toda la ley se cumple en una sola palabra, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Gálatas V, 14); y aquello, La caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8). Que esta cosa, él mismo que es la verdadera caridad, se digne concedernos, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los siglos, etc.

SERMO CCCLXXXVIII. Sobre hacer limosnas, I.

1. Solo se menciona la limosna en el juicio final. Esta lectura, hermanos, que acabamos de escuchar del santo Evangelio, nos exhorta a hacer limosnas: y nos exhorta de tal manera que en su juicio el Señor impute solo estas hechas a los de la derecha, y solo estas no hechas a los de la izquierda (Matth. XXV, 31, 46). No porque los demás hechos de los hombres, buenos o malos, no vayan al juicio; pues está escrito que todo vendrá al juicio (Eclesiastés XII, 14): y sin embargo, nuestro Señor Jesucristo, anunciándonos su juicio venidero, no eligió de qué advertirnos, sino solo las limosnas. ¿Acaso no se dirá a los de la derecha: Porque vivisteis castamente, porque no robasteis bienes ajenos, porque confesasteis mi fe hasta la sangre? Pues todos estos buenos hechos deben ser honrados en el juicio de Jesucristo. ¿Pensáis, por otro lado, que no se dirá a los de la izquierda: Porque fuisteis impúdicos, porque fornicasteis, porque robasteis bienes ajenos, porque con vuestra soberbia y malas costumbres hicisteis blasfemar mi nombre, y todo lo demás que enumera? Sin embargo, nuestro Señor, anunciándonos su juicio, calla todos los demás hechos rectos de los justos, y se dignó recordar solo las limosnas. Calló todos los malos hechos de los inicuos, y juzgó que solo la esterilidad de la limosna debía ser reprendida, no sino para advertirnos. ¿Por qué esto? Porque todos los crímenes se redimen con limosnas. Por eso alabó aquella fecundidad, y culpó y condenó esta aridez.

2. Las limosnas no sirven para los pecados más graves, a menos que se cambien las costumbres. Nadie aquí está sin pecado. Pero lo que habéis escuchado, que todos los malos hechos se redimen con limosnas, no lo entendáis como lo entienden algunos perversos. Pues las limosnas pueden beneficiarte para borrar los pecados pasados, si cambias tus costumbres. Pero si perseveras en los mismos males, no corrompes al juez con tus limosnas. Lo digo por aquellos crímenes y delitos que todos deben evitar ahora, quienes reciben el cuerpo y la sangre de Cristo. Sin embargo, no ignoro que esta vida mortal y constituida en carne corruptible no puede estar sin pecados: pero esos pecados cotidianos y leves tienen también

sus lavados cotidianos. Esto es lo que golpeamos el pecho, y decimos en la oración al Señor nuestro Dios, Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Matth. VI, 12). Pues no decimos esto sin razón, ni verdaderamente enseñaría el maestro celestial esta oración, si no previera que somos pecadores. Pues vio lo que debemos evitar, y vio lo que es difícil evitar. Pero juzgó que es imposible evitarlo todo, quien enseñó esta oración cotidiana, no a cualquier cristiano, sino a los mismos carneros, los Apóstoles. Donde los Apóstoles golpean el pecho, y dicen, Perdona nuestras deudas, esto es, nuestros pecados, ¿se atreverá alguna oveja a enorgullecerse de justicia? Ved qué clase de hombre fue el apóstol Juan: se recostaba sobre el pecho del Señor, bebía de aquella alta fuente de sabiduría los secretos. Pues de allí bebió lo que en el Evangelio eructó, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). Y el Evangelio testimonia continuamente que el Señor especialmente lo amaba (Id. XIII, 23 y XXI, 20). Y sin embargo, dice, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (I Juan I, 8). Sin embargo, porque se dicen estas cosas, nadie debe estar seguro siendo homicida, si por sus fornicaciones y latrocinios cotidianos viene a decir, Perdona nuestras deudas. Pues lo que Dios estableció que se diga diariamente por los pecados leves, él piensa que puede ayudarle para aquellos graves, de los cuales no quiere apartarse, sino que desea permanecer en ellos perpetuamente. Golpee también el pecho por estos, haga también limosnas por estos, pero con la vida cambiada: que se aleje de allí, y se acerque aquí. Pero si dijera en su corazón, Si hago latrocinios cotidianos, y si me contamina con corrupciones adulterinas cotidianas, y si busco hechiceros, sacrifico a ídolos, consulto a astrólogos, y de tal vida no me aparto en absoluto, haciendo sin embargo limosnas cotidianas extingo todos los pecados: sin embargo los extingues, pero cuando te extingas. Pues así será para ti este cambio tuyo malo, que no faltará quien diga de ti, Y aún un poco, y no habrás pecador; y buscarás su lugar, y no lo encontrarás. Vi al impío exaltarse sobre los cedros del Líbano: y pasé, y he aquí que no estaba; y busqué, y no se encontró su lugar (Salmo XXXVI, 10, 35, 36). Perecen, pues, tus pecados, pero contigo. Pues en el infierno no se te permite pecar, ni cuando el fuego eterno comience a atormentarte, pensarás en saciar tus lujurias. Perecen, pues, los pecados, pero contigo. Pero si cambias tu vida, ellos perecen, tú serás encontrado, y se dirá de ti: Estaba muerto, y revivió; estaba perdido, y fue hallado (Luc. XV, 24).

SERMO CCCLXXXIX. Sobre hacer limosnas, III.

1. Pan celestial y pan terrenal. Consejo de dar pan terrenal, para obtener el celestial. Nos advierte el Señor en la lectura evangélica, para que hablemos con vosotros sobre obtener el pan celestial. Pues este pan terrenal es necesario para la tierra, porque nuestra carne es tierra. Pero no puede ser que nuestra carne tenga su pan, y nuestra alma no tenga su pan. Pues quien no necesita pan, es Dios. Solo el pan no necesita pan. Él es, pues, el pan de nuestra alma, que no necesita otro pan, sino que siendo suficiente para sí mismo, nos nutre. Así pues, el pan celestial, con el que se alimenta nuestra alma, es manifiesto. Pero cómo llegar a él, para que nos saciemos de él, del cual ahora apenas recogemos migajas, para no perecer en este desierto hambriento; cómo, pues, llegar a la saciedad de este pan, del cual el Señor dice, Quien coma de este pan, no tendrá hambre; y quien beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás (Juan VI, 51), prometiendo una cierta saciedad y satisfacción sin hastío: cómo, pues, llegaremos a esta saciedad del pan, estando lejos de esa saciedad en esta hambre, se necesita consejo. Si descuidamos este consejo, golpeamos en vano al pan. Más bien, este consejo que voy a dar, o más bien que voy a recordar: pues no diré de mí lo que aprendí con vosotros: este consejo, pues, que voy a decir, no digo que quien lo desprecie, golpea en vano; sino que digo que quien lo desprecie, en absoluto golpea. Pues seguir y actuar este consejo, es golpear.

¿Qué pensáis, hermanos míos, que verdaderamente Dios tiene una cierta puerta dura, que cierra contra los hombres, y por eso nos dijo, Golpead, para que vengamos y golpeemos la puerta, hasta que golpeando llegue a los oídos del padre de familia en un cierto lugar secreto, y nos mande abrir, diciendo, ¿Quién es el que golpea? ¿quién es el que me causa tedio a mis oídos? Dadle lo que pide, que se vaya de aquí. No es así. Sin embargo, hay algo similar. Ciertamente cuando golpeas a alguien, actúas con las manos. Hay algo que hacer con las manos, cuando golpeas al Señor. Sin duda, actúa con las manos, golpea con las manos. Si no haces esto, no digo que golpeas en vano; sino que digo que no golpeas. Por eso no merecerás, por eso no recibirás, porque no golpeas. ¿Cómo, dice, quieres que golpee? he aquí que pido diariamente. Haces bien. Pues también se dijo, Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; golpead, y se os abrirá (Matth. VII, 7). Todo se ha dicho, Pide, busca, golpea. Pides orando, buscas discutiendo, golpeas dando. No, pues, descanse la mano. El Apóstol, cuando amonestaba al pueblo sobre las limosnas: Consejo, dice, doy en esto: pues esto os conviene, que no solo comenzasteis a saber, sino también a querer desde el año pasado (II Cor. VIII, 10). Y Daniel dijo al rey Nabucodonosor: Toma mi consejo, oh rey, y redime tus pecados con limosnas (Dan. IV, 24).

2. No se ensalce quien da al pobre. El pobre, al recibir, ofrece más al rico que este al dar. Si, por tanto, es un consejo lo que recibimos cuando se nos ordena o se nos aconseja dar algo de lo que tenemos a los necesitados, no nos enorgullecamos al dar. Si es un consejo lo que has recibido, te beneficia más a ti que a aquel a quien diste. No nos ensalcemos, pues, por nuestras obras, y como si nos agradara a nosotros mismos el hecho de prestar beneficios a quienes damos. Quien desea recibir consejo, desea recibir lo que le beneficia; y quien da consejo, aconseja. Si aconseja, beneficia a quien aconseja. Un pobre suplicante recibe de ti; porque si no te conviene dar con soberbia, ¡cuánto menos le conviene a él recibir con soberbia! Recibe humildemente, recibe dando gracias. Sin embargo, debes saber y recordar no solo lo que das, sino también lo que recibes. Si este pobre pudiera responderte, si acaso te sintiera soberbio sobre él, y te dijera: ¿De qué te enorgulleces? ¿De qué te ensalzas porque me diste? ¿Qué me diste? Pan. Este pan, si lo dejaras en tu casa y lo despreciaras, se convertiría en moho, del moho en putrefacción, de la putrefacción en tierra, y la tierra volvería a la tierra. Y tú, al extender tu mano para dar, extendiste tu mano a la mía para que recibiera. Recuerda de qué está hecha tu mano y de dónde la pusiste en la mía: tierra, de la tierra, en la tierra. Luego, ¿qué hago con tu pan? Lo como, calmo la molestia del hambre: recibo un beneficio; no soy ingrato. Sin embargo, piensa en lo que el mismo Señor Salvador te advirtió: porque todo lo que entra en la boca va al vientre y se expulsa al excusado (Mateo XV, 17). Y nuevamente, ¿qué te dijo el apóstol Pablo? La comida es para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá tanto a este como a aquellas (1 Cor. VI, 13). El pan, por tanto, como dije, es tierra; de la tierra, en la tierra; para sostener la tierra y restaurar la tierra. Piensas en lo que diste, no en lo que recibirás. Mira, pues, no sea que te ofrezca más al recibir que tú al darme. Porque si no hubiera quien recibiera de ti, no repartirías tierra, y no recibirías el cielo. Llamo a tu puerta, y me escuchas, ordenas que me den de lo que sustente mi hambre y se calme esta molestia que me causa. Hiciste bien. No me escuches llamar, si te atreves. Si no vas a pedir, desprecia al que pide. Despreciame, si no pides nada a aquel que nos hizo a mí y a ti. Pero si vas a pedir lo que me das; porque me escuchaste, te beneficias para ser escuchado. Da gracias a aquel que te hace comprar algo tan precioso a tan bajo precio. Das lo que perece en el tiempo: recibes lo que permanece eternamente. Das lo que, si no lo dieras, pronto desecharías: recibes lo que disfrutarás eternamente. Das para sustentar el hambre de los hombres: recibes para ser compañero de los ángeles. Das para que el hombre no tenga hambre, aunque pronto volverá a pasar hambre: recibes para que nunca padezcas

hambre ni sed. Cuando ves, pues, lo que das y lo que recibes, no des, si te atreves. Veamos quién sufre mayor pérdida, yo, a quien no das tierra; o tú, que no llegarás a aquel que hizo el cielo y la tierra.

3. El consejo de Cristo sobre distribuir las riquezas, para que no perezcan aquí. Si, por tanto, recibimos consejo, hagámoslo por nosotros; y que nadie diga que beneficia al pobre. Porque se beneficia más a sí mismo que al pobre. Si pensamos con verdad, hermanos míos, y somos sabios según las palabras de nuestro Señor; de otro modo, si somos sabios, perecemos: si no vivimos de nuestro consejo, sino del suyo, entonces verdaderamente vivimos. Si tenemos algo que dar a los pobres, si no lo damos, lo dejamos aquí; o tal vez, mientras vivimos, lo perdemos aquí. ¿Cuántos no han perdido de repente todos los bienes que guardaban con tanto esmero? Con un solo ataque hostil, todos los tesoros de los ricos perecieron. Nadie le dijo al enemigo: Lo guardo para mis hijos. Ciertamente ven que si hay alguna fe en ellos. Porque de ellos debemos hablar, de quienes siendo cristianos sufrieron esto. Pues de los que ignoran a Dios no hay mención. Ellos, en esta vida, perdieron lo que consideraban grande, y no esperaban otra vida. Tinieblas afuera, tinieblas dentro: pobreza en el arca, mayor escasez en la conciencia. De estos, pues, como dije, de alguna manera no se debe hablar; sino más bien de aquellos en quienes hay alguna fe cristiana. Por eso dije, alguna, no robusta, no plena; porque si fuera robusta y plena, no habrían despreciado el consejo del Señor. Sin embargo, queridos, cuando vieron sus casas vacías, o tal vez ni siquiera se les permitió ver la vacuidad de sus casas, cuando fueron llevados cautivos, cuando al irse el fuego los siguió: cuando se vieron vacíos, ¿cómo se arrepintieron de no haber escuchado el consejo del Señor? ¿Qué dijo nuestro Señor Jesucristo, hermanos, al rico que buscaba consejo para alcanzar la vida eterna? ¿Qué le dijo? ¿Le dijo, Pierde lo que tienes? Claro, incluso si dijera esto, Pierde lo temporal, lo diría para que adquieras lo eterno. Sin embargo, no le dijo, Pierde lo que tienes. Pues veía en él un amante de sus cosas. No dijo, Pierde; sino que dijo, Migra donde no pierdas. ¿Amas tus tesoros? ¿amas tu dinero? ¿amas tus riquezas? ¿amas tus propiedades? Lo que sea que ames, lo tienes en la tierra. Allí tienes lo que amas, donde pierdes y pereces. Te doy un consejo, migra al cielo. Aquí, si tienes, perderás lo que tienes, perecerás con lo que pierdes. Pero allí, si tienes, no lo has perdido, sino que sigues a donde lo enviaste (Mateo XIX, 16-21). Por tanto, doy consejo, etc. . . . . ¿Por qué despreciamos al padre que aconseja, y sentimos al enemigo que invade? [Muchos, pues, se arrepienten. Porque algunos (lo que realmente se dice que sucedió) un hombre no rico, pero aún de escasos recursos, lleno de la grasa de la caridad, cuando vendió un sólido, como suele hacerse, ordenó que se distribuyeran cien bolsas del precio del sólido a los pobres. Se hizo. Allí el antiguo enemigo, es decir, el diablo, para que se arrepintiera de su buena obra, y lo que había hecho bien obedeciendo, lo borrara murmurando, envió a un ladrón, y se llevó todo, de lo que se había dado poco a los pobres. El diablo esperaba la voz del blasfemo, encontró la del que alaba: esperaba que hubiera vacilación, encontró confirmación. Esto quería también el enemigo, que se arrepintiera, y se arrepintió. Pero vean de qué. ¡Ay de mí, dijo, que no di todo! Pues perdí lo que no di. No lo puse allí, donde el ladrón no accede]. Por tanto, si esto es un consejo, etc. .

SERMO CCCXC. Sobre hacer limosnas, III.

1. Las limosnas compañeras de los ayunos en los santos varones. Consejo de enviar las riquezas al cielo. Para hacer limosnas, queremos, en la medida en que el Señor lo concede, exhortar a vuestra Caridad, que suelen ser compañeras de los ayunos en los santos fieles, para que no se añada al que no tiene, lo que se le quita al que tiene: para que, cuando con tu ganancia defraudas a tu alma, sustraigas esto a la carne, lo que estableces en el cielo. Porque tienes allí tu granero, tienes tu guardián. Pues donde los hombres ponen lo que aman en la tierra de la manera más segura, se procuran lugares muy fortificados, y cuanto pueden se

esfuerzan por guardarse, donde los ladrones no pueden acceder. Y queriendo esto, guardándolo, ¿cuándo puede suceder en la tierra? Tal vez el mismo guardián sea el ladrón. Esto lo considera el Señor Jesucristo, lo que quieren los hombres, lo que intentan, cuando guardan sus cosas en la tierra, dio un consejo. Guárdenlo en el cielo, encomiéndenmelo a mí. Quien te mandó dar, no quiso que perdieras, sino que migraras. Que te preceda lo que te seguirá. Lo que no envías allí, donde no estarás mucho tiempo, donde después de ti alguien puede poseer lo que guardaste, lo ignoras. Levanta de aquí, pues, lo que amas, para que no te quedes aquí amando, y al quedarte pierdas y perezcas. Tu Señor mismo es tu guardián y el de los tuyos. Si tu amigo familiar, tal vez ignorante, te diera consejo sobre cómo conservar el grano, para que lo llevaras de lo inferior a lo superior, donde lo guardarías mejor; ¿no aceptarías su consejo? Por tanto, tu Señor te da eso: ni quiere que te corrompas, ni lo tuyo. Ponlo aquí, si no quieres perderlo. ¿Quieres saber qué se hace? Yo sé que nadie puede dar mejor consejo sobre esta obra, sino quien la hizo. Tú dices, ¿Dónde lo pondré? Responde, En el cielo: pues así dice, Atesoren para ustedes tesoros en el cielo, donde el ladrón no excava, ni la polilla corrompe: porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo VI, 20 y 21). Acepta el consejo, ofrecida a ti la opción de un granero tan grande, de donde no se te cuelga una tabla para que lo poseas perpetuamente.

2. Las riquezas se elevan al cielo al distribuirlas. La limosna es un préstamo ante Dios. Tal vez te preguntes cómo elevar tus cosas allí. No te inquietes, ni busques escaleras o alguna maquinaria pensando. Pero como suele hacerse con los ciudadanos establecidos en el extranjero, haz un envío. Muchos ciertamente lo hacen, cuando encuentran a los idóneos, dan sin vacilar. Tu Señor Cristo lo hizo, rico arriba, pobre aquí. Tiene hambre aquí: te pide un envío, te lo devolverá equitativamente. ¿Por qué dudas, entonces, por qué te demoras en dar? ¿O no es capaz de devolver? Da a los pobres, no perderás, no temas: le das a él, cuando das a uno de sus más pequeños. Escucha el Evangelio. Cuando los que estaban a la derecha se asustaron, enumerando ciertas necesidades, diciendo, ¿Cuándo te vimos en estas? responde el Señor, Cuando lo hicieron a uno de mis más pequeños, a mí me lo hicieron (Mateo XXV, 37-40). Yo, digo, recibí, cuando el pobre recibió: en él tenía hambre, en él me saciaba. Da con seguridad: el Señor recibe, el Señor pide. No tendrías lo que le das, si no lo recibieras primero de él. Si prestaras a los hombres, los agobiarías: no es así quien se agobia con el préstamo. Si quieres ser prestamista, sólo conmigo, te dice Dios, dame a mí: yo te devolveré con intereses. Ahora levántate; extiende tu avaricia. Por un solo sólido, no diez, no cien, no mil, no tierra, sino cielo recibirás. Si dieras una libra de bronce y recibieras de plata, o una libra de plata y recibieras de oro, te alegrarías de ser feliz. Realmente se cambiará lo que das; no oro, no plata, sino vida eterna se te hará. Se cambiará, porque tú cambiarás. Quien dio, se hará ángel. Lo que dio, se hará sede angélica. No hay remedio que libere de la muerte, sino la limosna. Es difícil llevar esta vida sin pecados para cualquier hombre. Por tanto, distribuyan, hermanos míos, distribuyan sus bienes: háganse bolsas que no envejecan, un tesoro que permanezca en el cielo. Escuchen el Salmo: Aunque el hombre camina en imagen, en vano se turba; atesora, y no sabe para quién lo recoge (Salmo XXXVIII, 7). Den y se les dará (Lucas VI, 38).

SERMO CCCXCI. A los jóvenes.

1. Ninguna edad está libre de tentación. Ni la infantil. A ustedes me dirijo, oh jóvenes, flor de la edad, peligro de la mente. En verdad, todo tiempo, y toda edad, mientras se lleva esa carne corruptible, no puede estar libre de tentaciones. Y mientras cada uno lucha en el combate para no ser superado por el adversario, está en peligro, mientras con él, como en una especie de estadio arenoso, así en esta mortalidad contiende. Pues tan pronto como el hombre nace al mundo, y entra en una vida llena de miseria, como profeta de su futuro trabajo, con el pregón de una voz lacrimosa; aunque aún no en su propio ánimo, en el ánimo de sus padres o de

cualquier hombre, en cuyas manos yace la debilidad que debe nutrirse, ya puede ser tentado, y ser arrebatado por las artimañas del diablo, ya sea por las ligaduras de remedios execrables, o por los sacrilegios de los ritos paganos, o si acaso la muerte apremia, por la negligencia de la renuncia en el Bautismo salvador. Y, para resumir brevemente, esa edad es tentada cuando es amada en el mundo por los suyos, y descuidada en Cristo. Pues lleva consigo la propagación de la muerte, y se arraiga en la herida del pecado, que fue infligida al primer hombre, de quien tomamos el origen de la corrupción, por el venenoso diente de la serpiente. De ahí que el santo Job diga que nadie es puro, de las inmundicias del pecado, ni siquiera el infante cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job IV, 14, según LXX). Pero, ¿qué diré del ya nacido, cuando David clama con voz lamentosa y dice, En iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7)? Pues los bautismos de los recién nacidos podrían parecer superfluos, si todos no murieran en Adán, y el pecado original no se extendiera a través de las entrañas de los padres hasta el fruto de la descendencia por el camino de la mortalidad: cuando el Señor omnipotente forma la criatura mortal por la ley de su orden, y el mejor padre de misericordia suministra la inmortalidad de la renovación por su gracia.

2. Ni la senil. Pero si ni la infancia del hombre mortal está libre de tentaciones debido al vínculo de la corrupción, ¿qué diré de las demás edades? ¿O acaso la senil está exceptuada, y en la carne ya cercana al cadáver, la sangre y los miembros han enfriado la concupiscencia ilícita, y en el cuerpo ya cansado y casi muerto la materia de la tentación se ha marchitado? Al contrario, en los ancianos malos suele haber tal vorágine de avidez y voracidad insaciable del vientre y la garganta, que así como los buenos ancianos se serenán con prudencia, así estos se sepultan en la embriaguez: como si sus entrañas secas y agotadas de jugo se curvaran para ser regadas con la inundación de la embriaguez para recuperar el vigor perdido. ¿Qué hay de la avaricia, que es la raíz de todos los males, no arde más intensamente en los ancianos fríos para adquirir, cuanto más pronto dejarán lo que adquieren? ciertamente con una locura admirable. Pues se apresura a cargarse con gastos más pesados, cuando ya ha llegado a donde se dirigía.

3. La juvenil es impugnada más fuertemente. Si, pues, la edad infantil y la senil no están libres de tentaciones, de las cuales una, es decir, la infantil, apenas entra en la vida, y la otra ya la está dejando; y una poco antes no existía, la otra poco después no existirá: ¿qué se debe pensar, qué se debe decir de la ardiente edad juvenil, que estando en medio de ambas, ya se ha alejado de la debilidad de la infancia, y aún no ha llegado al letargo de la vejez? Esta es sacudida por más y mayores tempestades de tentaciones, esta es cubierta por el más frecuente ímpetu de las olas del mundo que inunda. Presume de sus fuerzas, se jacta de la dignidad de su forma, desea o se regocija en resplandecer con la pompa de las cosas temporales. Así, el veneno de los males es para la juventud todo lo que la verdad ha ordenado, es alimento todo lo que el diablo ha sugerido: pero la amargura de la justicia es el medicamento de la úlcera de la edad; la dulzura de la injusticia es la trampa de la temeridad. A esto se refiere lo que está escrito, Más dulces son las heridas del amigo, que los besos voluntarios del enemigo (Prov. XXVII, 6); y aquello que dice David, Me corregirá el justo con misericordia, y me reprenderá; pero el aceite del pecador no ungirá mi cabeza (Salmo CXL, 5). Que la verdad queme, y sin embargo sane: pues el aceite del pecador, la adulación del adulador, acaricia, pero engaña. Allí se suaviza la soberbia; pero la vida se desliza. Pues el Profeta habla desde la persona de aquel que ya busca al médico, que soporta la mano del que cura incluso con la amargura del dolor, que desea más que su enfermedad sea sanada que alabada. En verdad, es peligrosa la úlcera de la juventud, que se inflama con las pasiones, se hincha con la esperanza, se consume con los placeres. Pero esta es la esperanza de los desesperados, la

esperanza de las cosas percederas, que no resuelve, sino que infla el afecto del alma miserable, y hace que no soporte el toque de la verdad; para que incluso desesperando de su inmortalidad, ame decir, ame también a quienes le dicen, Comamos y bebamos; porque mañana moriremos: pero odie decir y escuchar, Sed sobrios, justos, y no pequéis (1 Cor. XV, 32, 34). Ame la pernicioso suavidad del enemigo, odie la saludable aspereza del médico. Esta perversidad, esta locura es especialmente temida en la edad juvenil.

4. Palabras de los lujuriosos. La blandura sigue a la crueldad. De aquí nace el discurso de los hombres que se disuelven en vicios, y de ahí en crímenes se endurecen: Pues dijeron pensando en sí mismos incorrectamente, Breve y con tedio es el tiempo de nuestra vida, y no hay alivio al final del hombre, y no hay quien haya sido reconocido que haya regresado de los infiernos. Y poco después: Vengan, pues, disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de la creación como en la juventud rápidamente. Llenémonos de vino precioso y ungüentos; y otras cosas que en el mismo lugar se añaden como palabras de lujuria desbordante, de hombres que desesperan de la vida eterna, y ponen su esperanza como en la arena del torrente, así en la corrupción temporal de la carne. De esta desmesura de lujurias y de los vicios podridos por los gusanos, vean en qué crímenes y en qué atrocidades se precipitan. Agotados y subvertidos por las corrupciones de delitos desmedidos y vergonzosos, mientras odian la severidad de la verdad que les contradice, dicen: Oprimamos, pues, al pobre justo, y no perdonemos a la viuda, ni respetemos las canas del anciano de muchos años. Que nuestra fortaleza sea la ley de la justicia; pues lo que es débil, se encuentra inútil. Engañemos, pues, al justo, porque nos es inútil, y es contrario a nuestras obras. Tal fue el pensamiento de la impiedad de los judíos sobre nuestro Señor Jesucristo. Lo cual se encuentra más claramente en las palabras siguientes: pues poco después dicen, Promete tener el conocimiento de Dios, y se llama a sí mismo Hijo de Dios. Luego, nuevamente poco después dicen: Interroguémosle con afrenta y tormento, para que sepamos su reverencia. Condenémosle a muerte vergonzosa; pues habrá consideración de sus palabras. Pero presten atención a qué sentencia pronuncia el Espíritu Santo sobre ellos, cuando inmediatamente añade: Pensaron estas cosas, y erraron; pues su malicia los cegó (Sab. II). Todos los horrendos crímenes, que se temen en los hombres criminales, vean de qué mancha surgen. ¿Qué hay más blando que esa lujuria? ¿Qué más duro que esa crueldad? Hace tiempo decían, Disfrutemos de los bienes que hay, y usemos de la creación como en la juventud rápidamente; y no nos pase el florecer del tiempo, y dejemos por todas partes señales de alegría: ahora dicen, Oprimamos al pobre, no perdonemos a la viuda, ni respetemos al anciano. Engañemos al justo, interroguémosle con afrenta y tormento, condenémosle a muerte vergonzosa. El vino sigue a la furia, los ungüentos a los tormentos, la sangre a las rosas, la ira a la alegría. Atado por tales, fue azotado y asesinado el Señor. ¿Quién temería cadenas sangrientas de coronas florecientes? ¿Quién prevería dolores muy severos de dulces copas? ¿Quién prevería tan terrible madera de la cruz de suaves prados? Y sin embargo, ninguna edad en esa lujuria, sino la juventud, se compara al florecer del tiempo. Pues así dijeron: Usemos de la creación como en la juventud rápidamente.

5. Los jóvenes no se dejen atrapar por lo sensible. Vuélvase al amor de la sabiduría. Por tanto, a ustedes, jóvenes, les aconsejamos y exhortamos especialmente, que se dejen cautivar por la belleza de la verdadera virtud. Ninguna apariencia terrenal, ningún brillo de metales, ninguna amenidad de los bosques, ninguna púrpura de flores, ningún adorno natural o añadido de la carne, ningún sonido de cuerdas o flautas, ninguna dulzura de olores, ningún placer de sabores, ningún abrazo, se comparen a la belleza, inspiración, dulzura, estímulos de la sabiduría. Pues de estas cosas que se aman deshonestamente, no prohibimos el amor mismo. ¿Quieren amar? Amen la sabiduría, ambicionen llegar a ella. Para que su aspecto no los espante, compónganse en el hombre interior. Así como los ojos lascivos buscan los

adornos del cuerpo, así ella indaga los del corazón. Ni de sus riquezas saquen estos adornos: porque odia a los soberbios y a los que desean jactarse como si fuera de lo suyo. ¿Qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)? Ella misma da de lo que le agrada. Ámenla, y los guardará; rodéenla, y los exaltarán; hónrenla, y los abrazarán: para que dé a su cabeza una corona de gracias (Prov. IV, 9). La sabiduría es clara y nunca se marchita, y se encuentra fácilmente por quienes la aman (Sab. VI, 13). Propónganse unirse a ella, suspiren por ella, ardan por ella, mueran por ella. Négate a ti mismo; no te niegues a ella mientras te complaces a ti mismo. No tiene amargura su conversación (Id. VIII, 16). Si son amantes, ámenla; si son hermosos, complazcan a Dios; si son jóvenes, venzan al diablo. Daniel fue llamado por el ángel varón de deseos (Dan. X, 11). ¿Cuáles eran sus deseos, sino aquellos con los que ardientemente anhelaba la belleza de la sabiduría; porque incluso en la juventud pisoteó la lascivia, y como cautivo oprimió la soberbia de los reyes, y cerró las bocas de los leones estando encerrado?

6. Las palabras también se aplican a las mujeres jóvenes. No se exhiban en las iglesias. Ni ustedes, mujeres jóvenes, piensen que este discurso les es ajeno. Pues a ustedes, no para confundirlas, digo estas cosas, sino que como a mis queridísimas hijas les aconsejo: huyan de los deseos juveniles. Piensen en Susana las casadas, en Ana las viudas, en María las vírgenes. No salgan al público para mostrar la flor de su heno a los ojos de los hombres, buscando en la casa de la vida la muerte. Pues toda carne es heno, y la gloria del hombre como la flor del heno. ¿Qué harán cuando el heno se seque, la flor caiga? ¿Piensan que la palabra del Señor, que permanece para siempre (Isaías XL, 6-8), no encontrará fácilmente sus cenizas, que ahora desprecian con la soberbia verdor de la edad? He aquí, les digo y testifico nuevamente, huyan de los deseos juveniles. Si escuchan esto, si obedecen, si reciben como palabra de Dios con honor y temor, no solo serán hermosos ante los ojos de Dios, sino también sanos. Pero si de esta advertencia nuestra incluso hacen bromas amorosas; de los mismos instrumentos del médico se infligirán heridas mortales. Ciertamente los judíos que crucificaron al Señor (cuando lo escuchamos, nos horrorizamos y lo perseguimos con gran execración), pero sin embargo, cuando pensaban en su lujuria, meditaban en las soledades de los campos deliciosos, diciendo: No haya prado que no atravesase nuestra lujuria (Sab. II, 8). ¿Cómo, pues, perdonaría a Cristo, si lo encontrara en la tierra, quien no eligió prados solitarios para irritar sus lujurias, sino las iglesias más concurridas del que reina en el cielo? He aquí, por tercera vez testifico y digo, huyan de los deseos juveniles. Ardan con los deseos de Daniel. Hijos, desde su juventud elijan la doctrina, y hasta las canas encontrarán sabiduría (Ecli. VI, 18).

SERMO CCCXCII. A los casados.

## CAPÍTULO PRIMERO.

1. La mujer encorvada símbolo del género humano. Hemos escuchado al apóstol diciéndonos, Somos embajadores por Cristo, exhortando a reconciliarnos con Dios (II Cor. V, 20). No exhortaría a reconciliarnos, si no hubiéramos sido enemigos. Por tanto, todo el mundo era enemigo del Salvador, amigo del captor: esto es, enemigo de Dios, amigo del diablo. Y todo el género humano, como esta mujer, estaba encorvado hacia la tierra. Ya entendiendo algunos enemigos, clama contra ellos, y dice a Dios: Han encorvado mi alma (Sal. LVI, 7). El diablo y sus ángeles han encorvado las almas de los hombres hacia la tierra, es decir, para que inclinadas hacia lo temporal y terrenal, no busquen lo celestial. Pues ciertamente esto dice el Señor de esta mujer, a quien había atado Satanás por dieciocho años: y ya era necesario que fuera liberada de su atadura, y liberada en el día de reposo. Pero calumniaban al que enderezaba, ¿quiénes, sino los encorvados (Luc. XIII, 11-16)? Ya que incluso lo que Dios

había mandado no entendían, con corazón terrenal miraban. Pues el sacramento del Bautismo lo celebraban carnalmente, no lo veían espiritualmente.

## CAPÍTULO II.

2. No se permite tener concubinas; ni casarse con mujeres casadas; ni con las repudiadas por el marido. Escuchen, queridísimos, miembros de Cristo e hijos de la madre Católica. Lo que digo a los catecúmenos, que lo escuchen los fieles; lo que digo a los fieles, que lo escuchen los catecúmenos; lo que digo a los catecúmenos y fieles, que lo escuchen los penitentes; lo que digo a los fieles y catecúmenos y penitentes, que lo escuchen los catecúmenos, que lo escuchen todos: todos teman, nadie desprecie. Sea para mí en consuelo su escucha, para que no sea para ustedes en testimonio mi dolor. A los catecúmenos les digo, No les está permitido fornicar. Les basten o esposas o ninguna esposa: no les está permitido tener concubinas. Que lo escuche Dios, si ustedes son sordos; que lo escuchen sus ángeles, si ustedes desprecian. No les está permitido tener concubinas. Y si no tienen esposas, no les está permitido tener concubinas, a quienes después abandonen, para casarse con esposas; cuánto más será condenación para ustedes, si desean tener tanto concubinas como esposas. No les está permitido tener esposas, cuyos primeros maridos viven: ni a ustedes, mujeres, les está permitido tener maridos, cuyas primeras esposas viven. Esos matrimonios son adulterinos, no por ley del foro, sino por ley del cielo. Ni a esa mujer que se separó por repudio de su marido, les está permitido tomarla mientras el marido vive. Solo por causa de fornicación se permite repudiar a la esposa adúltera: pero mientras ella viva, no se permite tomar otra. Y a ustedes, mujeres, tampoco se les permite tener como maridos a aquellos hombres de quienes se separaron sus esposas por repudio; no se permite: son adulterios, no matrimonios. Se desprecia a Agustín, que al menos se tema a Cristo. No imiten la multitud de los malos, infieles, hijos míos: no sigan los caminos anchos, cuyo fin lleva a la perdición. Quien haya sido bautizado, o prometa continencia a Dios, o permanezca con su esposa, o si no tiene, tome esposa.

## CAPÍTULO III.

3. A los que han caído del propósito de castidad, abracen la penitencia. Penitencia pública. Penitencia de Teodosio. Escúchenme, fieles, es decir, bautizados. ¿Por qué morirán ya renacidos? Cuando bautizados van por caminos tortuosos y resbaladizos e inmundos, ¿no saben que perecen? Perecen, hijos míos, créanlo. ¿No quieren creer? ¿Qué les hago? Ustedes que son fieles, y me escuchan, si acaso han cometido tales cosas, no añadan más; y para que Dios les perdone, oren. Si no pudieron tener, o no quisieron, la castidad conyugal o la continencia, y se desviaron del propósito ya sea del vínculo conyugal o de la devota continencia, que haya en ustedes dolor y humildad de penitencia. Lo digo más claramente: que nadie diga, No entendí. Quienes después de sus esposas se mancharon con concubinato ilícito, si además de sus esposas se acostaron con alguna; hagan penitencia, como se hace en la Iglesia, para que la Iglesia ore por ustedes. Que nadie diga, Lo hago en secreto, lo hago ante Dios: Dios sabe quién me perdona, porque lo hago en mi corazón. ¿Entonces sin razón se dijo, Lo que desaten en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVIII, 18)? ¿Entonces sin razón se dieron las llaves a la Iglesia de Dios? ¿Frustramos el Evangelio, frustramos las palabras de Cristo? ¿Les prometemos lo que él niega? ¿No los engañamos? Job dice, Si me avergoncé en presencia del pueblo de confesar mis pecados (Job XXXI, 33). Tal justo, oro puro del tesoro divino, probado en tal crisol dice estas cosas; y me resiste un hijo de pestilencia, y se avergüenza de doblar la rodilla bajo la bendición de Dios un cuello soberbio, una mente tortuosa. Quizás, más bien lo que no se duda, por eso Dios quiso que el emperador Teodosio hiciera penitencia pública en presencia del pueblo, especialmente porque su pecado

no pudo ocultarse; y se avergüenza un senador, lo que no se avergonzó un emperador. Se avergüenza, ni siquiera un senador, sino solo un curial, lo que no se avergonzó un emperador. Se avergüenza un plebeyo o comerciante, lo que no se avergonzó un emperador. ¿Qué es esta soberbia? ¿No bastaría sola para el infierno, aunque no hubiera adulterio alguno?

#### CAPÍTULO IV.

4. Cómo deben las mujeres cristianas celar a sus maridos. Finalmente, hermanos míos, me escuchan los hombres, me escuchan las mujeres, ¿por qué se enojan conmigo? Ojalá hagan lo que está escrito, Enójense, y no pequen (Sal. IV, 5). Debo temer, no sea que me suceda lo que le sucedió al apóstol Pablo, lo que cuando se leía, si estaban atentos, escucharon: ¿Me he hecho enemigo de ustedes por decirles la verdad (Gál. IV, 16)? Y si es así, que así sea. Si es necesario que sea enemigo de ustedes, mejor les deseo serlo, que de la justicia. También les encomiendo a ustedes a sus esposas para que los cuiden. Son mis hijas, así como ustedes son mis hijos. Que me escuchen: que celen a sus maridos; no se guarden vana gloria, con la que suelen ser alabadas por sus maridos impúdicos las matronas, porque soportan con ánimo tranquilo la impudicia de sus maridos. No quiero que las mujeres cristianas tengan tal paciencia: que celen a sus maridos; no por su carne, sino por las almas de ellos. Yo lo aconsejo, yo lo ordeno, yo lo mando: el obispo manda, Cristo en mí manda. Él sabe ante quien arde mi corazón. Yo, digo, lo mando. No permitan que sus maridos fornicen. Interpelen contra ellos a la Iglesia. No digo, a los jueces públicos, no al procónsul, no al vicario, no al conde, no al emperador; sino a Cristo. En todo lo demás sean siervas de sus maridos, sometidas a la obediencia. No haya en ustedes insolencia, no soberbia, no cuello contumaz, no alguna desobediencia: sirvan como siervas. Pero cuando se llegue a ese asunto, donde el bienaventurado Apóstol las igualó, diciendo, El marido pague a la esposa el débito, igualmente la esposa al marido; añadió, La esposa no tiene potestad sobre su cuerpo, sino el marido. ¿Por qué te exaltas? Escucha lo que sigue: Igualmente el marido no tiene potestad sobre su cuerpo, sino la esposa (I Cor. VII, 3, 4). Cuando se llegue a esto, clamen por su causa. Tu marido vende tu oro por su necesidad: soporta, mujer; soporta, sierva; no discutas, no contradigas. El desprecio de tu oro es amor de tu marido. Si vende tu villa por su necesidad, que es también tuya (pues no puede ser de él, que no sea tuya, si hay caridad en ti, que debe haber en la esposa), soporta pacientemente; y si duda, ofrécele tú: desprecia todo por el amor de tu marido. Pero desea castidad, lucha por la castidad. Que tu villa perezca pacientemente, no permitas que tu alma perezca.

#### CAPÍTULO V.

5. El marido es cabeza de la mujer. Que él la guíe al bien, ella lo siga. No les digo a los hombres, que en esta causa celen a sus esposas. Sé que lo hacen, lo sé. ¿Quién soporta a una esposa adúltera? Y se manda a la mujer que soporte al marido adúltero. ¡Oh justicia! ¿Por qué, te pregunto? ¿Por qué? Porque yo soy hombre. ¿Eres hombre? Probemos en tu fortaleza, porque eres hombre. ¿Eres hombre? Vence la lujuria. ¿Cómo hombre, cuando la esposa es más fuerte? Tú eres cabeza de la mujer, hombre, es verdad. Si eres cabeza, guía, que la esposa siga. Pero mira a dónde vas. No vayas a donde no quieres que te siga: no vayas a donde temes a la seguidora, no sea que en el abismo del adulterio caigan juntos: no sea que cuando lo haces, enseñes lo que haces. Te duele el alma, si en el abismo del adulterio caen juntos: que te duela, si caes solo. Celas, no quieres que caiga ella: teme, no caigas tú. Pero no imiten, mujeres castísimas, a sus maridos impúdicos. Que esté lejos de ustedes. O vivan con ustedes, o perezcan solos. La mujer no debe la castidad al marido impúdico, sino a Dios, se la debe a Cristo. No lo haga por él, que no lo merece; sino que lo haga por Cristo. Atienda su precio, lea sus escrituras. Finalmente, que piense lo que quiera, quien tal vez se indigna,

porque discuto tales cosas: pues sé, que quienes son sabios, me aman por ello; porque no sin razón está escrito, Corrige al sabio, y te amará; corrige al insensato, y añadirá a odiarte (Prov. IX, 8). No dijo, Comenzará; sino, añadirá: porque ya odiaba. Por tanto, sé que los sabios me aman en esto. Que se abstengan de la comunión, quienes saben que conozco sus pecados; para que no sean arrojados de los cancelos. Pero a quienes no conozco, a estos los convoco ante Dios. Que también ellos hagan penitencia, y de aquí en adelante se abstengan de la inmundicia de sus fornicaciones.

## CAPÍTULO VI.

6. Los penitentes deben cambiar. Los catecúmenos deben imitar a los buenos de la Iglesia. A los penitentes les digo: ¿qué es lo que hacen? Sepan, no hacen nada. ¿De qué sirve que se humillen, si no cambian? A los catecúmenos les digo: ardan en deseo de recibir la gracia. Pero elijan en la Iglesia de Dios a quienes imitar. Si no encuentran: ¡ay de mí, Dios mío! ¿qué es lo que digo, Si no encuentran? ¿Entonces en el pueblo de los fieles no hay a quien encuentren? ¿Durante tantos años, tantos hombres los hemos bautizado en vano, si no hay quienes guarden lo que recibieron, quienes custodien lo que escucharon? Que esté lejos de mí creer esto. Mejor no sería su obispo, si esto es así. Pero espero que haya, creo que hay. Sin embargo, mi condición es miserable, porque a menudo me veo obligado a conocer a los adúlteros, no puedo conocer a los castos. En lo oculto está de lo que me alegro, en lo público está de lo que me atormento. Por tanto, deseen la gracia de Dios, elijan a quienes imitar, con quienes vivir, y con quienes tener dulces coloquios de caridad. No admitan malas murmuraciones. Corrompen las buenas costumbres las malas conversaciones (I Cor. XV, 33). Vivan como espigas entre cizañas: soporten las tribulaciones de este siglo, como granos en la era. Vendrá el aventador: que nadie sea separador en este tiempo.

La penitencia no es verdadera si no se cambia de vida. La penitencia en el último momento es muy incierta. Penitentes, penitentes, penitentes (si es que sois penitentes y no burladores), cambiad de vida, reconciliaos con Dios. Porque también vosotros os alimentáis con una cadena. ¿Con qué cadena, preguntas? Lo que atareis en la tierra, será atado en el cielo (Mateo XVIII, 18). Oyes el atar, ¿y piensas que engañas a Dios? Haces penitencia, te arrodillas, y te ríes, y te burlas de la paciencia de Dios. Si eres penitente, arrepíentete; si no te arrepientes, no eres penitente. Si, por tanto, te arrepientes, ¿por qué haces lo que hiciste mal? Si te arrepientes de haberlo hecho, no lo hagas. Si aún lo haces, ciertamente no eres penitente. En verdad, queridos, los hombres enferman, envían a la iglesia, o son llevados a la iglesia, y son bautizados, y renovados, y serán felices de aquí en adelante. Pero esa no es la causa de la penitencia. Quien aún no ha recibido el Bautismo, aún no ha violado el Sacramento; pero quien ha violado el Sacramento viviendo mal y perdidamente, y por eso ha sido apartado del altar, para que no coma y beba juicio para sí mismo; cambie de vida, corríjase, y reconcíliese, mientras vive, mientras está sano. ¿Espera también reconciliarse cuando empieza a morir? Hemos visto a muchos expirar esperando reconciliarse. Luego también digo ante Dios, para vuestro temor, mi temor. Pero quien no teme, desprecia mi temor, pero para su propio mal. Escucha, pues. Estoy seguro de que un hombre bautizado, si lleva una vida, no me atrevo a decir sin pecado, ¿quién está sin pecado? pero una vida sin crimen, y tiene tales pecados que se perdonan diariamente en la oración diciendo, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12); cuando termine su día, no termina su vida, sino que pasa de vida a vida, de laboriosa a tranquila, de miserable a bienaventurada: ya sea que corra voluntariamente al Bautismo, o que sea bautizado en peligro, y salga de esta vida, va al Señor, va al descanso. Pero el bautizado desertor y violador de tan gran Sacramento, si hace penitencia de todo corazón, si hace penitencia donde Dios ve, quien vio

el corazón de David, cuando fue reprendido por el profeta, y gravemente reprendido, después de las terribles amenazas de Dios exclamó, diciendo, He pecado; y pronto oyó, El Señor ha quitado tu pecado (II Samuel XII, 13): Tanto valen tres sílabas. Son tres sílabas, He pecado; pero en estas tres sílabas, la llama del sacrificio del corazón asciende al cielo. Por tanto, quien haga verdadera penitencia, y sea liberado del lazo con el que estaba atado y separado del cuerpo de Cristo, y viva bien después de la penitencia, como debió vivir antes de la penitencia, después de la reconciliación, cuandoquiera que muera, va a Dios, va al descanso, no será privado del reino de Dios, será separado del pueblo del diablo. Pero si alguien, puesto en la última necesidad de su enfermedad, quiere recibir la penitencia, y la recibe, y pronto se reconcilia, y de aquí se va; os confieso, no le negamos lo que pide, pero no presumimos que sale bien de aquí. No presumo: no os engaño, no presumo. El fiel que vive bien, sale seguro de aquí. El bautizado en el momento, sale seguro de aquí. El que hace penitencia, y se reconcilia cuando está sano, y después vive bien, sale seguro de aquí. El que hace penitencia al final y se reconcilia, si sale seguro de aquí, yo no estoy seguro. De lo que estoy seguro, estoy seguro, y doy seguridad: de lo que no estoy seguro, puedo dar penitencia, no puedo dar seguridad. (Pero que alguien diga: Buen sacerdote, dices que no sabes y que no puedes darnos ninguna seguridad, si aquel se salva, y merece ir a Cristo, a quien se le da la penitencia al morir, quien mientras vivió, mientras estuvo sano, fue impenitente; instrúyenos, te ruego, cómo debemos vivir bien después de la penitencia. Digo, absteneos de la embriaguez, de la concupiscencia, del robo, y de la maledicencia, de la risa desmedida, de la palabra ociosa, de la cual los hombres darán cuenta en el día del juicio. He aquí cuán leves he dicho. Sin embargo, todas son graves y pestilentes. Y digo otra cosa: no solo después de la penitencia, el hombre debe guardarse de estos vicios, sino también antes de la penitencia, mientras está sano; porque si se detiene al final de la vida, no sabe si podrá recibir la penitencia misma y confesar sus pecados a Dios y al sacerdote. He aquí por qué dije, que también antes de la penitencia se debe vivir bien, y después de la penitencia mejor). Lo que digo, prestad atención: debo exponerlo más claramente, para que nadie me entienda mal. ¿Acaso digo, Será condenado? No lo digo. Pero tampoco digo, Será liberado. ¿Y qué me dices? No sé: no presumo, no prometo; no sé. ¿Quieres liberarte de la duda? ¿quieres evitar lo incierto? Haz penitencia, mientras estás sano. Porque si haces verdadera penitencia, mientras estás sano, y el último día te encuentra, corre a reconciliarte: si así lo haces, estás seguro. ¿Por qué estás seguro? Porque hiciste penitencia en el tiempo en que también podías pecar. Pero si entonces quieres hacer la penitencia misma, cuando ya no puedes pecar; los pecados te dejaron, no tú a ellos. Pero, ¿cómo sabes, preguntas, si acaso Dios me perdonará? Dices la verdad. De dónde, no sé. Eso sé, esto no sé. Pues por eso te doy penitencia, porque no sé. Pues si supiera que no te sirve de nada, no te la daría. También si supiera que te sirve, no te advertiría, no te asustaría. Son dos cosas: o se te perdona, o no se te perdona: qué de esto te sucederá, no sé. Por tanto, deja lo incierto, toma lo cierto.

SERMO CCCXCIV. De la Fiesta de los Santos Perpetua y Felicidad.

Dos gemas hoy han brillado en la Iglesia y una claridad: porque Perpetua y Felicidad una solemnidad; ni se puede dudar de la felicidad, que posee dignidad perpetua. Las unió la custodia de la cárcel, las unió también la gracia: porque no hay en ellas ninguna discordia. Juntas cantan en la cárcel, juntas salen al encuentro de Cristo en el aire; juntas luchan contra la vaca, juntas entrarán en la patria eterna; juntas llevaban el martirio; una amamantaba, la otra daba a luz. Perpetua decía, al entregar al niño y apartar al lactante: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? (Rom. VIII, 35). Felicidad daba gemidos de parto, y después de sus compañeros apresuraba intrépida; y liberada con gemidos, ¿qué decía a Cristo? Rompiste mis cadenas; te ofreceré sacrificio de alabanza (Sal. CXV, 17). Y el bienaventurado David para

consolar su gemido decía: Que el Señor te dé según tu corazón, y confirme todo tu consejo (Sal. XIX, 5). ¡Oh fragilidad! Las tinieblas huían, y la condición humana no pasaba. Pero quien venció a la muerte, la liberó del peligro del parto, y a Perpetua del peso de la leche. Pues cuando subían los peldaños de aquella escalera, y pisaban los cuellos insidiosos del dragón, llegaron al vergel de los prados celestiales, y encontraron allí al buen pastor poniendo su vida por sus ovejas, y buscando el jugo de la leche de sus rebaños. Pues, dice, el pastor joven y anciano, verde en edad, canoso de cabeza, que no conoce la vejez, estaba sentado. En él brillaba el rostro joven, porque él mismo es, y sus años no fallarán (Sal. CI, 28). Se encanecía de cabeza, porque el Señor justo amaba la justicia, reconocía la equidad en los Mártires. Alrededor de él las ovejas inclinadas yacían, él las ordeñaba con el dedo pastoral, en las que encontraba abundancia de leche y una conciencia fecunda de piedad. Ordeñaba con los dedos y las consolaba con promesas celestiales preparadas diciendo: Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo (Mateo XXV, 34). Y les mostró los recipientes de leche espumantes de puro corazón por la limosna luminosa, y dice: Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber (Id. 35). Perpetua recibió del dulce pastor leche nueva, antes de derramar su preciosa sangre. Respondieron, Amén, y comenzaron a pedir piedad. Oraban en la cárcel, seguras ya del pastor. Señor, dicen, que nuestra confesión no sea árida, para que también merezcamos ser asociados a tus preciosos rebaños, y no ser separados de tus mártires. Se les propone en visión la palestra, en el anfiteatro la arena pomposa. Está presente aquel Egipcio, que fue en el cielo Lucifer hermoso: él mismo revolcándose en el polvo, y Perpetua triunfando con el Salvador Señor, unió las manos en cruz, teniendo ante sí al joven defensor del Señor. Recibe el triunfo de la victoria, y obtiene la rama de la corona. Ofrezcámosle también nosotros nuestros dones: otros les ofrecían en su tiempo visitas a la cárcel; nosotros ofrezcámosles el voto de la solemnidad, para que merezcamos el reino con todos los santos.

SERMO CCCXCV. De la Ascensión del Señor, VI.

1. Hoy celebramos la Ascensión del Señor al cielo: Escuchemos no en vano, Sursum corda, y con corazón íntegro ascendamos con él, enseñando el Apóstol y diciendo, Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Colosenses III, 1, 2). La necesidad de la acción esté en la tierra; la voluntad de la ascensión en el cielo. La esperanza aquí, la realidad allí. Pues vendrá el tiempo, cuando la realidad esté allí. Pero cuando la realidad esté allí, la esperanza no estará ni aquí ni allí: no porque la esperanza sea vana; sino porque se termina, cuando llega la realidad. En efecto, escuchad lo que dijo el Apóstol sobre la esperanza. En esperanza, dice, hemos sido salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Romanos VIII, 24, 25). Observad en las mismas cosas humanas, y considerad que si alguien espera casarse, entonces aún no tiene. Pues si tiene, ¿qué espera? Entonces se casa con quien esperaba; y ya no esperará. Felizmente, pues, se termina la esperanza, cuando llega la realidad. Alguien espera, siendo peregrino, llegar a su patria: mientras no está allí, espera; cuando llega, ya no espera. A la esperanza le ha sucedido la realidad. Felizmente se termina la esperanza, cuando se tiene lo que se esperaba. Ahora, pues, queridos, lo que habéis oído para que tengamos el corazón en alto, con el mismo corazón se hace para que pensemos en aquella vida futura. Aquí vivamos bien, para que allí vivamos.

2. Pues mirad cuánta es la dignación de nuestro Señor: quien nos hizo, descendió a nosotros; porque habíamos caído de él. Y para venir a nosotros, no cayó él, sino que descendió a nosotros. Si, pues, descendió a nosotros, nos levantó. Ya en su cuerpo nos levantó nuestra cabeza: donde está, seguirán también los miembros. Porque a donde precedió la cabeza,

seguirán los miembros. Él es la cabeza, nosotros somos los miembros. Él está en el cielo, nosotros en la tierra. ¿Acaso está lejos de nosotros? De ninguna manera. Si preguntas por el espacio, está lejos: pregunta a la caridad, está con nosotros. Pues si no estuviera él con nosotros, no diría él en el Evangelio: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Si no está con nosotros, mentimos cuando os decimos, El Señor esté con vosotros. No clamaría desde el cielo a Saulo, persiguiendo, no a él, sino a sus santos, a sus siervos; y para decirlo más familiarmente, a sus miembros: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos IX, 4). He aquí yo estoy aquí en el cielo, tú en la tierra, y en los perseguidores. ¿Por qué a mí? Porque mis miembros: por los cuales miembros míos estoy allí. Pues no si se pisa la planta, no clama la lengua. Aquel, pues, por quien se hizo el cielo y la tierra, por aquel que hizo de la tierra, descendió a la tierra, y de aquí al cielo levantó la tierra. Lo que, pues, en él precedió, esperemos al final. Nos devolverá lo que prometió: estamos seguros, hizo una garantía, escribió el Evangelio; nos devolverá. Es más lo que nos ha dado. ¿Acaso pensamos que no nos devolverá su vida, quien ya ha gastado su muerte por nosotros? La humildad de la pasión, las injurias, las afrentas, todas las indignidades en la tierra las soportó por nosotros: ¿no nos dará su reino, felicidad, inmortalidad, eternidad? ¿Soportó nuestros males, no nos dará sus bienes? A esta esperanza, porque el prometedo es veraz, caminemos seguros: pero vivamos de tal manera, que con buena frente le digamos, Hicimos lo que mandaste, devuelve lo que prometiste.

SERMO CCCXCVI. En la asunción del obispo.

1. Vosotros ciertamente, hermanos, buscáis un consolador: pero también nosotros debemos ser consolados; y nuestra consolación no es ningún hombre, sino quien hace al hombre; porque quien hizo, rehace, y recrea quien creó. No podemos por la debilidad sino entristecernos; pero por la esperanza debemos consolarnos. Queremos que todos los buenos vivan más tiempo con nosotros, y en esta vida tan áspera no queremos ser abandonados por los compañeros; pero los que nos preceden, que han vivido bien, nos exhortan con su ejemplo, para que, ya sea que vivamos aquí mucho tiempo, ya sea que pronto partamos de aquí, vivamos de tal manera, que lleguemos a ellos. Porque eso mismo de vivir aquí mucho tiempo, no es otra cosa que soportar molestias por mucho tiempo. Pero vivir con Dios y en Dios, es vivir sin ninguna molestia, y sin ningún temor de que se pierda la felicidad, que no tiene fin. Ni debemos pensar que el obispo vuestro, nuestro hermano, se ha ido pronto de aquí, y ha vivido poco. Pues allí no se vive poco, donde cuando se dice mucho, no se termina. Pues aquí también lo que es mucho, cuando se ha terminado, se considerará como nada. Sin embargo, no vivió poco aquí, si pensamos en sus obras, no contemos los años. ¿Cuántos otros tal vez lo que no lograron en muchos años, él lo completó en pocos años? Nada, pues, era querer retenerlo aquí, sino envidiar su felicidad.

2. Pues en esto tenemos tristeza por el hombre como hombres. ¿Qué haremos, pues, para no ser hombres? Como hombres, pues, nos entristecemos humanamente por la partida del hombre: pero como hemos oído la lectura divina, que consumado en breve llenó largos tiempos (Sabiduría IV, 13)? Por tanto, contemos allí los tiempos, como se cuenta el día. Pues todo lo que hizo con vosotros exhortando, hablando, proponiéndose a sí mismo como ejemplo a imitar, para alabar y adorar a Dios, retenedlo; y con su Memoria seréis adornados. Pues no es gran cosa para él ser enterrado en tumbas de mármol; sino ser guardado en vuestros corazones. Viva sepultado en sepulcros vivos. Pues su sepultura es vuestra memoria. Vive con Dios, para ser feliz; viva con vosotros, para que seáis felices. Exhortaros a la prudencia fiel con muchas palabras tal vez podríamos, si también nosotros por el dolor humano apenas pudiéramos hablar. Por tanto, porque Dios nos ha concedido, que estuviéramos presentes al morir por un tiempo; porque nos ha concedido, que lleváramos su

funeral: la conducción que se debe a la caridad, nada añade a la felicidad: también nos ha concedido, que viéramos vuestra santidad, y os habláramos, para que según nuestra medida os consoláramos: todo lo que el dolor no nos permite decir, completadlo pensando; y nuestro ánimo en el recuerdo de tan gran hombre, aunque tiene dolor humano, no tiene desesperación infiel.